



TRUFAS PARA
EL COMISARIO
Pierre Magnan

Siruela Policiaca

TRUFAS PARA EL COMISARIO

PIERRE MAGNAN

Pierre Magnan

Trufas para el comisario

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Título original: *Le commissaire dans la truffière*

Edición en formato digital: octubre de 2019

En cubierta: fotografía de © Jill Chen / Stocksy United

© Librairie Arthème Fayard, 1980

© De la traducción, Susana Prieto Mori, 2019

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17996-23-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

TRUFAS PARA EL COMISARIO

A mi amigo
Maurice Chevaly

1

—¡Vamos, Roseline! ¡Una más, anda! ¡Sácame otra!

Recostado, con una brizna de hierba entre los labios y la cabeza apoyada en una mano, Alyre Morelon adulaba a Roseline con la voz y con el gesto. Y Roseline le lamía la barba cariñosamente con su lengua, que despedía un intenso olor a trufa fresca. Soltaba al mismo tiempo cortos gruñidos satisfechos.

—¡Vamos, Roseline! ¡No seas tonta! ¡Solo una! ¡Me sacas una más y volvemos!

Sin embargo, Roseline se hacía de rogar. Le daba golpecitos persuasivos con la cabeza, como queriendo decir «¡Vamos, anda! ¡Vámonos! ¡Ya tienes bastante por hoy! ¡Comes más con los ojos que con la boca!».

Alyre contempló su cesta y suspiró. Contenía apenas cuatro kilos, y el corredor le había pedido diez para el sábado.

—¡Eres una vaga! —dijo—. Ya no te hablo.

Entonces se recostó del otro lado. En ese momento fue Roseline la que suspiró, a su manera. Husmeó un poco en torno al trufero en espiral. Era cosa muy poco habitual en medio de la trufera de robles jóvenes, un almendro con el tronco retorcido como si lo hubiesen escurrido las musculosas manos de una lavandera. Se encuentran en los parajes de los Bajos Alpes esa clase de troncos misteriosos con arrugas enroscadas, solidificadas en torno a su eje y que suben, como aspiradas por el cielo. La trufa es caprichosa. Uno la espera al pie de un hermoso árbol joven sobre un suelo bien liso; sin embargo, ella no; ella lo espera a uno bajo el desmadre de maleza de un enebro nudoso o bajo un roble de doscientos años donde, por así decirlo, nunca se ha sacado una. La trufa espera... Espera cuando se tiene a una Roseline a su disposición.

—¡Cro!

Era la llamada. Una llamada inimitable. Más que un grito, una especie de leve chasquido. De un brinco, Alyre se abalanzó sobre ella, se agachó y metió la trufa en la cesta. No debía de pesar más de cincuenta gramos.

—¡Ah! ¡Preciosa! ¡Esta sí que es preciosa, señora, ¿sabe usted?!

Se arrodilló junto a ella, besó a la cerda en cada una de sus gruesas mejillas sedosas, y ella estaba tan contenta de complacerlo que lo embistió y rodaron los dos abrazados en un concierto de risas y gruñidos, sobre la bendición de aquel suelo grumoso, mitad aire mitad, tierra, que era su mina de oro.

—¡Roseline! ¡Ten cuidado, que me aplastas, malnacida!

Se levantó y cogió la cesta. El aire olía, a lo lejos, a sopa caliente. Era la hora. Bajaban

humos del pueblo que invitaban al regreso.

Uno a la zaga de la otra volvieron a la linde del bosque de robles. La carretera blanca y desierta subía hacia Banon.

—Espera, Roseline, que te pongo el collar, no vaya a ser que los coches...

En realidad, aquel collar era una cinta rosa que adornó en su día la gran campana de chocolate que Alyre había regalado a su hijo cuando este tenía ocho años. Y aquel hijo, como Alyre, adoraba a Roseline, que pagaba por lo menos la mitad de sus estudios en París. Un día, en su dormitorio, desató del marco del espejo aquella cinta donde desde hacía tiempo retozaban las moscas y dijo a su padre: «Toma, pónsela al cuello... hasta que vuelva a verla».

Lo del collar, atado a una simple cuerda, no era más que un mero formalismo, pues Roseline, probablemente sabedora de su valor mercantil, no se aventuraba nunca más allá del arcén.

Nunca... Con todo, sin embargo, desde el verano anterior, a veces arremetía de pronto contra los robles o echaba a trotar derecha bajo los laureles. Y aquella tarde, precisamente...

—¡Roseline! ¡Estás loca! ¿Qué haces?

Acababa de arrancarle, de una brusca sacudida, la cuerda de entre las manos. Huía hacia allí, hacia aquel cúmulo de bronce líquido que relucía bajo el viento vespertino traqueteando como las lanzas de un ejército en marcha. Era un bosque de laureles. Se habían helado en el cincuenta y seis. Algunos habían vuelto a crecer desde la base, otros desde las ramas muertas. Todos esos rebrotes, tiesos como escobas, suben directos al cielo, pica contra pica, agitando los fúnebres cascabeles de sus frutos nocivos.

Alyre alcanzó a Roseline en el lindero. Se detuvo allí un segundo.

Como cada vez que se demoraba en la linde de aquel bosque de laureles, le parecía que el aire acarreaba alguna nueva rareza. También creyó ver que en lo profundo del bosque había un gran coche oscuro emboscado. ¿Qué estaba haciendo allí, lejos de todo camino transitable? Pero, en fin, si hubiera que «ofenderse» por todo...

Reemprendieron la marcha, tirando el uno de la otra, refunfuñando los dos. Alyre recogió su cosecha en el talud cubierto de hierba seca.

Para disipar la desagradable sensación que había roto su optimismo, ante el muro de laureles levantó la cesta para aspirar su perfume. Llevaba más de cuarenta años desenterrando trufas y aún no se había saciado de aquel aroma.

Nunca vendía las primeras de su cosecha. Pese a los gritos de Francine, las metía durante tres días en un tarro al vacío junto a seis huevos sacados del nido. Las trufas exudaban su olor a través de los poros de la cáscara para impregnar la clara y la yema de los huevos. Se producía un sutil intercambio de unas a otros, hasta fundirse en una nueva naturaleza recién creada. Era una fiesta de olor y de sabor cuando aparecía la tortilla babosa sobre la mesa, una noche de viento, mientras los fogones te calentaban la espalda con su ruido de hervor.

Roseline trotaba ya, al borde de la carretera, entre el polvo de aquel noviembre seco.

Roseline era la única cerda del cantón con posibilidades de morir de vieja. Sus enormes muslos nunca serían frotados con sal para impregnarse de salitre y convertirse en jamones. Nunca sería su grasa fundida sobre pan. Roseline era una de las escasísimas hembras que desenterraban las trufas sin comérselas, salvo evidentemente si se le ofrecía una como recompensa. Pero sin exagerar, so pena de echarle a perder el olfato, pues, así como un borracho es para siempre incapaz de distinguir un Château Latour de un Château Haut-Brion, Roseline, si se le consintieran

demasiadas trufas, no tardaría en dejar de detectarlas bajo tierra.

Con la cabeza contorneada por la cinta rosa, Roseline trota hacia la porqueriza, donde la espera, caliente y con buen olor a siega de verano, esa mezcla de salvado y manzanas cocidas que es un manjar para cualquier cerdo del mundo.

2

El portón presidía el patio cuadrado; a un lado, las gallinas, y, en medio, las jaulas de los conejos. Un olor a hierba cortada flotaba bajo el techo abovedado del aprisco donde soplaba el calor del rebaño. La sala estaba en el primero, bajo el alero de la terraza, sostenida por un pilar cuadrado.

Con la cesta colgando del brazo, Alyre raspó las suelas de sus zapatos en el poyete y subió a paso ligero por la escalera exterior. Tiró del marco de la mosquitera y abrió la puerta acristalada.

Francine sacaba el gratén del horno. La mesa estaba puesta en torno al vino tinto, en parte Alicante y en parte *jacquez*, esa cepa prohibida. Pero se trataba de viñas muy antiguas y Francine era teniente de alcalde. Se hacía la vista gorda ante aquellas vides que habría habido que arrancar mucho tiempo atrás.

Cuchillo y tenedor en mano, con los dientes y la punta en alto, como es debido, el pastor, ya sentado, hacía entender con toda su achaparrada persona: «Bueno, ¿qué? ¿Es para hoy?». Los tres perros, bajo la mesa, se disponían a atrapar a bocados los restos del festín.

—¡Mira este, que no me echaría una mano ni muerto! —Francine señalaba al pastor con mano resuelta.

—Me ha dicho usted que era demasiado torpe.

—¡Ah! ¡Eso es verdad!

El pastor era Pascal, hijo único de una familia acomodada que había dejado a los suyos porque su madre engañaba a su padre. Se había marchado sin decir palabra, en secreto. Tenía diecinueve años. Su madre venía a por él hasta los pastizales casi todos los sábados.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡Tenías comida y cubierto! ¡Tu padre y yo nos desvivíamos por ti! —hablaba a una espalda vuelta.

Pascal no respondía nunca y seguía con su tarea. Le decía «Hola, ma» cuando llegaba y «Adiós, ma» cuando se iba.

—Hay gente —comentaba Alyre— que se arrastra de rodillas para que les digan cuatro verdades. ¡Pero ya verás! ¡Un buen día se la escupiré a la cara, la verdad! Y entonces habrá que recogerla del prado donde se la haya soltado. ¡Tiesa se va a quedar! ¡Va a caerse de bruces en los excrementos de cabra!

Francine siempre se daba la vuelta cuando Alyre pronunciaba la palabra «verdad». ¿Qué iba a saber él de la verdad, cuando ella llevaba doce años mintiéndole sin que dijese ni mu?

Echó una ojeada a la cesta posada en el suelo.

—¡Esto es todo lo que traes! No os habéis deslomado, vosotros dos, ¿no?

De hecho, aquello valía más de mil francos. Y seguiría así del 15 de noviembre al 15 de

febrero, salvo por las interrupciones debidas a las inclemencias del tiempo. No había motivo de queja. Pero la táctica de Francine consistía en seguir mostrándose tan gruñona como siempre.

Alyre continuaba contemplándola con el mismo deleite.

«Mírala, con sus alhajas», se decía, «¡está despampanante! ¡Hay que ver lo que le gustan las alhajas a esta mujer! ¡Y el reloj de muñeca cubierto de piedras! ¡Y el collar de perlas falsas y la sortija con el abalorio! ¡Y cómo brilla todo! ¡Y reluce! Más que si fuera bueno. ¡Es inimaginable lo que llegan a hacer hoy en día!».

Y era verdad que, a la luz de la araña, las alhajas de Francine, su única debilidad, centelleaban suavemente creando un ambiente festivo. Se engalanaba con ellas cada día en cuanto terminaba las tareas de la casa. «Cómo le gustan a la Francine las alhajas», decía la gente.

A primera vista, Francine, flaca y derecha, siempre vestida de oscuro de modo que nada destacase en realidad, a los cuarenta y un años, parecía hueca de amor y apenas buena para un solo hombre. Pero quien la tocaba, por azar o por intención, experimentaba una gran sorpresa. Era densa y flexible y se notaba que su vientre plano, como el de un atleta, era capaz de los más bellos movimientos.

Fue la política lo que la hizo florecer. Hasta los treinta años había pertenecido a esa generación de mujeres que, con resignación, toman el amor como viene. Sin embargo, cuando fue elegida miembro del Concejo municipal y más adelante teniente de alcalde, descubrió el mundo en esos momentos de distensión que siguen a las diversas reuniones. Un día, por jugar, un miembro del Concejo de otro municipio había tirado de ella como para hacerla bailar. Salió de aquella samba sin aliento.

—¡Dios mío, Francine! —le había dicho—. Perdóneme, pero es usted demasiado ardiente para mí.

A partir de aquel día, empezó a bailar en las recepciones que coronan las reuniones de sindicatos y congresos. Se metió en el resto también, era inevitable, pero no sin suspiros y reticencias. Detestaba las complicaciones y las mentiras. Entonces había empezado a presentar a sus amantes a Alyre.

«¡Alyre! Me voy mañana a Les Angles con el señor Mancœur. Nos han encomendado recibir la segunda entrega de las obras de abastecimiento de agua... Tienes todo listo en la nevera».

«Alyre, te presento al doctor Malgrioux, de la Sanidad Pública... Me han encargado que lleve a visitar los campamentos de verano del cantón», etc.

Si algún día la oposición llegaba a ganar las municipales, Francine no tendría más remedio que suicidarse o decir la verdad.

«¡La verdad!», pensó Alyre mientras probaba la sopa de cebolla. «¡Como si yo no supiera la verdad!».

A él, mientras tuviera a Roseline, las trufas y las abejas, el resto...

—¡No está bien ligada! —exclamó Francine.

No hubo eco alguno. Alyre tenía hambre y, fuera como fuese...

En cuanto al pastor... El pastor, con la cuchara suspendida a medio camino entre el plato y su boca ya abierta, seguía algo en la pared con los ojos. Algo que solo él conocía, una presencia inmaterial que acababa de surgir de la caja del reloj, entre dos segundos desgranados, que ahora huía hacia la batería de cocina, que rodeaba la esquina de la repisa de la chimenea, que iba dejando un poco de su polvo sobre cada uno de los frascos de especias: «azúcar, sal, pimienta,

canela», que empañaba el tubo del quinqué de las noches de tormenta para ir a perderse al fin, junto con la mirada del pastor, allá, por el desagüe del fregadero de acero cromado.

—¡Míralo! —exclamó Francine, que lo observaba—. ¿Y ahora qué habrá visto? ¡Parece un gato que acecha a un aparecido!

Eso era. El pastor de diecinueve años, bajo los pelos que le lloran sobre el cuello, con sus ojos desmesurados de Cristo románico, pero negros, profundos, seguía a un fantasma desde la caja del reloj hasta el desagüe del fregadero. Tenía ese poder, privilegio de los gatos.

—¡Le hace a una hervir la sangre! —añadió Francine.

Siempre temía que, por cualquier medio, sus secretos salieran a la superficie. Y la intermediación de un fantasma le parecía adecuada para...

El pastor tardó en traer su mirada de vuelta a la tierra. Tardó en reconocer a Francine, a quien amaba en vano y con total humildad.

—Ha desaparecido otro —dijo con voz amortiguada.

—¿Otro qué? —gritó Francine.

Creía que había perdido una oveja sin atreverse a confesarlo.

—No lo sé... Son los gendarmes. Estaba vigilando en la Charitonne...

—¿En el camino de Montsalier?

—El del bosque del Deffens, sí.

—¿Y entonces?

—Y entonces bajaron de su Renault Estafette para preguntarme si no lo había visto.

—Pero ¿a quién?

—A uno que ha desaparecido.

—¿Cómo se llamaba?

—Jérémie...

—¡Pues vaya, con ese dato ya lo sabemos todo!

—Eso es lo que les dije a los gendarmes. Insistían. «¿Cómo era el tal Jérémie?». Entonces me lo describieron: «Una túnica marrón con rayas blancas, fabricada en Yakarta», dijeron, «para una colonia de budistas. Zuecos daneses, de los que hacen mucho ruido. Pelo teñido con alheña que flota hasta la cintura y, oculto bajo la barba, un escapulario de gálbulas de ciprés, con un libro en O[1] colgado del extremo». Esa fue la descripción de los gendarmes. «¡Ah! ¡Se nos olvidaba! Una bandurria colgada en bandolera». ¿Qué quieren? He visto como sesenta desde el comienzo de la temporada subiendo hacia Montsalier. ¡Y son todos como dicen!

—¡Todos! —exclamó Francine—. Hace tres días aún pasó uno que quería que le diese un huevo. Giraud des Parmelles me ha explicado un poco cómo viven. Han tapado con lonas los agujeros de la techumbre de la iglesia vieja. Hacen la comida en torno a la pila de agua bendita llena de agua. ¡Han quemado todos los bancos que quedaban!

El pastor continuó:

—«Como también lleva el pelo largo», me dijeron los gendarmes, «pensamos que podía ser uno de sus amigos. Venía de Noyers-sur-Jabron. ¿No le suena Noyers-sur-Jabron?». Y me miraban como miran los gendarmes cuando tienen sospechas.

Calló. En el saúco, bajo la terraza, el viento susurraba. Arrancaba manojos de olores del aprisco mal cerrado. El carnero, al desplazarse, agitaba su cencerro. El pastor lo escuchaba.

Volvió a extirpar un fantasma de la caja del reloj, lo seguía todo a lo largo de la chimenea, ¡hop! Lo acompañaba hasta el desagüe del fregadero moderno, donde se sumía dando largos giros.

—Ya es el cuarto desde septiembre —dijo el pastor—. El cuarto por el que los gendarmes me preguntan a bocajarro...

—¡Precisamente! —replicó Alyre—. Entre paréntesis, ya que hablamos de esto, ¿tú crees que es normal, Francine? ¿Tú crees que puede ser...? ¿Crees que es posible que...?

Enrollaba con cuidado en torno a su cuchara un largo hilo de queso fundido que engulló al fin y se limpió la boca. Alzó su copa de vino tinto y la interpuso entre él y la bombilla de la araña. ¡Nada que hacer! Al vino de *jacquez* no lo traspassa la luz.

No se dio cuenta, mientras reflexionaba sobre cómo continuar su frase, de que el pastor, a la expectativa, dejaba la cuchara a medio camino entre el plato y sus labios, entreabiertos para engullirla. Y la propia Francine, con el cucharón lleno, acechaba el final de la frase antes de volver a servirse. Estalló:

—¿Qué? ¿Si puede ser qué? ¿Qué es lo que no es normal? ¡Escúpelos ya! Sois increíbles los dos: uno caza fantasmas como si fueran moscas, y el otro se pierde por el camino cuando habla. ¡Di! ¡Explícate! ¡Habla claro!

El pastor abría unos ojos llenos de glotonería. No solo preveía lo peor, sino que siempre estaba dispuesto a abordarlo alegremente.

—¡Oh! —exclamó Alyre, a quien aquel preámbulo había decidido a no decir más—. ¡Oh...! Es una cosa que, para entenderla, habría que tenerlo todo en cuenta. ¡Todo! Y como no sabemos nada...

Cabalgaba un sueño triste que tenía lugar allí, hacia sus truferas de Cassagne, entre las astas de bronce de un bosque de laureles. ¿Alguna vez dejaba de moverse aquel ejército traqueteante bajo el viento de la noche? Eran extraños, con todo, esos antojos que tenía Roseline desde hacía un tiempo precisamente al pasar junto a aquel bosque. Eran extrañas, con todo, esas bocanadas de aire caliente que lo mareaban ante aquel bosque cuando volvía a atar la cuerda a la cinta de Roseline.

—¡Me dejas de piedra! —dijo Francine—. ¡No me tienes acostumbrada a tanto misterio!

—No es misterio —repuso Alyre—, sino perplejidad... Eso es: estoy perplejo...

Esa perplejidad lo condenaba, aquella noche, a buscar más amplia compañía. Se levantó en cuanto hubo terminado el queso, metió la servilleta en el servilletero grabado con su nombre y anunció que iba a jugar a las cartas adonde Rosemonde Burle.

3

El reloj del salpicadero tintineaba en la oscuridad. El gran coche azul estaba hundido bajo el follaje de los laureles. A veces el viento soltaba un fruto negro que rebotaba sobre la chapa. Solo la mancha blanca de las manos febriles se distinguía a través del parabrisas sobre el que se deslizaba algún rayo de luna filtrado por las ramas en movimiento.

—¿Es tu última palabra?

La muchacha, con los dedos crispados sobre el volante, miraba al frente. Sus ojos claros se empañaban de lágrimas y su voz se ahogaba en sollozos.

—Parece una escena de amor...

A su lado el hombre, enmarañado de barba hirsuta y de cabellos largos como cuerdas, le respondía con voz sorda y la mirada fija al frente, clavada en aquel muro deteriorado perforado por una puerta de hierro, a lo lejos.

—Es una escena de amor...

—¡No, es una escena de dinero!

—¡Diez millones! ¡Vas a darles diez millones a esos piojosos! ¡Y pretendes hacerme creer que no se trata de amor! ¡La mitad de nuestros bienes! ¿Cómo se te ocurre? ¡Todo el sudor de dos generaciones!

—¡El sudor de dos generaciones de explotadores, sí!

—Pero ¿qué pretendes demostrar con eso?

—Expiar. Expío las faltas de mi padre, las de mi madre y las tuyas accesoriamente... Escúchame bien: dentro de cuarenta, de cincuenta años, serás vieja o te habrás muerto. Tendrás un marido a quien ya no amarás, hijos que se preguntarán qué hacer contigo porque aún no se atreverán a tirarte por la escalera... Los habrás visto volverse feos a medida que envejecen. Ese Dios en cuya fe te han educado no te servirá ya de nada. Y tú no habrás servido nunca de nada porque nunca habrás amado más que a tu pequeño núcleo familiar y lo espantoso de tu caso es que lo seguirás amando aun siendo horrible...

—¿Por qué habría de ser horrible?

—Porque padres como los nuestros, que no piensan más que en el dinero, solo pueden engendrar seres horribles. Y tú elegirás marido, mira qué casualidad, entre los hijos de otras personas horribles.

—¡Padre era patético!

El hombre rio con sarcasmo.

—¡Exacto! Se jactaba tanto de sus limosnas que siempre creíamos que compartía su fortuna.

¡No, no es posible! ¡Tengo que huir de eso! ¡No quiero ser así! ¡No quiero que eso me marque! El mundo debe estar hecho de hermanos. Yo no tendría lugar en la humanidad si fuera así. ¡Si fuera como tú!

Hizo ademán de abrir la puerta del coche.

—¡No! ¡Espera! —le frenó ella jadeante—. Yo puedo hasta seis millones. ¡Sabes que son todos mis ahorros! ¡Que hice estudios por eso! ¡Que se lo he dado todo!

—¡Tienes alma de empresaria! —dijo él con desprecio—. ¿Será posible? ¿Será posible que seas tú? ¿Tú, que te precipitabas a regalarles tus muñecas a todas las niñas pobres de Oyonnax?

—¡Bastante me pegaron en los dedos por aquello!

—¡No nuestros padres! Ellos bien se cuidaban de no hacerlo. Te mandaban decir severamente que no compartieses nada por medio de las criadas. ¿Cuándo dejaste de compartir? ¿Cuándo dejaste de dar? Di. ¿No puedes dar marcha atrás? ¿No puedes volver a parecerme a mí? ¡Yo te quería tanto!

—Me quieres, pero cicateas por cuatro millones.

—He mandado hacer todos los presupuestos. Dispongo de todos los descuentos posibles: compra de los terrenos, de todas las ruinas, restauración de las casas, abastecimiento de agua, electricidad, etc. Para instalar la comunidad en un hermoso enclave natural lo necesito todo.

—¿Todo? ¡Estás loco!

—Sabes bien que no. Tengo tres diplomas de matemáticas. Me has estado observando subrepticamente en dos ocasiones. ¡Sí sí, no lo niegues! Sé que tu amor es lúcido...

—Tenemos al grupo Europlast encima. Se las han arreglado para que nadie presente una oferta mejor. Llegado el caso, no obtendrás siquiera los seis millones que te ofrezco.

El hombre esbozó una sonrisa en las sombras.

—Eres más lista que yo, pero no hasta ese extremo. Sé que has encargado un estudio serio a un grupo americano. Yo también le he mandado espiarte un poco comercialmente a un amigo mío que es detective privado. La fábrica ha sido tasada en veinticinco millones. Y veinte millones es la cifra máxima que se ha fijado Europlast para que la jugada sea rentable. No olvides que cerrarán la fábrica en cuanto la compren. No se llevarán más que la lista de clientes. Así que, hermanita..., diez millones, es mi última palabra.

Abrió la puerta del coche, esta vez con decisión. Un olor desagradable le asaltó. Dirigió al follaje de los laureles una mirada indecisa. Las nubes se cimbraban bajo la luna.

—¡Jérémie!

Había cerrado la puerta con fuerza a su vez y, rodeando el coche, le impidió el paso.

—¡Me crucificas!

La luna la iluminó entera, con capa de lana cruda, melena al viento, piernas cubiertas de seda, sobre los tacones de los zapatos que rutilaban al engancharlos un rayo de luz de luna. Era una muchacha de piel clara, de ojos inmensos; su rostro resplandecía de inteligencia y belleza.

—¡Qué hermosa eres! —murmuró Jérémie—. ¡Qué lástima! ¿Qué vas a hacer con los miserables? Tu marido verá el mundial de fútbol por la tele, te llevará a ver auténticas películas porno las noches de cenas de negocios. Tendrás mechuis con carneros muertos. ¡Tendrás una vida vulgar! Ven conmigo. En las colinas de por aquí conocerás a hombres venidos de todas partes, hombres que estarán sucios pero al menos serán puros. Y conocerás a varios, sin presión, libremente, hasta que uno solo te convenga. O una sola, ¿quién sabe? ¡Pero al menos, en nuestro

mundo, tendrás libre elección!

—¡Jérémie! ¡Te lo suplico! ¡Sin la fábrica no soy más que una cáscara vacía! ¡Acepta! Te juro que si pudiera darte más lo haría.

Jérémie se volvió hacia ella. Tenía, entre su hirsuta pelambre, la misma mirada tierna que la joven.

—Dios mío —gimió—, ¿cómo puedes ocultar todo eso bajo tanta pureza? Pero ¿cómo puedes ser al mismo tiempo tan ingenua?

Ella, replegada en sí misma, ya no reaccionaba. ¿Dónde estaba el hermano al que había amado, el hermano que era de los suyos? ¿Dónde estaba su alma? La tentación de rezar, tanto tiempo atajada, la desbordó de pronto. Pero él volvía la espalda, se iba...

Ella lo vio marchar llevándose su última esperanza. Se vendería la fábrica. No podía darle diez millones. No podían gastar parte del depósito sagrado de Suiza. Su padre se lo había hecho jurar. Solamente la huida de la familia, fuera de Francia, la autorizaría a tocarlo.

—¡Jérémie!

Se iba con los pies descalzos, con la túnica ligera y desteñida plisada en torno a su cuerpo como la de un monje pero aún más pobre, sin cinturón, sin cruz, con tan solo un escapulario de bolas de ciprés que tintineaba en su cintura.

«Dios mío», pensó, «qué frío debe de tener».

Su mirada maquina recorrió las llantas blancas de los lujosos neumáticos de su coche. La rueda delantera derecha estaba deshinchada.

—¡Jérémie! —gritó.

Él se dio la vuelta, deshizo el camino.

—¡Jérémie! Nunca en mi vida he sabido cambiar una rueda. Precisamente hoy tiene que...

Él se encogió de hombros.

—¿Tienes herramientas?

—En el maletero.

Se ocupaba en torno a ella, montó el gato, sacó la rueda de repuesto.

—¿No te haces daño en los pies?

—¡Qué va! Estoy orgulloso de mis callos. ¡He recorrido cinco mil kilómetros descalzo! No se desgastan, como en cambio sí los neumáticos. ¡Mierda! Esos idiotas han apretado demasiado los tornillos. Esos mecánicos son todos iguales. Los aprietan con llaves de cruceta y llegas tú con tu pobre llave de tubo. ¡Son todos idiotas! ¿No tienes una llave inglesa? La pasaré por el tubo, servirá de palanca.

Revolvió en la caja de herramientas. Regresó. Posó con cuidado los tornillos sobre los tapacubos. Cambió la rueda. Revisó los tornillos con la mano.

—¡Agárrame esto!

Le tendió la pesada llave inglesa que le había servido de palanca. Estaba inclinado hacia delante. Su cráneo hirsuto quedaba a la altura del capó.

«Diez millones», pensó ella. «Y mi vida... ¿Qué va a ser de mí?».

Fue toda la estirpe de vivos y muertos de la familia la que alzó la llave inglesa en manos de la muchacha y la descargó con todas sus fuerzas sobre el cráneo de Jérémie... Una, dos veces...

Un miedo atroz la embargó porque él, en lugar de caer, comenzó a erguirse lenta, lentamente, así como antes había subido el coche por efecto del gato. Comprendió de pronto que si se daba la

vuelta, si ella veía su rostro, moriría a su vez sin necesidad de que él siquiera interviniese, de horror, de arrepentimiento, de desasosiego... Entonces lo golpeó por tercera vez con la fuerza de la desesperación y, entonces sí, se desplomó sobre el capó. Pero la última imagen que conservó de él no fue aquel gran cuerpo encogido flotando en su túnica. Fue la del hombre todavía vivo que se incorporaba con aquella fantástica lentitud, el hombre que iba a mostrarle ya sabía qué rostro... ¡El rostro de alguien que aprendía a conocerla como era!

«Lo he matado porque tenía razón», se dijo. Pero al punto pensó que ella era el eslabón que unía el pasado al porvenir. ¿Qué más daba que fuera asesina? Al matar a Jérémie salvaba una obra, a unos obreros. «Y te salvas a ti», le gritó una voz interior. Súbitamente lo que había sido, antes de aquel instante, se le hizo consciente. ¿Era acaso posible?

Contempló su brazo como si perteneciese a otra y contempló la llave inglesa pegajosa de sangre. La tiró al suelo. El ruido que hizo al caer despertó su instinto. Tenía que borrar su rastro, marcharse, huir... Recogió la llave, se agachó para terminar de apretar los tornillos y poner los tapacubos. Durante toda la operación, inclinada sobre la rueda, su rostro de agua clara estaba a la altura del de Jérémie y sus largos cabellos acariciaban los de él.

Se levantó al fin, metió con esfuerzo la rueda pinchada en el maletero y rodeó el coche para sentarse al volante. Huir... Nadie en el mundo sabía aún que había salido de Oyonnax para venir a Banon. Nadie... Había llenado el depósito la víspera, ni siquiera había tenido que parar en una gasolinera... Y si pudiera alejarse, llegar a Oyonnax antes del alba, ¿quién sospecharía de ella? ¿Con su rostro puro? ¿Con su equilibrio? ¿Con la pena que sería capaz de sentir hasta verterla decentemente en público? El abogado de Jérémie era el único que sabía que este tenía intención de vender la fábrica. Si Jérémie no lo hubiera reconocido expresamente aquella noche, ni siquiera ella lo sabría aún. Todo era propicio para que se librase. Miró el reloj. Eran las doce y media. Cinco horas de ruta a ciento cincuenta por hora... Posible. Hizo ademán de abrir la puerta. Entonces vio a Mambo. Levantado sobre sus cortas patas traseras contra el cristal cerrado, un minúsculo perro salchicha la miraba gimiendo, impaciente por reunirse con su amo. Retrocedió ante aquella imagen. Seguía viéndolo por aquel camino, alegre y cordial, con su perrito en brazos y un gran bolso militar colgado al cuello. El bolso también estaba allí. Puede que todavía oliera al sudor de Jérémie por los caminos...

¡No! Se cubrió el rostro con las manos. Había podido matar porque la fábrica mandaba. No podía matar al perro. Eso sería superior a sus fuerzas. Lo perdería. Por el camino. Era un teckel de raza. Alguien lo recogería...

4

Cuando se disponía a sentarse al volante oyó que un coche venía hacia ella traqueteando por el camino de tierra. Se tambaleaba al azar de los linderos, a poca velocidad, sonando como una cacerola el parachoques mal reparado. ¿Quién llegaba a ese desierto a aquellas horas? Delante del Mercedes se extendía en las sombras una gruta de vegetación. Se sentó al volante, encendió el contacto, retrocedió unos metros e hizo avanzar el coche bajo la gruta de sombra hasta oír que las ramas fustigaban la carrocería. Lo había hecho todo sin encender los faros. Bajó, se escondió entre los laureles, erguida, blanca bajo la luna, pero la cortina de árboles la separaba de aquel claro cubierto de hojas muertas cerrado por un muro y una reja oxidada.

El frondoso bosque que había visto desde la carretera después de recoger a Jérémie, que la esperaba en el cruce donde la había citado, le había parecido adecuado para una conversación privada. El destino, sin duda, le sugería ya entonces, sin que fuera consciente, que probablemente tendría que matarlo. Pero ahora había pasado a ser presa de los árboles. No tenía más salida, para volver a la carretera, que aquel camino de tierra por el que avanzaba el viejo coche. Avanzaba y avanzaba. Se oía el ruido de su motor asmático enganchado en segunda. Asmático pero robusto, un motor que una sentía que podía durar otros veinte años a aquella lentísima marcha. Bajo el sendero estrechamente defendido por los tallos inclinados de los laureles, aquel coche rodaba con los faros apagados. Al fin apareció. Desembocó en el claro ocelado por la luz de la luna que jugaba en el viento a través de las encinas y los laureles.

La vieja carrocería, que en su día había sido blanca, hoy ya estaba cuarteada y gris como el caparazón de una tortuga, tan vieja y corroída por las estaciones pasadas a la intemperie que ya no parecía de este mundo. Un aura siniestra se movía en torno a aquella tartana familiar. La joven la contemplaba, helada hasta los huesos, rígida de miedo y de funesto presentimiento. Era imposible, si encendía los faros, que el conductor no viera el cadáver de Jérémie amontonado sobre el suelo de hojas muertas. Pero ¿por qué seguía sin dar las luces? ¿Qué venía a hacer a esas horas en aquel jardín cercado de rejas oxidadas?

De repente expiró el motor. En el silencio recobrado la joven oyó un gran árbol que crujía bajo el viento en un lento oleaje de tristeza. Creyó reconocer el canto fúnebre de un ciprés. Miraba intensamente el coche gris, inmóvil en la penumbra, con los cristales empañados en el frío de diciembre, cuando oyó el chirrido de la puerta. El asiento del conductor estaba del lado opuesto al bosque de encinas donde ella se escondía. No lo vio hasta que se puso en pie. Le daba la espalda. Avanzaba despreocupadamente hacia el portón oxidado. El claro de luna revelaba de él una silueta imprecisa que se prolongaba rígida y negra, de los pies a la cabeza, sin cintura, ni hombros ni cuello. Se detuvo ante el portón y sacó de su bolsillo un juego de llaves que hizo

tintinear. Se oyó el ruido de un pestillo bien engrasado que gira sin esfuerzo en su cerradero. El hombre abrió del todo el batiente, las bisagras chirriaron. Entonces se volvió.

La joven vio erguirse todo negro, salpicado de sombras y claro de luna, a un informe espantapájaros sin rostro. De los bordes inmensos de su sombrero negro caía un velo de tul negro que le envaraba los brazos hasta el codo. Llevaba largos guantes negros que parecían de mujer.

A través de los huecos del follaje, lo miraba subyugada. Sus pasos rechinaban sobre las hojas muertas mientras volvía lentamente a la tartana. Pero antes de llegar hasta ella se detuvo, con las piernas juntas, los brazos pegados al cuerpo, inmóvil como un cazador que quisiera fundirse con la naturaleza. Ella retuvo el aliento. Estaban a veinte metros el uno de la otra. Antes, durante la conversación en el coche, mientras ella fumaba un cigarrillo, sentía a su alrededor el perfume sutil que utilizaba y que habría podido delatarla si no flotase bajo los árboles un olor acre que lo dominaba todo. No obstante, el hombre rígido y tenso volvía de un lado a otro el fúnebre telón que le velaba el rostro y su sombrero seguía el movimiento. Reemprendió la marcha, más lentamente aún, hacia su coche. Intuía que hacía cálculos, que vacilaba. Si de repente se le antojara apartar los laureles y avanzar hacia el primer hueco entre las encinas, sin lugar a dudas descubriría a Jérémie y entonces... ella no tendría tiempo de alejarse.

Sin embargo, el personaje, si bien su actitud seguía siendo extremadamente circunspecta, no alteraba su recorrido... Durante un solo instante se volvió con viveza. Fue cuando el portón oxidado, empujado por el viento y probablemente con las bisagras torcidas, se cerró un poco con un chirrido que pareció inquietar a aquel hombre precavido. Permaneció un largo momento contemplando el hueco de la abertura donde se deslizaba un solo rayo de luna y después, aliviado sin duda, se puso de nuevo en marcha.

No volvió a sentarse al volante. Abrió la puerta trasera, la del lado opuesto a aquel desde donde ella lo espiaba. Sacó con esfuerzo una especie de marioneta oblonga y flácida que se le escurría entre los brazos y que apenas lograba sujetar. Cargó titubeando con aquel paquete informe, se incorporó y echó a andar pesadamente hacia el portón abierto.

Entonces la luz de la luna desveló de repente la naturaleza del fardo que el hombre cargaba a hombros. Era el cuerpo de Jérémie tendido en la hierba y que ella seguía distinguiendo en el mismo lugar. Un estupor innombrable le electrizó el cabello y le heló el espinazo. El escapulario, la túnica, los pies que el desconocido agarraba por los tobillos. Estaba todo. Todo era similar. Con la cabeza bocabajo, el pelo casi barría el suelo y ocultaba el rostro. Pero la sombra se metía ya por el portón, desaparecía. La joven no podía moverse. Sabía que el cuerpo de Jérémie seguía estando allí... Pero ¿entonces? ¿A quién transportaba el hombre del velo? ¿Por qué estaba muerto? ¿Qué iba a hacer con él? El deseo de saber la impulsó hacia delante. Cruzó el portón a su vez.

Cuando el hombre regresó, no se dio la vuelta enseguida. Cerró primero el portón chirriante y dio dos vueltas de llave a la cerradura. Después, con el mismo paso lento, volvió hacia el coche. Entonces levantó la cabeza. Allí, en la penumbra, un rostro de muchacha lo miraba fijamente. No daba crédito. Primero tuvo miedo. Pero era un rostro tan alentador que no tardó en calmarse. No tenía nada que temer de una pureza tal. Desgraciadamente, no llevaba encima nada de lo necesario... Se miró las manos y, para dar fe de su confianza, escupió en ellas...

Avanzó a pasitos. Apartó los laureles. No miraba más que a la muchacha. No veía el color de sus ojos, sino solamente un gran hueco vacío lleno de claro de luna. Ella dejó caer a sus pies esa

especie de abrigo sin mangas que llevaba. Se desabrochó la blusa, se la quitó... Él tropezó con una masa blanda y se percató con estupor de que era un cadáver. El escapulario, la túnica... El pelo largo. Tuvo miedo de nuevo. La muchacha estaba ya a diez metros de él. Bajo el viento helado de Lure que soplaba, dejó caer su falda, quedó casi desnuda. Dos metros solamente. Él tendió las manos hacia el centro de sus piernas queriendo primero palparla, acariciarla, reducirla antes de matarla.

Entonces, antes de poder estrechar entre sus brazos su cuerpo, que creía dócil, ella le clavó el puño armado con sus llaves, con todas sus fuerzas, en las partes bajas. Sintió que con el golpe se desplomaba una gran masa de carne dura y blanda a la vez. Volvió a golpearlo al instante desde muy cerca, esta vez con la punta de las llaves asomando entre los dedos, y en el mismo lugar. Él despertó de su embriaguez con un gorgoteo sordo que dominaba un grito, doblado en dos. Resoplaba como un toro acribillado de banderillas. Sus manos de leñador se tendieron entonces hacia el cuello de la mujer para triturarlo, pero ya no estaba allí. Estaba más allá, en la espesa sombra de una encina, casi invisible, salvo por sus muslos y su vientre, que eran como escudos a la luz de la luna. Habiendo perdido el equilibrio, pues el dolor le cortaba la respiración, el hombre avanzó con gesto de gorila, con los brazos abiertos. La muchacha huía entre los árboles. La siguió. Aceleró el paso pero la distancia entre ellos se mantuvo. Corriendo descalza sobre las hojas muertas, trataba de agotarlo, y a él, tras haber sido golpeado de aquella forma, le costaba recuperarse. La perdió de vista. Buscó. Avanzaba entre los laureles, circunspecto, terrible. El sombrero bien sujeto bajo el velo apenas se le había movido de la cabeza.

De pronto se sintió ligera tras él. Su muñeca se encontró atenazada entre dos manos de hierro. Ella tiró con todas sus fuerzas. Era la primera vez desde que practicaba judo que debía derribar una masa tan formidable. Pero su técnica era perfecta. El hombre fue a dar de bruces contra una mata de escaramujos.

Seguía haciéndose ilusiones pero el centro de su cuerpo le dolía cada vez más y se agarraba la muñeca izquierda para aliviar sus articulaciones torturadas. La mujer se precipitó hacia el Mercedes. Abrió la puerta mientras él se tambaleaba hacia ella, cada vez más deprisa, como si embistiera o fuera a desplomarse. Sacó de la guantera un revólver minúsculo, apuntó al hombre y quitó el seguro. Él paró en seco.

Estaban cara a cara, se escudriñaban. Ella a plena luz, triunfante, casi desnuda, con los pezones alzándose con el jadeo de la emoción; el hombre, casi doblado en dos, se recuperaba rápidamente pero seguía siendo anónimo, atrincherado tras su velo negro.

Jadeaban. Parecía que en lugar de una batalla fuera un esfuerzo de amor lo que los había agotado.

El silencio era compacto en torno a ellos. Hasta el viento había dejado de soplar. No quedaban en la noche clara más que sus dos respiraciones como enfrentadas.

Con el cañón del revólver al extremo de su brazo tendido, ella señaló con insistencia el cadáver de Jérémie y con el índice de la mano derecha, el portón que el hombre había vuelto a cerrar. Él demoraba la ejecución. Ella retrocedió para permanecer fuera de su alcance pero no demasiado lejos, de modo que llegado el caso ninguna de las seis balas del cargador se perdiese por ahí.

A él le llevó cierto tiempo comprender. Pero, a fuerza de escrutar la claridad del rostro que nunca desviaba los ojos, conoció en cuestión de minutos a aquella muchacha mejor de lo que ser alguno la conocería jamás. Supo que no sería capaz de resistirse a ella.

Hizo entonces aquel último esfuerzo. Se cargó a hombros el cadáver de Jérémie y abrió de nuevo el portón, mientras ella recogía su ropa y sus zapatos. Se vistió, se ajustó la capa a los hombros y siguió al hombre desde el otro lado de la reja para vigilarlo y evitar ser sorprendida.

A lo lejos gañían los zorros, hambrientos y acorralados. Ella se dijo que no les llevaría mucho tiempo eliminar los restos y las manchas de sangre. El hombre posó con delicadeza el cuerpo de Jérémie. Le levantó la barba sedosa, acarició con la mano aquel cuello tan joven. Murmuró:

—Qué lástima...

5

Aquella noche, Alyre Morelon se demoró fuera de casa para ir a entregar una cesta de trufas a los Levinkof. El pintor se había instalado en un antiguo aserradero, a un kilómetro de las trufas de Alyre, en la carretera de Simiane. Gozaba de la consideración de la crítica y vendía sus lienzos en América. Cuando, a la hora del crepúsculo, Alyre llegó al área que precedía al taller, creyó que una horda de bárbaros había exterminado a la familia. Un roble centenario estaba partido por la mitad en sentido longitudinal, ramas y hoja incluidas. Sobre el corte liso como una tabla el artista había pintado regueros de venas azuladas que formaban espirales y volutas. Espantapájaros hechos de trapos malvas y amarillos, con los pelos al viento, colgaban de las ramas con cuerdas de colores. Sus lenguas de tafetán rojo amapola colgaban, más o menos largas, a veces hasta el suelo, siempre desmesuradas, un poco fálicas. El conjunto de aquel horror oscilaba con el viento de la noche.

—¡Bribón! —dijo Alyre maravillado.

Ató con cuidado a Roseline, que mostró su desaprobación con ruidos sordos, al pie del roble fatídico.

Una chiquillería piante saltaba en torno a Alyre tratando de robarle trufas de la cesta, perros famélicos ladraban en sus talones, gatos enfermos de fiebre a fuerza de hambruna huían a su llegada. Y entonces, desde lejos, Levinkof lo llamó. Tenía una voz de bajo dentro del cuerpo de Job en su estercolero, siempre en pantalón corto, con músculos como cuerdas de violín que corrían flácidos sobre sus patas de pollo. ¿Sesenta años? ¿Setenta? Imposible precisarlo.

—¿Qué te parece mi árbol de Navidad? —preguntó enseguida.

—¡Es bonito! —exclamó Alyre.

Levinkof lo condujo hacia la casa. En el umbral esperaba su compañera. Si Alyre venía de buena gana a entregar las trufas era por ella. Estaba en lo alto de los cuatro peldaños que llevaban a la entrada. Era su lugar preferido para recibir a las visitas. Se mostraba, casi siempre, triunfante y embarazada, completamente desnuda bajo un vestido de gasa, con el ombligo sobresaliendo del vientre como un sacacorchos lúbrico, y los pechos algo blandos pero enormes. Medía, a ojo de buen cubero, un metro ochenta. Alyre soñaba durante horas, después de haberla visto, que se ahogaba en ella y que no daba abasto a llenarse las manos. Levinkof, naturalmente, contaba con ella para conseguir descuentos en las trufas. Pero la inflexible Francine había dicho «trescientos francos el kilo» y trescientos francos serían.

La recepción de la cesta fue un festejo. Condujeron a Alyre a la casa. Lo sentaron delante de un pastís que detestaba. Logró proteger su cosecha hasta que Levinkof le hubo firmado el cheque y lo tuvo guardado en el bolsillo. Pero inmediatamente después la chiquillería (siete niños de

Levinkof más un pequeño laosiano que había acogido), la diosa encinta y el pintor se abalanzaron sobre las trufas como sobre una cesta de cerezas. El jugo negro les corría por las comisuras de la boca, la tierra roja que las envolvía crujía entre sus fuertes dientes. La diosa chupaba una que debía de pesar ochenta gramos. Con los ojos cerrados, su ancho rostro rubio se derretía de gusto en torno a aquella bola negra que le distendía los labios. En un cuarto de hora se comieron mil doscientos francos de trufas. La chiquillería atiborrada eructaba de placer.

—Dime, Alyre —dijo Levinkof entre bocado y bocado—, ¿también han ido a tu casa los gendarmes?

—Dos veces —contestó Alyre.

—¿Ha desaparecido otro?

—¡Segurísimo!

—¿Así que ni siquiera en Francia se puede ya desaparecer como uno quiera sin que se metan los gendarmes?

—Por lo visto... —comenzó a decir Alyre.

Se detuvo bruscamente.

—Han estado dando vueltas —dijo Levinkof— alrededor de mi árbol de Navidad durante más de un cuarto de hora. ¡Querían creer que lo que he colgado del roble eran hombres de verdad!

—Se hace tarde —dijo Alyre—. Me voy a casa.

Levinkof lo besó. La diosa se inclinó a su vez para besarlo y durante un segundo Alyre sintió el peso de la profusión de sus pechos en los hombros. La chiquillería también lo embadurnó de trufa. Lo llevaron en volandas hasta Roseline, que miraba por encima de sus orejas y gruñía suavemente. Los niños permanecieron a cierta distancia, intimidados por los ciento ochenta kilos de la cerda.

Alyre emprendió el camino a casa, Roseline daba brincos alrededor de la simbólica correa. La noche invernal había caído en los encinares. La luna teñía de blanco la carretera por la que trotaban el hombre y la cerda.

Al pasar ante sus truferas, Alyre recordó que había olvidado su pico en la horcadura de un árbol. Echó a andar por el suelo mullido. Siempre sentía el mismo placer al pisar su tierra bajo los robles. Amaba aquel silencio, la sombra clara. Era un hombre que se conformaba con poco.

El silencio... Un ruido muy discreto lo perturbaba a cierta distancia, un ruido que Alyre no lograba precisar. Era como si alguien pasara tierra por un tamiz. Un leve ruido de arenado. Al mismo tiempo vio la punta de metal de su pico en la horcadura donde lo había dejado.

—¡Espera! —dijo.

Soltó la correa de Roseline. Le dio la espalda para agarrar el pico. Un segundo... Roseline, que olfateaba el aire con inquietud desde que aquel leve ruido empezó a manifestarse, se alejó más allá del alcance de Alyre, con el hocico pegado al suelo.

Y de pronto echó a trotar, cada vez más deprisa. Aulló salvajemente.

—¡Roseline! —gritó Alyre.

Era demasiado tarde. Roseline escapaba más allá de los árboles, a toda velocidad. Alyre se precipitó tras ella, frenético, con el corazón dándole tumbos en el pecho. Un seto que la cerda había atravesado sin esfuerzo se interpuso en su camino. Le llevó un tiempo infinito rodearlo, cruzar el talud. Estaba desesperado. Oía a su cerda a lo lejos chillando a pleno pulmón por las truferas de todo Banon. ¿Qué se le había antojado ahora? ¿Sería la llamada de un jabalí? A veces

les pasa, a las cerdas. Pero no estaban en temporada. Y además ese ruido... no, no era un jabalí.

Llamó a Roseline a los cuatro vientos en aquella noche clara. Lo embargaba un atroz presentimiento. De pronto la oyó gritar. Corrió a tientas, con las manos tendidas, repitiendo su llamada. Al fin la vio. Gruñía suavemente bajo un trufero tratando de lamerse el muslo.

—¡Roseline! ¡Mi Roseline!

Se arrodilló a su lado.

—¡Está herida! ¡Estás herida, mi Roseline! ¡Mi pobre Roseline! Pero ¿por qué eres tan tonta? ¿Por qué eres tan curiosa?

Veía mal a la luz de la luna que el follaje camuflaba. Palpó a Roseline de arriba abajo. Ella aulló de dolor.

—¿Es aquí, mi Roseline? ¿Te duele aquí?

Sí. Allí era. Una gran equimosis, además de un rasguño en la paleta izquierda y un poco de sangre en la punta de una oreja. Debían de haberla atacado a pedradas. ¿Atacado? ¿O bien era ella quien había tratado de embestir a un adversario misterioso que se había defendido?

Pero ¿entonces? ¿Por qué no se había manifestado? ¿Por qué había huido? ¿Sería un ladrón de trufas?

—¿Quién es el malnacido?

Miró a su alrededor enfurecido. Si el agresor de Roseline seguía por las inmediaciones, ¡más le valía esconderse, por enteco que fuese Alyre! Le parecía que era a él a quien le dolía el hombro de su querida Roseline.

Se orientó rápidamente. Estaba en las lindes de varias parcelas separadas por setos y taludes. El viento se había alzado de pronto, sin avisar, sin que ningún rumor lejano anunciase su llegada. Bajo la marea del deshielo que caía de los altos de Montsalier, Alyre percibió bajo los robles otro ruido extraño.

Era un tintineo de campanilla y el levísimo roce de un tejido, como si una mujer con un vestido ligero rozase con su falda los endrinos del sendero. Entonces, por la pendiente despejada entre los robles truferos, vio bajar hacia él, empujados por el viento del norte, dos objetos dispares que, vagando en la corriente de aire, producían los sonidos que lo intrigaban.

Se trataba de un cubo de plástico amarillo que sonaba al rodar por el suelo cuando su asa metálica golpeaba los guijarros. El otro objeto ligero y saltarín parecía desplazarse sobre un cojín de aire. Alyre lo reconoció mucho antes de distinguir lo que era. Lo reconoció por el frío estremecimiento que le recorrió la frente.

—¡La Uillaoude! —dijo en un soplo.

Un día, a la edad de cinco años, escondido tras su abuela, que lo había llevado con ella porque era demasiado pequeño para entender, había visto aquel objeto, con su curioso nudo de cinta de ocho pétalos inextricables, sobre la cabeza de una anciana a la que ocultaba entera. Era el «chambergó sortílego», es decir, un tul exorcizado mediante determinadas prácticas y que debía proteger a la «hechicera» durante ciertas sesiones particularmente peligrosas.

No era otra cosa, de hecho, que un ancho sombrero del que caía el velo destinado a proteger a los apicultores de las picaduras de abeja durante la recolección de la miel. La única diferencia es que era negro. Negro y vetusto. Había pertenecido a una viuda de antaño. Era también siniestro, pues solo se convertía en mágico si la viuda le echaba una mano al destino. Si con cualquier artimaña había adelantado la muerte de su cónyuge. Entonces las abejas se abalanzaban sobre su

rostro y en ocasiones lograban matarla de golpe.

Alyre se cuidó mucho de tocar aquel objeto que reconocía gracias al nudo inextricable de su cinta y a la paja negra del sombrero. No creía en todas aquellas pamplinas, por supuesto, pero eso no quitaba para que fuese prudente. Y aquella noche las cosas eran muy extrañas... Se conformó con mirar cómo palpitaba a sus pies con el soplo del viento y, cuando a este se le antojaba empujar el «chambergó» contra sus zapatos, retrocedía precipitadamente.

El cubo, bien al contrario, por su propia banalidad, era más tranquilizador y Alyre no dudó en recogerlo. Se situó de forma que el claro de luna iluminase el fondo del cubo. No contenía más que dos o tres dedales de una materia granulosa que Alyre hizo saltar sobre la palma de su mano. Era arenosa, pesada, algo viscosa. Cuando la agarraba entre el pulgar y el índice, se amalgamaba como la miga de pan, se calentaba. A Alyre le pareció que cobraba extraña vida. Se deshizo de ella bruscamente, arrojó el cubo lejos y se frotó largamente las manos sobre los muslos. Se las olió, hacía muecas. Un malestar indefinible le sacudió el corazón.

—¡Nos largamos, Roseline! —susurró.

Pero ella cojeaba y regresaron a Banon muy lentamente. Él no dejó de reñirla durante todo el trayecto a causa de lo mucho que se inquietaba por ella.

—¡Imbécil! ¿Qué has ido a hacer a esas truferas que no son nuestras? Si el Pascalon Bayle o el Polycarpe Bleu o el Sidoine o el Pipeau Flautista me hubieran sorprendido, ¡y contigo para colmo!, donde sus trufas a las nueve de la noche, habríamos estado apañados. Y, por si fuera poco, son todos sobrinos de la Uillaoude. ¡Mira por dónde! ¡Todos sobrinos de la Uillaoude! Y la Uillaoude de hoy es la digna sobrina de aquella a quien mi abuela me llevaba a ver...

Alyre Morelon miró al cielo donde el claro de luna desdibujaba las estrellas. No solía mirar al cielo, pero aquella noche estaba particularmente desorientado.

—No pasa nada, Roseline... Suceden cosas muy raras... ¿Qué hacía ese ahí, bajo los robles de no sé quién, con un cubo de no sé qué... y con un «chambergó sortílego» puesto? ¿De qué le serviría? ¿Y por qué no se ha dado a conocer? ¿Y por qué te ha tirado piedras?

Muchas preguntas para un solo hombre y una cerda tullida.

Cuando llegó a su casa, tirando de Roseline con la cabeza gacha bajo su cinta, se apresuró a ir a buscar aguardiente y penicilina y, pese a los gritos atroces de la cerda, le limpió la herida y le puso una venda, sin hacerse ilusiones sobre por cuánto tiempo le duraría.

—¡Hala! Y mañana si no estás mejor te llevaremos al doctor Arnaud, en Manosque...

Tras lo cual trajo del taller un candado grande y tornillos para colocarlo. Echó el cerrojo de la porqueriza. Clavó los cáncamos. Estaba terminando el trabajo cuando Francine, que volvía de excursión, cerró de golpe la puerta de su coche.

—¡Anda! ¿Qué haces ahí? ¿Cómo se te ha ocurrido encadenar a Roseline? ¿Tienes miedo de que te la roben? Con los gritos que pega en cuanto se le acerca un desconocido, me extrañaría que...

Alyre le quitó la palabra.

—No tengo miedo de que me la roben —dijo—; tengo miedo de que me la maten. No es lo mismo...

Escudriñaba los rincones oscuros de los cobertizos como si oliera en ellos una presencia asesina.

6

Cuando Laviolette, en su Simca Vedette verde manzana, como siempre, llegó a Banon a última hora del día, bien entrada la noche, la plaza estaba desierta bajo el mistral. Un minúsculo perro salchicha vagaba por ella, desazonado por el viento.

Laviolette midió aquel pueblo en tres miradas. La primera se posó sobre el ciprés de la esquina de un jardín en terrazas, el último de los ciento cincuenta con los que los monjes, para ocupar los intervalos entre oraciones, habían adornado los glacis en el siglo XVIII. La segunda registró los tres inmuebles con tragaluces que uno vacilaba en creer si habían salido del suelo o estaban sencillamente puestos encima.

Dos hoteles modernos los completaban, uno de los cuales proclamaba ser el Hotel des Fraches y el otro el Hotel de Lure. Siguiendo su ejemplo, rodaba hacia la alta planicie un conjunto de villas marselesas, donde cada cual exponía para envidia de los viandantes las riquezas de su imaginación y su concepto del arte. Laviolette comprendió enseguida que ese Banon carecía de misterio y que no le concernía.

Pero la tercera mirada le reveló otro Banon. Era un anciano con boina vasca que cruzaba hacia la fuente, con los pies a escuadra frente al mistral. Se acercó a él y se levantó el sombrero.

—¿No conoce usted por casualidad —le dijo— algún sitio donde pueda comer y dormir por poco dinero?

No empleó la palabra «hotel» a propósito.

—¿Comer y dormir? —repitió el otro.

La prórroga le permitió examinar a su interlocutor. Vio a un hombre que no tenía buena cara; no era ni gordo ni flaco, pero con la cabeza grande y ojos saltones de mirada lejana. Como único equipaje llevaba a hombros un petate azul, traído en otro tiempo de Inglaterra.

—Igual podría ir usted a ver —dijo el anciano— a lo de la Rosemonde Burle.

Mirando hacia los altos de Banon, indicaba con dos o tres molinetes de bastón algún antro hospitalario y la forma de llegar. Pero el mistral le arrebatava de los labios las palabras que graznaba entre sus encías desdentadas.

—¿Quién dice? —preguntó Laviolette.

—¡La Rosemonde Burle! Calle arriba, debajo de la puerta. Se llama La Truferá. Pero cuidado, ¿eh? ¡No le diga que lo mando yo! Cuando quiere, puede, pero... si sabe que soy yo... ¡adiós muy buenas!

Laviolette le dio las gracias y rodeó la terraza del café, donde, estirando el cuello tras los cristales, cuatro gandules lo devoraban con los ojos. Habrían dado gustosos las ganancias de la

quiniela del domingo por saber lo que había preguntado aquel condenado forastero al Gabriel Montagnier. Y, de hecho, en cuanto Laviolette hubo vuelto la esquina de la plaza, uno de los observadores salió fuera y puso rumbo al meadero donde desaparecía el anciano arrastrando los pies.

La calle subía empinada frente a Laviolette. Y allí era donde estaba el auténtico Banon. Bien era cierto que las plantas bajas contenían algunas tiendas o la bonita pérgola de un jubilado, con su buzón pintado de verde, pero bastaba con alzar la vista para contemplar tres pisos de piedra sin edad y postigos, de color azul carretero en origen, desteñidos por el sol de los últimos cien años.

La calle se estrechaba hacia la cima del pueblo. Bajo la capa arrancada de asfalto a la que el urbanismo la había sometido, revelaba adoquines pulidos por el uso. Allí, tres peldaños por encima de la calzada, Laviolette descubrió La Trufera.

Desgastado, borrado, cuarteado, el letrero aún se distinguía sobre la puerta, azul pastel sobre un fondo de bistre desconchado: afirmaba, sin ostentación, que alojaba un hotel-restaurante.

Los parteluces de los tres paneles acristalados estaban cuidadosamente encerados y el blanco de España, aplicado hasta media altura, impedía ver el interior, así como debía de impedir distinguir la calle.

Laviolette bajó el pasador y asomó la cabeza mientras sujetaba la puerta. Un profundo perfume de trufa sedujo su olfato. La sala estaba vacía. En el piso de arriba, una voz de mujer decidida gritó:

—¡Ya voy!

Dieciséis mesas ocupaban la bodega hasta el fondo. Cerca de la entrada el techo era una bóveda de arista como la de un crucero de iglesia. Con los ojos alzados, Laviolette no podía dejar de preguntarse por el secreto de aquella bóveda doble que no se apoyaba en nada.

—¿Está mirando mi techo? Es bonito, ¿eh? ¡Y pensar que un albañil quería enlucírmelo!

—¡De menuda se ha librado! —dijo Laviolette.

No salía de su asombro ante aquellas piedras que aguantaban solas, yuxtapuestas sin cemento, sobre el vacío, mediante la mera ciencia del tallador.

Bajó los ojos. La Rosemonde pasaba tras el mostrador. Sus caderas se movían armoniosas, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, a cada paso. Era ágil, aunque bien carnosa.

Se volvió hacia él.

—¿Qué desea?

Era una mujer de cuarenta años, pelirroja, de ojos verdes. Sus cabellos y sus senos eran exuberantes, pero su boca fina anunciaba circunspección. Comprendió desde el primer momento que no estaba allí para tomar algo en la barra.

—Lo que cuenta —dijo Laviolette—no es tanto lo que deseo, sino lo que usted me pueda ofrecer.

—¿Ha comido?

—Sí, gracias. No, busco donde alojarme y comer, tal vez una quincena, tal vez más...

Ella se secaba las manos en la blusa.

—¡Dios mío! —dijo—. Con el viento que sopla en la galería, me he enredado en las sábanas que estaba tendiendo y ahora estoy toda mojada. Espere un poco que voy a cambiarme... no vaya a pillar una pulmonía. ¡Estaría apañada! ¿Tiene un minuto?

—¡Vaya, vaya! —dijo Laviolette.

Que aquel pecho pudiese contraer una pulmonía le parecía improbable, por lo rotundamente que lo sacaba. «Va a reflexionar», se dijo, «a sopesar los pros y los contras...».

Volvió al cabo de tres minutos.

—Entonces, ¿quiere alojarse aquí?

—Si es posible.

—Es que sabe... No tengo calefacción. No hay más que el tubo de la estufa que pasa por la única habitación que puedo darle. Por lo general solo alquilo a los veraneantes, ¿comprende?

—Y usted ¿tiene calefacción en su cuarto?

—¡No! Meto en un calcetín una piedra que pasa el día en el horno...

«¡Una piedra en un calcetín! Como mi abuela...», se dijo Laviolette.

—¿No tiene alguna para mí?

—¡Dios mío! Debo de tener cinco; no será por eso. ¡Oh! Fíjese, hay un buen edredón de plumas...

—¿Un edredón así de alto? —preguntó Laviolette esperanzado.

—Eso es, sí.

—¿Y de color amarillo huevo?

—¡Exacto!

—¡Pues acépteme, se lo suplico!

Ella se echó a reír.

—¡Bueno! Está bien... Lo acepto. Suba el petate. Es en el primer descansillo, justo frente a la escalera. Pero ¿sabe?, igual estaría mejor en el Hotel de Lure.

—¡Ah, gracias! —dijo Laviolette—. ¡Y, si me ha visto bien, se habrá dado usted cuenta de que es todo lo contrario!

7

«¿Cuál será?», se preguntó Alyre.

Acababa de abrir la puerta de lo de la Rosemonde Burle. Estaban ya en plena partida cuando entró. El panadero y el cura de paisano bebían juntos a la espera de ir a amasar, cosa que hacían juntos y ayudándose mutuamente. Martel, el contratista, y Martin, el fontanero, hablaban de un *planning* para una obra cercana.

Pero el nido de los truferos, sus camaradas, estaban allí, en claroscuro, discretos y con los naipes en la mano. La Rosemonde los miraba, con el codo sobre la barra y el puño sobre la mano, nostálgica y serena.

«¿Cuál será?», se repitió Alyre.

Se acercó a ellos en silencio. No lo habían visto venir. Los observaba de perfil. Los «enfadados a muerte», como los llamaban. Eran los últimos productores de trufas del cantón. Cuando ya no estuvieran, como sus hijos se habían marchado o estaban a punto de hacerlo, ya nadie recolectaría trufas por allí. El monte bajo, los matorrales y la maleza cubrirían para siempre las trufas y sería como cuando el bosque invade las civilizaciones desaparecidas.

«Afortunadamente, mi Paul», pensaba Alyre, «por muy ingeniero agrónomo que sea, está decidido a volver y a quedarse».

Se compadecía de aquellos compañeros suyos que no tenían la misma certeza.

«Y sin embargo», se dijo, «hay entre ellos un malnacido».

Pensaba en el jamón tumefacto de Roseline, que se curaba despacio pasando por todos los colores del arcoíris, por las pedradas que se había llevado la otra noche.

«Tendría que haberme quedado vigilando», seguía diciéndose Alyre; «habrá tenido que volver a buscar su “chambergo” y su cubo...».

Se acomodó sin hacer ruido a horcajadas en una silla, algo más lejos para poder escudriñarlos a gusto.

Eran todos más o menos de su edad, salvo el Pipeau Flautista, cuya madre se había llevado una «sorpresa» en la cuarentena, cuando ya creía no correr ningún riesgo. «Cosa que no impidió que él sea guapo como un sol», proclamaba.

En cuanto a todos los demás, el Polycarpe Bleu y su hermano Omer, el Pascalon Bayle y su hermano Virgile, el Sidoine Pipeau, quince años mayor que el Albert, todos los que seguían en Banon malviviendo contra viento y marea de un rebaño, unas cuantas trufas y un centenar de colmenas, Alyre había ido al colegio con ellos. Ya no quedaban muchos. O se habían marchado o habían cambiado de oficio, o ya estaban muertos.

«¡No es posible!», se decía Alyre, «que sea uno de estos el que apedreó a mi cerda! ¡Todos saben lo que vale! Se la presto incluso, a veces, cuando no tienen perro...».

De todas formas tuvo que reconocer honestamente que eran escasos los préstamos, y nunca espontáneos.

«Bien sabemos que no es cosa de broma», se decía Alyre; «tenemos muchos problemas. Un año escasea la miel y al siguiente abunda pero es negra, porque las abejas pecorean demasiado en las flores de roble. Y entonces los marseleses no la quieren. Bien sabemos que la esencia de lavanda no se vende más que cada cinco años y que hay que saber esperar... Bien sabemos que están los vencimientos del Crédito Agrícola... Pero bueno... No es motivo para tener esa pinta de tacaños... Míralos: ¡son todos iguales! No solo se visten igual, con monos de operario de tendidos de la EDF[2] y gorras de hule; ¡es que están todos igual de flacos! Como si se prohibiesen engordar por miedo a que les reclamen algo más. Tienen el alma envenenada», concluyó Alyre con ligereza. «Y yo, incluso pese a mi Francine, tengo el alma feliz». Era una conclusión que lo autorizaba a sacar del bolsillo la petaca y el papel Riz-la-Croix y a «liarse uno», filosóficamente. Entonces, al hacer aquellos gestos precisos, Alyre se percató de que, en la penumbra, al otro lado de los jugadores, a horcajadas en una silla como él, había un hombre de mirada penetrante que observaba atentamente sin decir nada, como estaba haciendo Alyre por su parte, el perfil de los que jugaban a las cartas.

Se sabía que era de la policía y que estaba investigando las desapariciones «en interés de las familias», por lo visto. «¿Cómo es posible», pensaba Alyre, «que semejantes lázaros tengan una familia que se preocupa por ellos? ¿Y si le hablara yo a ese de mi cerda? Si se interesa por las familias de los *hippies*, también puede interesarse por mi cerda, ¿no? Desde hace un tiempo me parece es un presentimiento... que mi Roseline está amenazada...».

Tuvo un escalofrío. Imaginaba el cuello rosa y regordete... tan vulnerable... tan codiciado por los carniceros...

Se sacudió. «Estás como un cencerro... ¿Quién iba a querer matar a tu cerda? ¿Y por qué?».

El griterío de un jugador contra otro que había metido la pata lo sacó de su ensoñación. Era el Polycarpe Bleu, agitado por el violento tic que de cuando en cuando lo sacudía, que la tomaba con el Sidoine Pipeau, el maderero, su pareja de juego. El otro equipo, compuesto por el Pascalon Bayle y el Omer Bleu, había juntado sus cartas y esperaba el fin de la algarada, con el aire neutral de la gente que se enorgullece de no ponerse en evidencia.

«¡Mira cómo les gusta que se enzarcen sus hermanos!», se dijo Alyre. «¡Poco cariño les tienen! ¡Siempre me he preguntado por qué se obstinan en venir a jugar a las cartas todos al mismo bar si no se hablan desde hace más de veinte años! Debe de ser por razones de comodidad... O igual por la Rosemonde... La verdad es que Rosemonde... No es la mujer de Levinkof, claro, pero...».

Los dos Pipeau, que también miraban la partida, cada uno a un lado de la mesa, intervenían para meter cizaña. Una fuerte explosión de odio, desproporcionado para una disputa de juego, estallaba de pronto entre aquellos seres cerrados que se conocían de toda la vida y que albergaban, selladas en su interior, poderosas razones para no quererse, pero también para seguir juntos lo máximo posible, con el fin de espiarse, de no perderse de vista.

«Poderosas razones», se dijo Alyre. «¿Qué puede ser más poderoso que un amor despechado? El Polycarpe y el Omer están enfadados por idiotas. Con esas caras largas y sentenciosas no hay

de qué extrañarse... Y, sin embargo, los criaron, por así decirlo, en la misma cuna. Cuando eran pequeños, siempre andaban cubiertos de moscas en verano, fíjate si los lavaban. Mi madre me prohibía frecuentarlos... Desde aquellos tiempos han recuperado el orgullo. Uno hizo carrera en el Ejército. Con los años que cuentan doble ya está jubilado a los cuarenta y cuatro, y con sus doscientas hectáreas, que alquila en invierno al pastor de Larche, ¡tan ricamente! Su hermano, el Omer, nunca salió de aquí; se quedó con una mujer de Saint-André que le trajo algo de dinero. Tenía incluso una viña, de *jacquez* nada más. Un día, de buena fe, el Polycarpe, que había sido siempre el oráculo de la familia, le dijo: “¡Tendrías que arrancar tu viña!”. “¿Cómo que arrancarla? ¡Aquí no hay otra cosa!”. “¿Sabes que es *jacquez* y que el *jacquez* está prohibido, y sobre todo que da cáncer?”. “¿Y qué? ¿No eres cáncer tú o qué?”. Y que si esto, y que si lo otro... El Polycarpe lo denunció a Hacienda mediante una nota anónima, supuestamente para salvarle la vida. El Omer lo andaba buscando por todas partes con el fusil de perdigones cargado. Y allá que fueron todos: los gendarmes, el cura, el maestro. Consiguieron que se dieran la mano, en la plaza, delante de todo el mundo, para apartarla después como si quemara. En su lecho de muerte, su pobre madre les suplicó que se dieran un beso. Lo hicieron. Yo estaba allí: resoplaban como jabalíes forzados. Ya se han acostumbrado, ¡pero ni una palabra! Juegan a las cartas —nunca de compañeros, ¡*cuidao!*—, van a jugar a la petanca, ¡pero no se dirigen ni una palabra!».

La disputa se calmaba. Las parejas descontentas seguían refunfuñando, pero se reanudó la partida. Se oía al Pascalon Bayle lamerse el pulgar a cada carta que repartía. El forastero, a horcajadas en su silla, escudriñaba a Alyre, incómodo, como si fuera culpable. Rodeó la mesa, le puso la mano en el hombro con familiaridad.

—¿Y usted? —dijo—. ¿No juega?

—¡Oh! —contestó Alyre—. Yo miro.

—¿Es suya la granja, creo, de allí, del lado de Montsalier, justo a la salida de Banon?

—¡Exacto! —dijo Alyre.

El desconocido meneó la cabeza, volvió a rodear la mesa y se sentó de nuevo a horcajadas en la silla.

«Con preguntas semejantes no llegará muy lejos...», pensó Alyre. Sin embargo, desde su sitio constató que, a medida que aquel hombre iba pasando por detrás de los jugadores y de quienes seguían la partida, las espaldas se encorvaban de manera imperceptible y hasta el propio Pascalon Bayle, cuando se disponía a echar una carta, lanzó una mirada de refilón, como si acechase algún ardid.

«Qué personajes más planos», se decía Laviolette. «Se diría que han limado todas sus asperezas».

«¿Cuál?», se decía Alyre. «¿Cuál de esos malnacidos estaba la otra noche en las truferas y estuvo a punto de matar a Roseline?».

Examinaba con descaro a sus dos amigos de toda la vida, Pascalon y Virgile Bayle. Esos dos también estaban enfadados. Menudo genio tenían. El Virgile, se decía Alyre, en la guerra, con diecisiete años, había pasado tres horas acodado tomando el sol mientras los alemanes patrullaban toda la colina persiguiendo a dos resistentes. ¡El Virgile los había hecho tumbarse bocabajo en medio del rebaño inmóvil que lo obedecía con solo silbar! Su hermano, el Pascalon, es un sisón. Apenas tiene truferas y siempre vende más trufas que nosotros que tenemos muchas... No es normal... Vive como un jeque. Sus hijas le limpian los zapatos. Metió a su madre en el asilo. Es un poco perito agrícola... Si uno quiere un buen peritaje, hay que untarlo. Así que esos

dos también están enfadados, pero, oye, ni siquiera yo sé por qué. Viven en dos casas adosadas, con dos mujeres que se hablan amablemente entre ellas. Pero ellos no. No se sabe por qué. Un día creímos saberlo. Se gritaban a pleno pulmón de un jardín al otro, a veinte metros de distancia. Pero no pudimos acercarnos por miedo a que nos vieran. ¡Y soplaban un mistral que para qué! ¡No conseguimos enterarnos de nada! ¡De nada! Y desde entonces no se les oye, ni al uno ni al otro. No solo no se hablan entre ellos, sino que apenas responden a los demás.

Dentro de esas cabezas, debajo de esas gorras bien caladas, ¿qué pensamientos chocaban desde hacía años que nunca saldrían, que nunca serían pronunciados? Nadie, ni el mismo Dios, doblegaría a aquellos irreductibles. Sabían lo que sabían, y punto. Cada cual a lo suyo. Sin piedad. Se vive a gusto así cuando uno es salvaje...

Alyre echó su silla hacia atrás para tener al alcance de la vista a los dos últimos sobrinos de la Uillaoude: el Sidoine y el Albert Pipeau. El Sidoine está forrado. Vendió la mitad de las explotaciones forestales de Lure a las Administraciones italianas durante veinte años. En un momento dado tuvo a quince portugueses entre Lardiers y Saint-Étienne. Ya no quiere hacerlo. Supuestamente la mano de obra sale demasiado cara... Es buen mozo, pero, oye, su hermano, el Albert... «¡Mira!», pensó Alyre con rencor. Lo llaman el Flautista porque anda más rápido que nadie.

Armado con una sonrisa de superioridad, el tal Albert se arrellanaba en la silla con las piernas extendidas, las manos en los bolsillos, y el sexo marcado en el apretado calzoncillo. Tenía la nariz recta, la frente baja y cortos bucles negros rizados hasta las cejas. El color de sus ojos era incierto bajo los arcos ciliares prominentes.

«¡Mira qué feliz parece! ¡Pero por malas razones! ¡Mira que hasta la Rosemonde se pone mimosa con él! ¡Si le pasa los pechos por la cara al servirle el licor de verbena! Ya me extrañaría a mí que la Francine...».

Su mirada se hizo tan intensa que el Albert la sintió en medio de su vanidad satisfecha y volvió la cabeza. Alyre bajó los ojos para esconder su odio.

«Y eso que yo», se dijo, «no soy el más desgraciado. Pero su hermano... ¡Eso sí que es buen motivo para seguir enfadado desde hace quince años! ¡Un motivo como hay pocos!».

A punto estuvo de abrir la boca para gritarles jacarandoso: «¿Os acordáis? ¿Te acuerdas?». Se contuvo con esfuerzo, pero sin resistirse al placer de mirar al Sidoine con cierta conmiseración al recordar su historia.

«Acababa de casarse con una tal Victoire que había ido a buscar a la Drôme. El Albert acababa de salir del servicio militar. ¡Ella aún no lo había visto! Una noche de invierno, tarde, en la esquina de la iglesia, iba corriendo adonde Gardon a comprar azúcar (se lo ha contado cien veces a todo Banon...). ¡Justo en la esquina! ¡Fíjate lo que es el destino! Tropezó con él y antes de que se diera cuenta él había abierto los brazos y ella no tuvo ni tiempo de hablar. ¿Qué querías que hiciera contra ese hombre de mármol? Venía de Dieulefit. ¡Nunca había visto a uno como ese! Luego... Duró ocho días. Estaba agotada. “Es esto”, repetía. “Sí, ¡es esto el amor!”. Cuando supo que era su hermano se lo contó todo al Sidoine. No todas son como mi Francine... Se dispararon, bajo los castaños de la Uillaoude, como en la guerra: patrullando. Los gendarmes los trajeron esposados, negros de pólvora. Como les costó mil francos de multa y seis meses de cárcel con suspensión de la pena, se calmaron un poco, pero... mejor que uno de los dos no se encuentre al otro apoyado en el brocal de un pozo...».

Suspiró. «¡Hay que ver! ¡Cómo está el mundo! Ahora a la Victoire se le han caído los pechos.

Ha tenido cinco hijos. Ya no se cuida. Para ella ha muerto el amor. Ya puede pasar cien veces corriendo por la esquina de la iglesia, que ¡nunca más...!».

«¿Cuál?», volvió a decirse Alyre. «Son todos los sobrinos de la Uillaoude. Pero ya no ejerce... Igual dejó el “chambergó” tirado por cualquier sitio. No importa, la otra noche mi Roseline vio algo que no debía ver. Tengo que cuidar de ella...».

Salió el último porque tenía un asunto que arreglar con la Rosemonde a propósito de unos huevos. Cuando cerró la puerta tras él, todos los comensales se habían marchado en coche y no quedaba nadie, en la plazuela de la fuente, más que Laviolette con el abrigo puesto meándole a la glicinia del presbiterio mientras miraba la luna.

—Oiga, señor comisario...

Alyre se acercó a él para mear en comandita.

Laviolette se dio la vuelta y vio a aquel hombrecillo que parecía sutil avanzar hacia la glicinia hurgándose en la bragueta.

—¿Tiene algo que comunicarme? —dijo.

—¡Han agredido a mi cerda! —contestó Alyre.

Le contó lo sucedido dos noches antes. Mejor dicho, se lo contó casi..., pues, si bien habló de la huida de Roseline bajo los árboles, de su grito de dolor..., si bien describió profusamente la herida contusa que llevaba, se cuidó mucho, al contrario, de decir palabra sobre el cubo y el «chambergó». Ese asunto era demasiado íntimo... Aún veía el encaje negro palpar ante él, a ras de suelo, ondeando al viento, como si una vida personal lo animase. No. Uno no habla a la policía de los misterios en los que no cree.

—¿Tiene usted enemigos? —preguntó Laviolette.

—¡Oh! ¡No, qué va!

«Uno no tiene enemigos», pensaba Alyre con amargura, «cuando es cornudo. Con los cornudos se tiene indulgencia, se le dan palmaditas en la espalda. Se dice “¡Ah, sí, el Alyre!” con sencillez y dejando ver lo que se piensa de él».

—¿Sabe? —dijo Laviolette—. ¡Si su cerda arremetió contra alguien no es de extrañar que la persona se defendiese! ¡Igual la tomaron por un jabalí!

—¿Con lo rosa y limpia que es?

—Por la noche, ya sabe...

Alyre negó con la cabeza. Y además... no era solo eso...

—¡A propósito! —exclamó mientras se abotonaban uno y otro la bragueta con infinitas dificultades—. ¿Cree que es posible, le parece a usted normal que... que... que se confunda el grito de una cerda con el de un jabalí?

—¿Por qué no? —dijo Laviolette.

Pero tuvo la impresión de que el hombrecillo lo había pensado mejor y que era algo muy distinto lo que quería preguntarle.

8

—Mi presencia aquí no es precisamente ortodoxa ni precisamente legal —dijo Laviolette—. De hecho, investigo a hurtadillas...

—«Se» me ha avisado de su misión —dijo Viaud, el suboficial mayor de la gendarmería—. «Se» me ha pedido que le preste toda la ayuda posible...

—Y que me eche una mano llegado el caso; lo sé —suspiró Laviolette—. Ayuda no me faltará. También puedo recurrir a Marsella.

—Para una investigación en interés de las familias no será necesario —dijo Viaud.

—¡Sin duda, sin duda! Es una investigación oculta, delicadísima... De hecho, cuando «se» me llamó, no me doraron la píldora. «Usted, que es anodino», me dijeron; «usted, que es discreto; usted, que pasa desapercibido...». Resumen, naturalmente... No me acusaron de todo eso a la vez... Pero —añadió volviéndose hacia el sargento— ¿de verdad le parece a usted que paso desapercibido hasta ese punto?

Por toda respuesta los dos gendarmes se echaron a reír.

Viaud se levantó para sacar de su armario una carpeta marrón que contenía las copias de los distintos dosieres.

—Fíjese usted —dijo— que no se me había escapado que todas esas desapariciones destacaban entre los casos similares...

—¿En qué?

—En el hecho de que la pista se pierda en Banon, pueblo de novecientos habitantes. Antes de venir aquí estaba en Remiremont, ciudad de cuarenta mil habitantes y ciudad industrial. Había que lamentar, un año tras otro, de doce a quince desapariciones, casi siempre muchachas y que casi siempre aparecían en la costa Azul... o en Irán... Así que cinco en Banon... ¡Y en seis meses!

—¡Y que no aparecen en la Costa Azul! —señaló Laviolette.

—Aquí tiene —dijo Viaud— el dossier individual de cada caso y el interrogatorio de la persona que puso la denuncia.

Era generalmente una carta del padre o de la madre, archivada por la comisaría o la delegación más cercana a su domicilio. Solo uno se había molestado en ir hasta Banon. Todos habían dado una descripción de niños bien educados: americanas, corbatas de colegial, zapatos de Bally; para las chicas, vaqueros, suéter, bisutería de cumpleaños. Todos, la última vez que estuvieron con sus padres, lucían el reloj de pulsera familiar, iban limpios y bien afeitados. Las fotos mostraban a jóvenes burgueses. Ni siquiera el abracadabrante Constantin Spirageorgevitch era cualquier mestizo, sino el hijo de un perito contable parisino. Hasta Ismaël ben Amozil era el

retoño de un honrado comerciante del Sentier, que vendía camisetas por metros cúbicos y chilabas apiladas en forma de pirámide en medio de su almacén.

—¿Pero fontanero-cinquero?

—Precisamente, fue el primer desafío a su padre. A los dieciséis años entró de aprendiz con un técnico de calefacción de la calle Oberkampf.

—Jérémie Piochet... Me suena el nombre —dijo Laviolette.

—Desde luego. Si tiene en su casa un cubo o un barreño de plástico sólido, habrá visto su nombre grabado en el fondo.

—¡Ah! ¡Es por eso!

—Sí. Su madre acaba de morir. Su hermana y él poseen un negocio importante en La Cluse, cerca de Oyonnax.

Viaud quedó ensimismado por un momento.

—Es encantadora...

—¿Quién?

—Su hermana.

—¿La conoce?

—Está aquí, en Banon. Espera... Deambula. Está inconsolable. Si la viera usted... Con su cara de rubia... ¡angelical!

—Vamos, vamos, jefe... —dijo Laviolette.

—Le he prometido que encontraría a su hermano.

—¿Vivo o muerto?

—No lo he precisado.

Laviolette suspiró.

—Quedan las muchachas de quienes no se tienen noticias desde la fecha de desaparición —dijo.

—Incarnation Chinchilla..., sobrina del propietario del Hotel Las Lusiadas, en Irún. El también vino, pero se marchó. Adora a su sobrina. Daba besos a la foto que había traído con él. Hasta tal punto que llegué a preguntarme si...

—Sí. Llegó a preguntarse si no se la había tirado un poquito... De tal modo que la sobrina habría tenido excelentes razones para agarrar el petate...

—Es muy posible. Lo mismo podría decirse, por extraño que parezca, para Patricia MacAdarash. En su caso sería más bien su padrastro. Es heredera de una destilería de Dundee, en Escocia...

—¿De una destilería? ¿En Escocia?

—Sí. De *whisky*. Pero desconocido en el extranjero. Reservado para uso interno. Tenemos más detalles sobre la tal Patricia. Con el cuello de una botella que acababa de romper le tajó la carrillada a un cincuentón que le tocaba el trasero. Ocurrió en el Perpendiculaire, en la calle Saint-Benoît de París. Estaba borracha. Por lo visto le gritó: «¡Es usted tan asqueroso como mi padrastro!». Está aquí, en el dossier..., un atestado de la comisaría del distrito 6.

—Qué melodramática... —murmuró Laviolette—. Y las dos... En lugar de enseñar ¿no serían más bien pacientes?

—Sin duda —respondió Viaud.

Laviolette examinaba las cinco fotos ampliadas dispuestas ante él. Cinco rostros juveniles, tan diferentes como pudiera imaginarse. La mirada, no obstante, marcada con la misma expresión, cosa de la que nada podía deducirse, era la de toda una parte de las jóvenes generaciones de hoy en día. Una mirada que decía claramente: «No merece la pena hablar con ellos; no merece la pena explicárselo. ¡No lo entenderían! ¡Son demasiado estúpidos!».

Laviolette suspiró. ¿Qué había sido de ellos con su rebelión amorfa, fruto de su temperamento retorcido, frente a la lamentable indigencia de las soluciones propuestas por sus mayores para curar su soledad? ¿Qué había sido de sus rostros? ¿Qué había sido de sus cuerpos? ¿Muertos? ¿Vivos? Pero ¿por qué Banon?

—¿Sabe usted, comisario? —dijo Viaud—. Estas fotos representan a los desaparecidos antes. Entre ellas y el individuo que va a parar a Banon transcurren meses. Meses de autostop, de caminar a la intemperie, noches debajo de los puentes. Sin lavarse, sin afeitarse. Por el camino se pringaron el pelo con no sé qué, de forma que son todos de un tono caoba. Fumaron hachís. Su mirada sufrió una mutación radical. Cuando llegan aquí son todos iguales, como si hubiesen pasado un mes marinándose en un estanque fangoso antes de que los pescaran. Así es como la gente los ve pasar... ¡Así que ya puede enseñar esas fotos! Tal y como aparecen en ellas, nadie ha vuelto a verlos nunca. Hemos mostrado esos documentos por lo menos a trescientas personas. Nadie reconoció ni a uno solo, ni tuvo la menor duda.

—Arriba, en Montsalier...

—Es nuestro recorrido de rutina. Habitualmente en Estafette, en ocasiones a pie y entonces llegamos por arriba, por el bosque del Deffens...

—¿Y allí tampoco han averiguado nada?

Viaud se echó a reír.

—¡Averiguar! ¡Cómo se ve que no frecuenta usted a esa clase de humanidad! Se los encuentra uno ahí, torvos, apoltronados en torno a un fuego de madera verde. Les enseña las fotos. Nada. Ni un gesto. Ni un parpadeo. Camina uno entre ellos y acaba teniendo la sensación de ser un fantasma, porque no lo ven a uno. Y no se le vaya a ocurrir ponerles la mano en el hombro. ¡Se tirarían al suelo gritando que les han dado una paliza!

—Pero debería preocuparles la desaparición de sus iguales.

—Nada les preocupa. Saben cómo se desaparece y por qué se desaparece.

—¿Nunca tienen contacto con la gente de la región?

—Uy, sí: en verano los contratan para guardar el heno, recoger patatas o melones. ¡Sí, tenemos contacto! Podría incluso decirse que, salvo por alguna cabra que misteriosamente se extravía aquí o allá, la población está perfectamente adaptada a esa clase de turismo.

Laviolette había terminado por sentarse a horcajadas en una silla y liaba un pitillo con aplicación.

—¿Su convicción personal? —preguntó.

—Con toda probabilidad están en otra parte... En Katmandú, en Benarés, en Puntarenas... ¿Quién sabe?

Se puso en pie para contemplar el paisaje invernal por la ventana.

—Con todo... hay algo que no encaja... En el fondo... me pregunto si no habrán hecho bien al enviarlo a usted...

—Y yo me pregunto si no se bastarían ustedes solos...

—Sí... ¡Oh! Aunque... En fin, verá —se decidió bruscamente—, en cuanto a las chicas, hay un detalle extraño. Investigamos en Correos y averiguamos por el jefe de oficina que el 18 de octubre dos muchachas que respondían a los nombres de Patricia MacAdarash e Incarnation Chinchilla recibieron cada una un giro postal procedente de dos agentes de cambio parisinos. La antevíspera dos chicas habían mandado telegramas firmados con los mismos nombres. Pues bien, los giros nunca llegaron a cobrarse.

—¿Eran elevados?

—Dos mil quinientos y tres mil francos respectivamente. Información oficiosa. No podemos dejar constancia en el informe. Una vez pasado el tiempo reglamentario, el jefe de Correos reintegró los giros a los remitentes.

—Todo parece indicar que ni Patricia ni Incarnation llegaron a salir de Banon...

—Desde luego... si fuera gente normal sería casi de cajón. Con los *hippies* es distinto. No es solo que se parezcan todos, lo que todavía complica más la búsqueda; ¡es la extraordinaria movilidad de esa gente! Uno cree que duermen tranquilamente, solos o en pareja, en una cama ruinoso o directamente en el suelo... ¡De eso nada! De repente, sobre las dos de la mañana, haga el tiempo que haga, el deseo imperioso de huir los agarra del cogote.

—Dice usted «huir», pero ¿de qué?

—De lo que sea... De sus fantasmas, de sus recuerdos. Casi todos tienen algunos insoportables, que se remontan a su infancia. Y que tienen que ver con ciertas noches... En fin, se levantan entonces, sin decir palabra a su pareja de una noche ni a nadie. Pasan por encima de los demás que duermen en el suelo y, descalzos o mal calzados, con la guitarra a la espalda, se pierden en la noche. Seguimos su rastro de aldea en aldea, por los perros que ladran. A veces los detenemos en camino. Pero ¿por qué razón retenerlos? ¿Cómo determinar el itinerario de sus peregrinaciones? Llevan todos suficiente dinero encima como para que no se puedan considerar vagos ni maleantes. En cuanto a su domicilio fijo, es el de sus padres. ¡Y, créame, está más a menudo en Ranelagh que en Belleville!^[3] Esto se lo digo para que vea que las dos chicas bien pudieron pedir dinero estando en ayunas y haberse marchado estando completamente colocadas e incapaces de acordarse de nada...

—Sí, ya veo. Pero, en fin, después de eso, ¿no las han vuelto a registrar en ningún lado?

—No que yo sepa.

—Lo sabría. Estaría en ese dossier que es tan fino como el papel de fumar. Y también lo sabría si hubieran interpelado a los otros tres... Es decir, se busca a cinco personas desaparecidas que no han sido detectadas por ningún servicio policial. Una desde hace tres meses, y la más reciente desde hace dos semanas. Si fuese de otro modo lo sabría, ya que aquí empezó la búsqueda...

—Sin duda —convino Viaud.

—Esto sería sacar conclusiones prematuras, desde luego, pero bueno... ¿usted cree en la posibilidad de una marcha imprevista?

—Pues..., a decir verdad, no mucho. Pero es más por intuición que por razonamiento. Por consiguiente, mi opinión carece de valor.

—¡Bueno! Pues, como comparto la suya, ya tenemos dos opiniones inútiles. Esperaremos a que nos llegue el razonamiento...

Se puso en pie. El jefe lo acompañó.

—Naturalmente —dijo Laviolette—, no he venido a pisarles los talones. No solo estoy aquí

de paseo, sino que vengo sin misión, sin encargo... casi sin motivo.

—¡En definitiva, viene a impregnarse de este ambiente!

—Eso es. ¡Oh! ¡Eso es! Vengo a impregnarme de este ambiente.

—En todo caso, puede contar conmigo para que, si algo sucede, no trate de interpretarlo solo...

Se estrecharon la mano con complicidad.

Fuera, en la explanada que bajaba al hospital, se formaban remolinos de polvo entre los plátanos severamente podados. Banon navegaba por el desierto del viento. Las hojas muertas arrancadas al monte bajo fustigaban los muros expuestos al norte. El cielo estaba negro. No había luna.

A las diez, las calles estaban desiertas. En ocasiones se oían televisores mal sintonizados y el ruido del lanzallamas frente a la panadería, donde el patrón y el cura calentaban el horno.

Laviolette se percató de que cerca de su «diligencia», como llamada al Vedette, otro coche, grande como un tanque, sólido como un vagón, azul metálico, estaba aparcado bajo los plátanos desmochados.

Vio también al perro que había atisbado a su llegada. Cojeaba de fachada en fachada. Erraba bajo los olmos del antiguo hotel, cerrado desde hacía tiempo, hasta los muros de la nueva oficina de correos. A veces trataba tímidamente de levantarse para abrir una papelera verde, pero estaban todas bien cerradas. Los perros de la región no las volcaban hasta las cinco de la mañana, cuando sus amos exasperados los liberaban al fin.

«Se ha perdido», pensó Laviolette. «¡Hay que hacer algo!».

Deambuló, nariz en alto, tanto como el frío permitía y silbando una melodía vivaracha. Se dirigió dando un rodeo hacia el teckel de costillas marcadas.

«Si le ocurre todo lo que le deseo al desgraciado que se ha deshecho de este animal, no le queda mucho tiempo de vida», se dijo Laviolette.

El perro salchicha debía de haber evitado tantas patadas en los últimos días que se había vuelto extremadamente desconfiado. Las insinuaciones a media voz de Laviolette quedaron sin efecto. Cada vez que se acercaba a menos de diez metros el perro ladraba de pánico y se alejaba.

—¡Tendría que acorralarlo hacia el garaje! —se dijo Laviolette en voz alta.

Era un inmenso portón, contiguo al Hotel des Fraches, que presidía la oscuridad de un almacén en tierra batida, idéntico desde hacía un siglo. Tenía batientes. Habían renunciado a cerrarlos por lo mucho que pesaban. En verano, la construcción guarecía los coches de los clientes. Aún contenía, eternamente ya desaparejado, hundido bajo una barricada de cajas vacías, el furgón fabricado en el ochenta por el maestro carretero Vinatier. Seguía llevando en los costados las oriflamas artísticamente recortadas que anunciaban su itinerario: «Banon/Revest-du-Bion».

Poco a poco Laviolette había logrado llevar al desconfiado animal hacia la oscura entrada de aquel antro, pero, en cuanto trataba de hacerlo entrar, el teckel se alejaba de un salto con ladridos lastimeros.

—¡Yo solo no lo voy a conseguir! —suspiró Laviolette en voz alta—. Sobre todo, con este viento que debe de estar poniéndolo nervioso...

«¡Lo peor de todo», pensaba, «es que no sé su nombre! Por eso no hay nada en el mundo más perdido que un perro sin amo. Porque tuvo un nombre. ¡Lo llamaban por ese nombre! Y luego, de repente, ya no tiene nada: nada que comer, nada que amar y ni siquiera un nombre, ¿te lo

imaginas?».

Consiguió, con mucho esfuerzo, conducir al teckel hasta la oscuridad del porche. Le recitaba la letanía de los perros perdidos, que conocía bien.

—¡Ven, pobrecito abandonado! No estarás mal allí, en Piégut, al aire libre. ¡El viejo Ricandance, que ya me guarda ocho, te tratará como a un rey! Y te pondrá nombre: ¡estarás en la gloria!

Se esforzó por atraparlo bajo una caja de verduras. El teckel estaba ebrio de cansancio, de desdicha, de hambre, pero temía al ser humano por encima de todo. Ya no se fiaba de ninguno.

Esquivó a Laviolette cuando trató de agarrarlo. Salió del almacén de un salto y corrió hacia la calle del Revest, donde desapareció.

«¿Cómo hacerle comprender», pensaba Laviolette con tristeza, «que algunas personas no son canallas?»

9

—Coja por la Cañada de los Suspiros —le dijo Rosemonde, a quien le había preguntado por el camino de Montsalier.

La Cañada de los Suspiros. ¡Vaya! No era de extrañar. Bajo las nubes hinchadas que se pintaban en las ramas estériles no había sino árboles muertos, asesinados por el rayo, reventados por la carcoma, reducidos a andrajos por los cazadores para instalar en ellos puestos de reclamo. Los mataban clavándoles remaches en el tronco. Con la violencia del viento se entrechocaban los guijarros en las cuevas. Los cencerros de un rebaño sonaban, por algún lado, en las profundidades.

Laviolette bajó del coche y contempló sin agrado el sendero empinado. Cuando uno es «maduro», fuma mucho, bebe un poco y tiene pequeñas molestias discales, descubrir de repente que ha de subir por un camino abrupto no tiene nada de alentador. Se lanzó, sin embargo, rezongando entre jadeos. Empujado por las ráfagas, a veces con la boca abierta como un pez sin agua y súbitamente retrocediendo un metro bajo la avalancha de la tempestad y pegado al tronco renegrido de una morera muerta desde hacía cien años, alcanzó al fin el precipicio de los molinos. Estos estaban desigualmente inclinados y decapitados a media altura. Nada indicaba que en su día hubieran tenido aspas ni esos pesados mecanismos de madera que arrastran las muelas. Y, sin embargo, Laviolette oyó un ruido de rueca roncando bajo el del viento. Caminaba en diagonal, como un cangrejo. Las brumas se derramaban en torno a él. Se debatía contra la corriente como alguien que se está ahogando. El viento, en ocasiones, alzaba las brumas hasta las nubes. Entonces desvelaba el paisaje en sesenta kilómetros a la redonda en la luz sin fuente: hasta la cañada de Toupins, hasta el Chastelar de Lardiers, hasta las faldas del Ventoux que mantenía cuidadosamente la cima fuera del alcance de la imaginación. Las arboledas de Carniol y los bosques de Albion estaban perforados por espacios lisos que imitaban claros, pero demasiado pulcros, demasiado simétricos. Aquellas imágenes anodinas bastaban para estremecer un alma sensible como la de Laviolette.

Dominando aquellas evocaciones roncaba la rueda de plegaria. Sólidamente plantada en el centro de un mojón, zumbaba resollando de manera absurda. Laviolette, entre los jirones de bruma, la contemplaba incrédulo.

Alguien había traído a hombros, desde los confines de Asia (¿comprado?, ¿robado?), aquel poste de farola que desgranaba sus pergaminos al viento agrio de los Bajos Alpes.

«Alguien», se dijo Laviolette, «que trata de hallar su luz en cualquier parte... Alguien completamente enloquecido, extraviado a lo lejos en la multitud, fuera del alcance de Descartes y Montaigne... Emparedado entre la fealdad del ser humano y la belleza del mundo. Lo veo así. Los

comprendo. Tienen razón».

Se orientó entre las ruinas. Aquí y allá se habían arrancado algunos quicios, apilado montones de piedras en forma de cubos metódicos. Los tallos de las ortigas secas entrechocaban contra las ramas de los hinojos muertos. Una higuera podrida crujía.

Laviolette localizó la iglesia por el restallido de las lonas. Los vagabundos las habían acoplado mal que bien a las vigas aún intactas, entre los huecos del techo. Habían añadido plástico del que utilizan los horticultores para proteger la verdura temprana. Todo ello estaba sujeto por tejas pesadas, lajas que habían tomado prestadas de las ruinas y que golpeteaban peligrosamente allá arriba, cerca del campanario vacío.

La moldura romana, de burletes redondos, había sido robada en otra época. Una gran parte del porche, privada de sostén, se había derrumbado sobre el umbral del atrio. Había que franquear el montículo de escombros.

Laviolette lo escaló y bajó precipitadamente hasta el centro de la iglesia, ocupado por la pila de agua bendita. Era una cubeta repleta de agua de lluvia. Sobre las losas intactas, bajo el rosetón ciego por el que se filtraba la luz del día, vegetaba una especie de fuego de acebo. El viento lo acostaba sobre sus brasas. Crepitaba y humeaba. Habían echado encima algunos pedazos de roble mojado que no arreglaban las cosas. El humo vagaba en busca de una salida. Ondulaba bajo las bóvedas hundidas, pero quedaba el suficiente a ras de suelo para hacer llorar a Laviolette.

En un primer momento creyó que el antro estaba vacío; luego vio dos grandes sacos de dormir hechos un ovillo sobre un somier metálico deformado. Tenían la cremallera casi completamente cerrada. No sobresalía de la abertura más que una coronilla sucia y desgredada. Uno de los sacos se incorporó bruscamente, la cremallera se abrió y surgió ante Laviolette una soberbia cabeza de brahmán con tupida barba. El personaje abría de par en par sus ojos almendrados. Aparentaba cuarenta y cinco años. Su mirada clavada en el comisario no expresaba el menor interés. Sopesó durante tres segundos si merecía la pena volver a entrar en el mundo. Decidió que no. El saco volvió a caer sobre el somier reventado. Una larga pata con dedos afilados buscó el cierre y, ¡crac!, lo subió hasta el mismo límite que le permitía no asfixiarse. Hubo algunos sobresaltos en el saco y luego nada más.

Una fosa séptica individual nueva, de plástico, servía de mesa.

«Pero ¿de dónde diablos han sacado eso?», pensó Laviolette.

Había tres litros de vino bien mermados desperdigados sobre la tapa, junto a dos tercios de un pan Lemaire y una petaca. Atada junto a un montón de ramas peladas, bajo la puerta baja de la sacristía cubierta por los escombros, balaba una cabra blanca con las ubres llenas.

«¡Estos iluminados no se levantarían ni para ordeñar a la cabra!», se dijo Laviolette.

Detrás del altar retumbaban resuellos de leñador. El ábside se había desmoronado sobre el tabernáculo, que estaba sepultado bajo los cascotes. Una palmatoria de pacotilla, sucia de escayola, sobresalía como un vestigio piadoso. En su platillo renegrido por el tiempo aún se distinguían los restos de un cirio.

Laviolette rodeó el obstáculo. Al amparo de aquel derrumbamiento, desnudos bajo unas casullas de piel de carnero, un grandullón y una grandullona hacían el amor al estilo jinete. El hombre, de barba florida, ocupaba un saco de dormir de montaña. La muchacha estaba a horcajadas sobre aquel robusto rubio que se empeñaba en arrancarle aquellos gritos de esfuerzo y su sucia mano reposaba sobre el nombre erosionado de algún humilde señor enterrado bajo aquella losa desde hacía siglos.

Sus ojos abiertos no pestañearon siquiera cuando Laviolette apareció ante ellos. Prosiguieron sus búsquedas y tentativas sin un segundo de indecisión.

«Tiene razón el suboficial de la gendarmería», pensó Laviolette. «Para estos somos como fantasmas...».

Lo más extraño, en aquellos marginales, era que terminasen por ver aquel mundo que rechazaban en transparencia, que su burda realidad se dotase de la misma inconsistencia espectral que sus ensoñaciones de drogadictos.

Aquella pareja y las dos larvas que dormían sobre el somier y el humo eran los únicos ocupantes del lugar.

¿Con qué esperanza se había desplazado Laviolette hasta allí? Aunque los tratase a patadas en el culo, no sacaría ninguna información de los cuatro soñadores.

Ya iba a marcharse cuando vio al fondo del crucero, contra el altar votivo de una santa discreta, un metro cúbico en forma de pirámide que, sin la menor duda, servía como cubo de basura del cuchitril. Se comió con los ojos aquella ganga. Manifiestamente, a juzgar por las capas sucesivas y los olores más o menos pútridos, la comunidad utilizaba desde hacía mucho tiempo aquel vertedero. Regado con la orina y el vómito de quienes, ciertas noches, vacilaban en cruzar el umbral, aquel yacimiento arqueológico atraía a Laviolette como un asado a un enjambre de avispas.

«Desde luego», se decía mientras se ponía los guantes, «esto no es trabajo de comisario... Desde luego, los gendarmes podrían haber pensado antes que yo que este vertedero era un nido de pruebas. Pero para inspeccionar con toda la atención necesaria hace falta tener madera de arqueólogo». Agachado ante aquel botín, respiró con convicción.

«Y mucho cuajo», añadió para sí.

Seleccionaba con diligencia, clasificando metódicamente, a su derecha los recipientes anónimos o sin interés, y a su izquierda todo lo que eran notas, papeles, folletos varios, sobres de cartas, para examinarlos más adelante.

La luz era escasa bajo el rosetón y se había dejado las gafas en el coche.

Desconfiaba de los cascos de botella y las hojillas de afeitar, que podían perforarle los guantes. Reservó no obstante unas cuantas agujas hipodérmicas y algunas jeringuillas rotas. Lo embutió todo en una caja de galletas oxidada. Lo mandaría al laboratorio con instrucciones precisas.

Sus dedos se aferraban a largas hileras de compresas entrelazadas por su flujo seco. Carnes inciertas, obstinadas desde hacía semanas en no pudrirse más que a medias, se quedaban pegadas a sus guantes. Nada era comparable a los restos de las latas de conserva, sin embargo. Aquella mezcla de hierro oxidado y pescado podrido componía un cóctel olfativo difícilmente soportable.

Procedía con método y entusiasmo, alentado por la canción de amor que subía y bajaba tras él, como un *leitmotiv*, al ritmo de exclamaciones incrédulas con cada nueva convulsión.

A medida que penetraba más profundamente en el corazón de las inmundicias, lo invadía una sensación que los arqueólogos conocen bien: la convicción de que alguien había estado hurgando en aquel basurero. Asomaban pósteres manchados del Che o de Angela Davis, antiguos enseres de todos olvidados; por el contrario, jirones de carteles que llamaban a acudir al Larzac^[4] o a una central nuclear cualquiera habían sido enterrados bajo posos de café. Mondas y hojas de puerro aparecían aún frescas bajo veinte centímetros de cosas innombrables pero, en cambio, se habían

sacado a la superficie otras ya mohosas y que olían a humus. En una palabra: el orden cronológico había sido perturbado. Eso lo invitó a perseverar pese al insidioso hedor.

El indicio reposaba sobre el mantillo formado por los desechos podridos. Era un saco Lafuma sin bolsillos ni armazón, de ese modelo reducido reservado a los montañeros solitarios. Laviolette tuvo de inmediato la intuición de que el vertedero había sido registrado para disimular aquel objeto.

«Demasiado nuevo, demasiado limpio, no lo bastante impregnado del olor para haber llevado aquí el tiempo que parecería indicar la profundidad a la que lo he descubierto».

Lo abrió con esfuerzo, pues las correas de cuero se habían hinchado en los pasadores metálicos. Sacó un cuaderno de colegial, un ejemplar de las *Geórgicas* y una caja intacta de comida para perros.

«Pero esto no se lo comerán, ¿verdad?», se dijo.

Un crepúsculo incipiente invadía la iglesia. Laviolette ya no distinguía nada. Estaba seguro, por lo demás, de haber alcanzado la capa del vertedero anterior a la época de la primera desaparición. La pareja, detrás del altar, seguía haciendo el amor. Simplemente habían cambiado de postura. Sobre el somier reventado, como dos judías enormes, los sacos de dormir seguían inmóviles. Laviolette salió de la iglesia con la caja de galletas en una mano y el saco en la otra.

La rueda de plegaria seguía girando a todo trapo. El viento arreciaba sin disipar la bruma. Laviolette bajó corriendo por las piedras hacia el remanso de su coche. Pero no estaba solo en la tormenta.

Un rebaño cencerreaba en la ladera de la otra vertiente de la cañada.

«¿Un pastor?», se dijo Laviolette. «Debe de cruzar todo el tiempo por aquí... ¿Y si supiera algo?».

Guardó en el maletero la caja de galletas y el saco Lafuma. Se orientó mal que bien gracias a los cencerros del rebaño. Subió la cuesta de un camino que se desmoronaba como un montón de gravilla. Hacía frecuentes paradas para orientarse siguiendo los diversos ruidos que realizaba la tormenta: el del rebaño, familiar; otro de naturaleza incierta, a veces vehemente, y otras tan tenue que parecía inventado...

Un latigazo sibilante de tormenta dispersó la bruma de golpe y perforó las nubes hasta el azul del cielo. Laviolette distinguió entonces el rebaño, en espiral, testuz contra cola, que gemía como perdido. Dos cabras balaban sobre un pedrero que en su día había sido una granja. Al pie de un muro, sobre una gran losa plana, una especie de pastor estaba tendido en una capota de prisionero de guerra, con la barbilla apoyada en el puño, barbudo e hirsuto, con la mirada dispuesta a comprender un prodigio. Dos perros, con la cabeza ladeada, no perdían detalle tampoco, tan absortos, con las orejas estremecidas, que no oían rodar las piedras bajo los pies de Laviolette.

Tenían la nariz metida, el pastor y los perros, en una brecha de cincuenta centímetros, de anchura apenas suficiente para que cupiese un hombre, abierta a ras de suelo en la vasta placa de roca lisa. El nombre del agujero estaba escrito a su lado, en letras de minio que las inclemencias del tiempo habían ido borrando poco a poco: «Sima de Caladaïre».

Una especie de música sentimental, provocada por el viento, salía por el agujero, y eso era lo que cautivaba al pastor y a los perros.

Laviolette consideró que había llegado el momento de traer al pastor de vuelta a la tierra antes de que intentase meter la cabeza en pos del viento dentro de aquel agujero, anodino en apariencia, pero que presidía un abismo de tinieblas de cuatrocientos metros de profundidad.

—¡Uuuh! —gritó—. ¿Adónde se va por ahí?

Los perros se abalanzaron a los pies de Laviolette. Eran dos bastardos innombrables, con pelo áspero y heterocromía: un ojo negro, y el otro aguamarina. Plantados a un metro de Laviolette le ladraban con ahínco, como si hubiesen visto una víbora.

—¡Trusco! ¡Toulouse! ¡Aquí! —gritaba el pastor en vano.

Laviolette avanzó por el estrecho sendero entre los dientes de los perros, a veinte centímetros de su pantalón. Lo abandonaron, de hecho respondió en cuanto hubo estrechado la mano de su amo, que los mandó juntar el rebaño.

—¿Bien? —dijo Laviolette.

—¡Bien! —respondió el pastor—. ¿Paseando un poco?

—¿Saca el rebaño con este tiempo?

—¿No le da miedo la niebla?

—¿Encuentra algo que puedan comer?

—¿Se ha perdido?

Habrían podido continuar durante mucho tiempo aquel modo de comunicarse a golpe de pregunta, de interlocutores decididos a no responder, sino solo a seguir preguntando. Pero Laviolette enseguida abandonó aquel proceder para ir al grano.

—Estoy buscando a mi hija —aventuró de repente—. ¿No se la habrá encontrado por casualidad?

El azar de aquel día desapacible no podía ser evocado para explicar un paseo en familia más que por gente acostumbrada a tomar el tiempo como venía. Pero el pastor respondió entonces a la segunda pregunta de Laviolette:

—¡Oh! —dijo—. No es lo que comen... Las alimentan dentro. Pero la dueña quiere que las saquemos haga el tiempo que haga. Dice: a las ovejas el mal tiempo las fortalece. ¡Menuda mujer, la dueña, usted perdone!

Para explicar aquella personalidad, sacudió la mano como si se quemase.

—¡Precisamente! —interrumpió Laviolette—. ¡Mi hija es un poco así! ¿No la habrá visto, por casualidad...?

La mirada del pastor flotó por el horizonte, como para juntar un rebaño de humo, mientras sus perros mantenían perfectamente a raya al suyo.

—¿Cuándo la ha perdido?

—¡Hace ya tiempo! Un mes o dos... Iba disfrazada de pordiosera. Tenía acento inglés —añadió movido por una intuición súbita.

—¡Oh! Entonces —dijo el pastor—, si tenía acento...

Esbozó varios gestos con sus greñas queriendo decir que todo estaba perdido. Corroboró la certeza haciendo unos molinetes con el bastón para señalar la vastedad del mundo, la incertidumbre de las cosas, la inutilidad de la búsqueda de una aguja en un pajar.

—¿Sabe? —dijo al fin—, es que esas se parecen todas.

—¡Oh! Ya lo sé, ya —respondió Laviolette abrumado.

—Pero —prosiguió el pastor acercándose al comisario—, si tenía acento inglés... Hay una,

puede ser, que me pidió algo... Quería un cordero, tal vez dos. Una rubia, casi plana, con grandes pies descalzos, solo un poco mayor que yo...

—¿Esta? —preguntó Laviolette.

Sacó de su cartera con presteza la fotografía de Patricia MacAdarash, tomada tres meses antes de su desaparición.

—Psé —dijo el pastor—, podría ser... Sí que tenía pecas en las aletas de la nariz... Pero estaba mejor que esa. Vestida más moderna... Más *in*...

—¿Qué es eso de *in*?

—¡Oh! —dijo el pastor— No se puede explicar...

—¿Cómo se escribe?

—¡Vaya usted a saber! ¿Es su hija?

—Es mi hijastra. Su madre es inglesa. Volvía de la India...

—¡Quería dos corderos! «¿Quién se los va a matar?», le pregunté. Creí que me iba a arrancar los ojos. «¡No es para matarlos! ¡Para matarlos no! ¡Al contrario, para salvarlos! ¡No pensáis más que en matar! ¡No pensáis más que en el dinero!». «No, no son míos», le dije. ¡Y me ofrecía...! ¡Me ofrecía...!

Apretaba el bastón con los dedos al recordar aquellas apetecibles ofertas.

—Me ofrecía de todo. ¡Atrocidades incluso! ¡Me tuteaba! ¡Se agarraba el vestido largo a manos llenas y se lo levantaba por encima del ombligo y no llevaba bragas!

Seguía abriendo los ojos de par en par.

—Solo que yo —suspiró—, con mi madre...

—¡Ah! Seguro, cuando uno tiene madre... —suspiró Laviolette a coro.

—¡Oh! ¡La mía no es una madre! —silbó el pastor.

«¡Mecachis!», se dijo Laviolette. «¡Se ha embalado! ¡Va a contarme su vida!».

A riesgo de aniquilar la confianza del pastor y de ofenderlo, le cortó la palabra.

—Y eso ¿cuándo pasó?

El pastor, que viraba hacia su madre, perdió unos segundos corrigiendo el rumbo.

—¡Oh! ¿Cuándo pasó eso? —repitió—. Pasó en noviembre, puede que el 11... Me decía: «¡No tengo dinero! ¡Me ofrezco yo! ¡Soy buen negocio, ya verás! ¿Has oído hablar de las inglesas?». Pero yo, con mi madre... Entonces me dijo: «¡Espera! ¡Espera cuatro días! ¡En cuatro días tendré el dinero! ¡Te daré el dinero!». Yo repetía: «Hablaré con la dueña». «¡No!», gritaba. «Con la dueña, no. ¡Son todas iguales! Si sabe que es para salvarlos, se los venderá al carnicero, aun por menos dinero. ¡Guárdamelos cuatro días! ¡En cuatro días tendré el dinero! ¡Te daré el dinero! ¡Y a mí también! ¡Ya verás si he aprendido bien!». Pero yo, desde que mi madre...

—¿Y cuándo volvió a verla? —preguntó Laviolette.

—¡Nunca! —exclamó el pastor—. Fue la primera y la última vez en mi vida. Y —añadió— todavía pienso en ella. Porque creo que si lo hubiera pensado bien..., incluso con el recuerdo de mi madre...

10

En la noche del sábado al domingo, una semana antes de Navidad, se precipitaron los acontecimientos.

Desde hacía ya tres días las cosas se estaban estropeando. Jirones de tempestad desgarrados de la borrasca nórdica se nos deshacían encima y se dispersaban con el mistral.

Aquella noche el viento arreció al oeste. La nieve cayó de Lure por todas las zanjas al abrigo, por el bosque del Deffens, por el paso del Calavon, por los precipicios del Crau de Bane. Ondulaba en rasgones sobre las cañadas. Se infiltraba, horizontal, se pegaba a las fachadas, colmaba los aleros y por debajo, ocultaba la esfera negra del reloj. A las tres ancianas voluntarias y al cura que daban la última mano al nacimiento les costó, enmascarados hasta los ojos con pañoletas de lana, llegar caminando de lado hasta sus casas.

La nieve no cuajaba en las techumbres ni en el suelo cuando se hallaba libre de obstáculos. Se pegaba a los troncos de los árboles por el oeste, y a los puentes. Borraba los caminos entre dos taludes.

En Banon, sin embargo, se creía que gracias a la tormenta iban a pasar una noche tranquila y que, si forzaban un poco las calderas de fuel y las estufas, bastaría con dejar pasar el tiempo.

Claire, con los ojos muy abiertos, seguía la borrasca por la cortina abierta de su ventana, en el Hotel des Fraches.

Contemplaba, con el corazón encogido, al pobre Mambo, en la plaza, que se había acurrucado contra el tronco hueco de un plátano y tiritaba. Entre ella y el perro voluntariamente abandonado, en los cortinajes de la nieve alzados por el viento, seguía interponiéndose la misma imagen: el gran cuerpo de Jérémie, que se incorporaba lentamente y que iba a volverse hacia ella si no lo remataba.

A fuerza de apretar los puños mirando fijamente aquella visión insoportable, se terminaba clavando las uñas en la carne.

Se dio la vuelta y caminó hacia la cama donde estaba desplegada la carta del notario de la familia, carta que ya se sabía de memoria: «Naturalmente, esta ausencia de su hermano, cofirmante de toda decisión de importancia, es muy perjudicial para el desarrollo de los negocios. No pongo en duda, como me hace usted esperar en su carta, que lo encuentre pronto, pero sería, no obstante, desafortunado que entre tanto le pido disculpas de antemano, le haya ocurrido un accidente fatal, pues en tal caso las cosas quedarían estancadas hasta que, le pido disculpas de nuevo, pudiéramos identificar al causante...».

Terminaba así: «En cualquier caso, tales responsabilidades me parecen abrumadoras para

usted y para Jérémie, tan voluble... Y, llegado el caso, si puedo permitirme un consejo paternal, me parece que la fructífera y generosa propuesta merece toda su atención...».

Claire arrugó la carta y la arrojó a un rincón de la estancia. «Por supuesto», se decía, «¡“toda mi atención”! ¡Y él, a cambio de su consejo paternal, cobraría una comisión fabulosa!».

Pero había algo aún más grave en aquella carta: «Identificar al causante». No había pensado en eso... ¿Cuándo se descubriría el cuerpo de Jérémie, allí donde estaba ahora? Estaba atrapada por su propia habilidad, como en una ratonera...

Detrás de los cristales también, la una contra el otro, Rosemonde y Laviolette contemplaban la tormenta que afluía desde las cimas de Banon. La poterna en bayoneta la engullía para después vomitarla bajo las farolas como un géiser triunfante. Los remolinos del aire se apropiaban de la nieve y la lanzaban al cielo antes de volver a aspirarla de nuevo hacia la calle, donde silbaba a cerca de cien kilómetros por hora.

—¿Qué tal si nos servimos algo fuerte?

—Me parece ideal con este tiempo...

—No vendrá nadie... Las mujeres han debido de decirles: «¿No pensarás ir a jugar a las cartas con el tiempo que hace? ¿Tanto echas de menos a tu Rosemonde?».

Se instaló frente a él. Laviolette liaba un pitillo. Estaban solos los dos, casi en contacto íntimo. En todo caso, abrumados por la misma desdicha de envejecer que los convertía en cómplices. Se hicieron confidencias y hablaron del pasado hasta la medianoche. Estaban cada vez más solos. Se miraban a los ojos desde el fondo del corazón. Ya iban por el tercer vaso para darse valor.

Hacía demasiado frío, un frío tan hostil que era improbable que dos seres dejaran pasar la ocasión de echarse en brazos el uno del otro. Sin embargo, temían no tener más que recuerdos que ofrecerse. A las doce y media fueron a acostarse, separados. Pero, por no haber sabido, por no haber osado y, sin embargo, por haber tenido tantas ganas, les temblaban las rodillas como si tuvieran dieciocho años.

Entonces comenzó la noche.

Al principio, bajo una luz difusa que flotaba en la tormenta, salió de la ladera de un cerro completamente borrado y siguió un camino que solo ella conocía, una tartana tambaleante que traqueteaba sobre sus ejes.

Tenía los faros estrábicos, un piloto reventado, el parachoques trasero sujeto por un lado con alambre grueso. Sin embargo, avanzaba contra la borrasca, y sus limpiaparabrisas hacían boquetes de apenas veinte centímetros en la nieve que se pegaba al cristal. Parecía que, para alguien que buscara la soledad, fuese la noche más bella del mundo. Pero...

Dos granujientos de dieciséis años, amantes del cine y que salían del Lido con la cabeza llena de camiones en llamas, encallaron a medianoche en el suelo empedrado de Manosque, frente a aquella noche soñada para un *rally*.

¿Qué hacer? ¿Volver a casa? ¿Reunirse con la estufa de fuel que apesta o con la hermana mayor que gime, sin vergüenza, tras el tabique mal aislado? Y mañana, para colmo, era domingo...

Fueron en busca de una ganga hacia las Residencias des Prés. Caminaban doblados en dos,

con sus chaquetas finas y sus zapatos de plástico. Sus manos trituraban dentro de los bolsillos todo un ramo de clips de todos los tamaños y esos largos pedazos de cable eléctrico tan útiles para unir los bornes de batería.

De pronto uno retuvo al otro para señalarle algo a través de la borrasca. Era, a tres metros de la farola, un Renault 12 pintado en damero y sabiamente trucado para las carreras. Daban fe de ello sus rótulos, la cantidad de faros, sus banderines, sus ruedas descentradas y las múltiples calcomanías que cubrían los cristales.

Con una paciencia de santos, de rodillas sobre el suelo helado, pues la nieve arrastrada por el viento tampoco cuajaba allí, comenzaron a forzar la puerta. No necesitaron más de diez minutos y otros cinco para servirse del clip artísticamente trabajado que desbloqueaba el antirrobo. Ya era su quinta tentativa exitosa. Veteranos. Volvían a casa en autostop la mayoría de las veces, cuando se quedaban sin gasolina a treinta o cuarenta kilómetros de Manosque. Pero aquella noche, ¡golpe de suerte!, el indicador marcaba lleno.

Planeaban desde hacía tiempo un circuito de resistencia por Forcalquier, Banon, Sault, el valle de la Méouge. ¡Espléndido! El motor ronroneaba. Arrancaron a toda pastilla.

Entretanto, en el local de Bonniol, en el Revest-du-Bion, los cinco Seringueiros de Forcalquier que habían animado el baile del Club de la Tercera Edad cargaban la sección rítmica en la parte de atrás de la ranchera, se tomaban la última a toda prisa y resistían a los reproches de los organizadores.

—¿No iréis a salir a la carretera con este tiempo? De aquí a una hora, o igual menos, van a formarse los primeros ventisqueros. ¿No estáis bien aquí? ¡Quedaos! Podemos alojaros.

—¡No, no! Tenemos cadenas. ¡Muchas gracias! Agradecidos, pero debemos volver, ¡precisamente antes de que se formen los ventisqueros!

Uno tenía una mujer joven, el segundo una gripe de mil diablos y los otros tres ya iban por la cuarta noche de parranda. Se quedaban dormidos de pie. Y mañana tenían matiné y velada en Peyruis.

—¡No no! ¡Hasta la próxima!

Meneando la cabeza miraron cómo desaparecían sus luces traseras por la curva de la iglesia, bajo la maldición rugiente del olmo de Sully cuyas ramas se sacudían con frenesí, como las alas de un arcángel.

Entretanto, la tartana entraba, a veinte por hora, en la plaza de Banon, hipaba un poco, entre el Hotel de Lure y la droguería Martin, y se hundía por la última cuesta hacia la carretera de Simiane.

La tormenta, en espirales blancas, cabalgaba la calzada y se quebraba restallando contra los limpiaparabrisas que patinaban sobre la escarcha. El conductor pegaba el rostro al parabrisas y no reconocía su región. Los faros en mal estado le revelaban árboles abotargados de nieve, muros revocados de arriba abajo con una capa adhesiva que obstruía las ventanas, elevaba los pisos, engordaba los edificios y los deformaba. Se veía obligado a enumerar en voz alta:

—Esto deben de ser los almendros del Calut... Aquí, la cabaña del Jean Laine. ¡Ah! ¡Ahí está la trufera del César Blanc!

Frenó brutalmente. ¡Había salido demasiado tarde! El primer ventisquero de la noche estaba

allí, delante de él, en triángulo desde el talud bajo al talud alto, bloqueando la carretera. Si entraba, incluso con las cadenas, se quedaría atascado. Nunca... nunca llegaría a pie. No podía arriesgarse...

Se decidió rápidamente. Pese a tener toda la carretera para él solo, maniobró varias veces para voltear el vehículo hacia Banon. Las cadenas, sobre el asfalto, se arrastraban con su ruido macabro.

Entretanto, la ranchera de los Seringueiros cruzaba por la plaza de Banon sobre las huellas de la tartana.

—¡Deberías ponerte el cinturón! —dijo el conductor, por tercera vez, al batería del grupo.

—¡Qué va! ¿Qué gendarme nos vamos a encontrar con este tiempo y a estas horas?

Alzó la vista hacia la fachada del Hotel des Fraches, donde había una ventana iluminada. Percibió, en un relámpago, un hermoso rostro de mujer que escudriñaba la noche, al abrigo de un leve misterio, y el recuerdo de esa belleza lo acunó con un sueño ligero durante los tres kilómetros que le quedaban por vivir.

Entonces, zarandeados de una placa de hielo a otra, esquivando por los pelos el pilar de un puente o el tronco de un árbol reluciente de balizas, los dos granujientos, uno de ellos pisando a fondo, babeaban de felicidad a ciento veinte por hora. No veían nada: ¡un túnel de nieve a ras de capó! El colmo de la felicidad. Era peor que en el cine... Y sin efectos especiales... Lo único que lamentaban era que nadie pudiera verlos.

Cuando llegaron a la curva de Mares Basses hacía ya tres cuartos de hora que la guadaña de la muerte les pasaba justo un poco por encima. Habían oído el silbido de la hoja, cosa que los excitaba terriblemente.

Todo el mundo conoce esa curva. Está al revés, bajo la sombra de las Ferrières y al norte de las Plaines. Termina en una larga línea recta por la que los dos granujientos habían lanzado a fondo el R12. Aprovechando que sus faros no perforaban la noche a más de treinta metros, crearon en su imaginación una carretera desierta, neutralizada solo para ellos.

Valiéndose de aquella incertidumbre, entraron en la hondonada a cien por hora contra el talud de la izquierda. La ranchera de los Seringueiros apareció, con las luces largas, seis metros por delante, muy a su derecha.

El hielo podría haber sido la salvación. Sobre la placa curva que esmaltaba la calzada, el R12 inició un derrape a la derecha que despejó el carril delante de la ranchera. Pero el conductor tuvo un reflejo de protección: en presencia de aquel bólido inevitable, echó el vehículo a la izquierda.

El choque se produjo en medio de la carretera.

El R12 giró con todas las puertas abiertas. Hizo seis trompos, zumbando como una peonza musical. En el segundo expulsó al pasajero, que llegó rebotando a una distancia de doce metros, surcando el suelo para acabar, sin nariz y sin orejas, entre el boj del talud donde quedó bocabajo, palpitando aún. Con el cuarto trombo el conductor fue catapultado contra la fuente de Puentes y Caminos, donde su cabeza se aplastó contra la pila vacía.

La ranchera, en punto muerto, embistió el roble de Zorne que sirve, en ese lugar, de punto de referencia para el Ejército. Allí estalló como un melón maduro. El techo saltó a una altura de seis metros, las puertas se desplomaron como un castillo de naipes. El copiloto, muerto en el acto,

cayó en la nieve; el conductor agónico quedó pegado al volante. Los otros tres, en la parte trasera, salieron arrastrándose sobre sus miembros más o menos rotos y se alejaron todo lo que pudieron del depósito que perdía gasolina. El bombo, con todos sus oropeles refulgentes de cobre nuevo, salió despedido y aterrizó en la calzada, donde bailó, dando tumbos, renqueante, grotesco, arrastrado por la tormenta, rodando sobre el costado, como el aro de un niño. Se inclinaba ya sobre los címbalos estridentes, ya sobre el triángulo torcido. El pedal de la batería, al capricho de las vueltas, golpeaba con ruido sordo la piel de asno.

El instrumento acabó, mucho después, en una zanja, pero la tempestad siguió azotando sus pieles desgarradas y haciendo estremecerse a sus címbalos torcidos, que aún vibraban, como bajo la mano ligera que ya nunca los rozaría.

La explosión del depósito cegó el sueño de uno de la aldea de Largue que dormía con los postigos abiertos. Al incorporarse, vio ante él la tormenta color grosella como si el sol se alzase a su través.

Se abalanzó sobre el teléfono.

En aquel momento, arrastrando sus cadenas de fantasma sobre la calzada donde la tormenta dispersaba la nieve, la tartana pasó el cruce de Dauban y entró en Banon.

El conductor al acecho sintió enseguida que la noche ya no era propicia. Allá abajo, dos gendarmes sacaban precipitadamente la Estafette del garaje. Allá arriba, en los pisos escalonados del pueblo, las ventanas, poco antes oscuras, brillaban y se agitaban sombras tras ellas. Según llegaba a lo alto de la carretera, en la esquina de la fuente, para luego bajar la cuesta hacia la Rochegiron, la sirena de alarma sonó una vez, largamente. El hombre vio ante él encenderse la luz del local de los bomberos. Alguien abría el portón, y el taller de Martel, el mecánico, también se iluminaba, revelando la grúa que estaba aparcada detrás de forma permanente. El conductor no podía desfilas ante luces y personas, por la única carretera posible. Dio media vuelta, pues, hacia la plaza, pero entonces percibió entre las crines de la nieve, hacia la estación, el casco rutilante de Jules Bec, que trotaba abrochándose el cinturón sobre su grueso vientre. Y tuvo el tiempo justo de volver a dar la vuelta para evitar al Biscarle que subía las escaleras, al lado de Correos.

En las ventanas se alzaban las cortinas. La tartana estaba atrapada como una rata en medio de aquel pánico incipiente. El conductor vio ante él el porche negro, enorme, del inmenso almacén del Hotel des Fraches. Se metió dentro a toda prisa, apagó el motor y las luces, y se quedó quieto.

Fuera, sobre el suelo helado, retumbaban pasos. A golpe de alarma el primer contingente de voluntarios arrancaba en el gran coche de bomberos. El haz de los faros barrió, al pasar ante la gruta del almacén, hasta los jirones de las telas de araña que colgaban del techo. El hombre se hizo un ovillo en el asiento.

La gente hablaba alto, se interrogaba de puerta en puerta. El panadero en zapatillas y camisión acudió, fumando una colilla, a informarse a la plaza. Al ver pasar el coche de bomberos, se puso a cubierto precipitadamente. Se encendió la luz hasta en casa del letrado Lagardère, el notario, que, inquieto, abrió ligeramente las cortinas. Los dos hoteles iluminaron las barras de los cafés. Las cuatro ruedas del Porsche del médico, que adelantó en tromba a la grúa que maniobraba, rechinaron en la curva.

Laviolette apenas oyó la sirena y creyó que no le incumbía.

En su tartana agazapada al fondo de las sombras, el hombre acorralado por el azar buscaba una salida a la situación. Dos o tres lugareños deambulaban ya, arrastrando los pies y tosiendo

lastimeramente con el primer cigarrillo del día. Bastaba con que uno quisiera mear y creyese que la oscuridad del almacén era propicia para ello... Había que actuar deprisa, decidirse... Y se decidió...

La alerta duró tres horas, bajo la tempestad que no amainaba. Los mostradores iluminados de los hoteles atraían a unos cuantos despeinados, expulsados del lecho conyugal por la curiosidad y que aprovechaban aquella noche insólita para permitirse un trago fuera de horario. «Hoy es domingo», se decían. «Y, además, mira tú esos cuatro desgraciados. ¿De qué sirve privarse?». Circuló la noticia de que el accidente había provocado cuatro muertes.

A las cinco los bomberos regresaron. La ambulancia llegó primero, a poca velocidad. Llevaba a la morgue del hospital a aquellos que ya no necesitaban cuidados. La compañía de SaintÉtienne, que acudió al rescate, había evacuado a los heridos a Manosque. Los últimos fueron los gendarmes, que volvieron a meter la Estafette en el garaje, y se vio desfilar, como un coche fúnebre futurista, a la grúa de Martel, cegadora con sus dieciséis intermitentes y de la que colgaba la ranchera de los músicos traqueteando sobre sus ruedas traseras torcidas, sin puertas ni techo.

Toda aquella gente acudió a los hoteles a consolarse a golpe de orujo y a relatarse la pesadilla. En un concierto de ruidos, exclamaciones, debates, se arrastraron los pies por la nieve y la tormenta hasta las seis, hora en que, al fin, se apagaron las luces de los mostradores y la última conversación murió en el silbido del viento. Una a una las ventanas se fueron oscureciendo. Banon dormiría hasta tarde aquel domingo por la mañana.

Salvo por la carcasa de la ranchera, colgada en alto y atada en corto a la grúa y que el viento balanceaba, no quedó sino el hombre agazapado al fondo del almacén en su tartana. Hasta que no oyó más que el normal ronroneo de la artesa mecánica del panadero no se aventuró a arrancar. Salió de las sombras, en la borrasca, con la espalda encorvada y el trasero apretado, esperando ver surgir a algún rezagado o a algún madrugador, alguien que, al reconocerlo, le diría:

—¡Eh! ¿Y qué estás haciendo tú aquí?

Pero no. Banon ya había tenido suficientes emociones por aquella noche. No encontró ni un alma. Pasó, estremecido, ante los restos de la ranchera.

Avanzaba a sacudidas entre aquel fúnebre ruido de cadenas. Hasta tuvo el privilegio de ver cambiar el tiempo, bajo la inmensa haya que limitaba su territorio y donde, súbitamente, sopló el viento del sur.

Bajo la cortina de la nieve que se alzó de golpe desvelando la Osa Mayor, se habría podido seguir durante mucho tiempo a aquel lúgubre coche por el camino de la cañada, en cuesta pero virgen de nieve.

A veces, al recordar aquellas últimas horas, el conductor miraba fijamente el ventanuco practicado por el limpiaparabrisas, como despavorido.

Al final, su mano derecha soltó el volante y la mantuvo obstinadamente sobre su boca, como quien ve arder su casa.

Comprendía perfectamente, en su cerrada mollera, que aquel palo que Dios Padre le había metido en la rueda anunciaba claramente el principio del fin.

11

Se hizo de día, indeciso. Las quitanieves salieron a las ocho, pero la nieve derretida chorreaba de los tejados y solo los ventisqueros, ya medio deshechos por el deshielo, necesitaban su intervención.

Cuando la bruma dejó a Banon al descubierto, hacia las diez, un sol radiante hizo rutilar las tejas. Se oyeron restallar, entrechocándose, los pares de bolas de ciertos marseleses, ávidos ya de medirse con los autóctonos en tremendas partidas de petanca. La plaza se pobló de jugadores y curiosos.

El domingo comenzó a perfumarse de olores cruzados de liebres encebolladas y jabatos estofados. El panadero colocó en su escaparate las cuatro docenas de bocaditos de crema dominicales que le arrancaban de las manos en un cuarto de hora. Siempre prometía hacer más. Los Bleu, los Bayle, los Biscarle, el Jules Bec, muchos otros que no frecuentaban el local de Rosemonde acudieron, con las manos a la espalda, la gorra limpia, las mejillas relucientes de piedra pómez posafeitado, a respirar el aire del domingo y comentar los acontecimientos de la noche. Se formaron grupos ante la chatarra de la ranchera que seguía colgada en alto y atada en corto cerca del taller de Martel.

Sobre las once se vio llegar a Alyre Morelon, desde su granja cercana, por el atajo de Bonnes-Rues. Llevaba con correa a una Roseline recién almohazada que rezongaba un poco con los belfos. A Roseline le gustaban la gente y el ruido. Y Alyre quería tanto a su cerda que, los domingos como aquel, la llevaba a la plaza a ver la partida de petanca. Al principio los hombres se reían de ellos. Pero, desde que todos se enteraron de que Roseline era capaz de desenterrar seis kilos de trufas diarios ella sola, cierto respeto rodeaba a aquella trabajadora. Y algunos incluso se agachaban a rascarle la cabeza, para gran orgullo de Alyre.

Sin embargo, aquella mañana Roseline estaba de un humor de perros. Cada vez refunfuñaba más. Tiraba de la correa hacia el Hotel des Fraches. ¿Era por el olor del jabalí? ¿Por el de la liebre?

Cuando las partidas se desplazaban de un extremo a otro de la plaza, los curiosos las seguían para formar una elipse a su alrededor. Cada cual estaba atento a las jugadas que se preparaban, salvo uno de ellos, con las manos a la espalda, que se retorció las falanges escondidas y lanzaba frecuentes miradas furtivas al almacén del Hotel des Fraches. Alyre se acercó a él para saludarlo. Pero cuando le tendió la mano, Roseline lanzó un aullido tan fuerte y prolongado que el jugador que apuntaba en aquel momento falló el tiro con una terrible imprecación.

—Pero ¿quieres dejar de gritar «Al asesino» de una vez? —dijo Alyre.

Roseline retrocedió con todo el peso de sus ciento ochenta kilos. Roseline le perforaba los

tímpanos a uno con más ahínco. Roseline le disolvía a uno la voluntad. Sus llamadas al disturbio impacientaban a todos. No dejaba, entre sus gritos sabiamente entonados, de trompetear, de resoplar y estremecerse de la cabeza a la cola. «Gritar como un gorrino degollado» ya no era en su caso una figura retórica. El hombre al que Morelon acababa de saludar la observaba sombrío, con una especie de terror. Sus ojos y los de la cerda se miraban fijamente, con crueldad.

Los jugadores protestaron agriamente:

—¡Oye! Llévatela a casa, ¿quieres? ¡Que nos va a hacer fallar a todos!

Era el momento preciso en que Laviolette pasaba de grupo en grupo para llegar a su coche, estacionado entre los jugadores. El Mercedes azul seguía allí, al lado de su Vedette. Distraído, estrechó la mano de Alyre y de su vecino y subió al coche. Durante mucho tiempo siguió oyendo los gruñidos de gorrino degollado que lanzaba la cerda.

«De verdad que grita “Al asesino”», se dijo con ligereza.

Tenía alma de pueblerino y allí se sentía como de vacaciones.

Por el momento, de hecho, no se podía intentar gran cosa. Había expedido al laboratorio los residuos clasificados en la guarida de los *hippies*, acompañados de instrucciones precisas sobre lo que se debía buscar, y esperaba los resultados.

12

A la misma velocidad de cortejo fúnebre iba hacia Vachères, hacia casa de su viejo amigo el marqués des Brèdes, Jean Fréron en la Resistencia porque odiaba a Voltaire[5], y junto al cual, en 1943, había rozado la muerte en el macizo del Allevard.

No habían vuelto a encontrarse desde aquella bendita época, pero Brèdes era ornitólogo en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas. Era un hombre conocido. Enviaba a Laviolette, desde los confines del mundo, postales que representaban aves extraordinarias en peligro de extinción, en Tasmania o las Galápagos. Al dorso escribía simplemente: «¿Qué te parece este? ¿No te recuerda a alguien?». O bien: «No quedan más que doscientas parejas de este. ¡Y los machos son todos maricas! ¿Te lo imaginas?».

Todas las postales de Brèdes, pues insistía en ignorar la partícula, eran del mismo estilo. Habían sido amigos cordiales y, en cuanto Laviolette lo telefoneó desde Banon, aquel lo invitó a comer el domingo.

—¿Y, naturalmente, estás solo? —dijo Laviolette.

—Naturalmente, tú también lo estás —respondió Brèdes.

Las grandes ventanas daban a un estanque oval y a la carcasa inclinada de un sauce desnudo sobre aquel espejo de bronce muerto. Reflejaba un cielo de un azul resplandeciente. Solo, al fondo, la vertiente norte del Vachères dominaba de negro los prados sin hierba.

Aunque contuviese muchos muebles hermosos, la estancia era tan vasta que parecía estar vacía. Acababan de levantarse de la mesa donde la granjera les había servido, sin mantel, directamente sobre la gruesa madera, pero con reprobación. Le pareció adecuado señalar que, pese a todo, no les faltaban manteles.

—Es imposible hacerle entender que me gusta ver cómo se reflejan la loza y las botellas en la madera. ¿Ves este Saint-Émilion que acabamos de bebernos? Pues bien, me ha procurado el mismo placer, aunque de otra clase, complementario, ver la botella y su etiqueta del revés en la madera de la mesa...

Encendió su pipa con las ascuas del hogar. Era un hombre delgado, subido a unas largas piernas y que se desplazaba deprisa y en silencio. Casi sin tocar el suelo, podría creerse.

—Te digo estas cosas porque te considero capaz de comprender... —terminó.

Laviolette asintió. A su alrededor crujían vigas torcidas y puertas muy viejas. La casa vivía bajo un vasto tejado a dos aguas que cobijaba dos pisos de estancias desiertas. El vacío sonoro de las mismas, provistas cada una de una chimenea y soladas de barro cocido pero que ningún mueble había ocupado nunca, vertía una especie de misterio en torno a las paredes.

La morada ancestral de los Brèdes nunca había sido un castillo, sino un criadero de gusanos de seda. Cincuenta años después de la última recolección de huevos, las profundidades de los corredores seguían oliendo a gusanos forjando sus capullos.

—Y, en definitiva, ¿qué has venido a hacer a Banon? Si no es un secreto.

—No, no es un secreto, sino solo un misterio. Cinco desapariciones...

—¿De quién?

—¿De unos *hippies*!

—¿Oh! Esos. Me los he encontrado hasta a orillas del Koko Nor. Vete a saber de dónde vienen y adónde van. ¡Y por qué!

—Sin duda, sin duda... Pero, en este caso, parece... Todo indica que vinieron a Banon y aquí se quedaron.

—¿Y no los encuentran?

—No.

—¿Desde hace mucho?

—La denuncia más antigua data de hace cuatro meses.

—¿Y te han enviado por eso? ¿No basta con los gendarmes?

Laviolette suspiró.

—Casi todos los desaparecidos llevan apellido extranjero. En las altas esferas no les gusta que tantos extranjeros desaparezcan de pronto. Sin embargo, tampoco hay que preocupar a la población... Así que recurrieron a mí. «Tú», me dijeron, «que eres anodino, discreto y bajoalpino para más inri...». ¡Bueno! —prosiguió—. En tus tiempos eras muy perspicaz y tienes una mente lógica. ¿Puedes imaginar algún motivo para que cinco vagabundos, sin más relación entre ellos que su condición de *hippies*, pobres como las ratas por sistema o por necesidad..., puedes imaginar un solo motivo para que hayan desaparecido precisamente en Banon?

—En Banon. ¿Estás seguro?

—No lo estaba al principio, pero los detalles se acumulan. Dejándome guiar por los hechos, te repito que es probable. Pero me doy de bruces con una cuestión irresoluble: ¿por qué motivo? Por eso te pregunto si puedes imaginar alguno...

Brèdes reflexionó profundamente mientras daba caladas a su pipa, con la mirada fija en la llama del atrio.

—¿Todos del mismo sexo? —dijo.

—Tres hombres y dos mujeres.

—¿De qué edad?

—Todos jóvenes. Entre los veinte y los veinticinco.

—¿Y los han buscado por todas partes? ¿En los hospitales de la región? ¿En los hospicios? ¿En las comunidades religiosas? ¿En los falansterios?

—Por todas partes —respondió Laviolette—. Ya sabes que en ese terreno la gendarmería es muy eficaz.

—¿Y no han encontrado a ninguno? ¿Ni vivo ni muerto?

—Ni vivo ni muerto. Sabes que nosotros no nos desmoralizamos fácilmente. Los gendarmes lo tienen previsto y cada vez que interrogan a quien sea en el perímetro le hacen la pregunta y le enseñan las fotos.

—Para mí —dijo Brèdes— que están muertos.

—¿Los cinco? ¿Jóvenes, aparentemente con buena salud?

—Si estás más o menos seguro de que no se han marchado, no veo otra solución. ¿Cómo quieres que desaparezcan en Banon si siguen vivos? ¡Novecientos habitantes! ¡Miles de hectáreas desnudas! ¡Pastores! ¡Cazadores, senderistas, furtivos, la gendarmería, los helicópteros! ¡No! ¿En Banon? ¿Vivos? ¡Imposible! ¡Han muerto o se han marchado!

—No. No se han marchado.

—Entonces están muertos.

—Pero ¿por qué?

—¡Ah! —dijo Brèdes—. ¡No soy Madame Soleil!^[6] De hecho, antes me hablabas de perspicacia y es verdad que, en mis tiempos, me jactaba de tener mucha. Pues bien, amigo, los tiempos han cambiado. Porque hace ya seis meses que me devano los sesos con un problemilla personal y no logro resolverlo.

—Pero... ¿estoy a tu disposición! ¿De qué se trata?

—¡Oh! Una tontería. ¡Mira! Vamos a la biblioteca, los licores están allí y así la granjera podrá quitar la mesa y marcharse. Es domingo; no quisiera retenerla...

Cruzaron una puerta baja en una pared gruesa. La biblioteca era más íntima que la sala común. Se veían plumas de aves del paraíso sobre las cubiertas de los libros que cubrían las mesitas. Las estanterías eran dispares. Rústica y tapa dura convivían en un desbarajuste de lector genuino. Hubo que despejar dos sillas ante la chimenea, entre las dos ventanas.

—Y bien —dijo Laviolette mientras se liaba un cigarrillo—, ¿y ese misterio?

Brèdes se volvió en su butaca de mimbre y señaló con el dedo un mueble pequeño en una tronera.

—¿Ves ese facistol?

—El artesano que lo hizo no se deslomó —observó Laviolette—. ¡Mira esa tabla de madera!

—Mi padre lo compró en 1930 al Bébé Fabre, el anticuario de Manosque. ¿Te acuerdas del Bébé Fabre?

—¡Como si lo viera! —exclamó Laviolette—. Vino a Piégut cuando yo tenía ocho años... ¡Mi abuelo le vendió el reloj de pared de su abuelo! ¡Lo recuerdo como si fuera hoy! Con sus quevedos, su sombrero, el pantalón de nanquín...

—¡Y la esclavina que apenas le llegaba a la cadena del reloj!

Ambos rieron. Tenían diez años cuando aquel hombre, muerto desde hacía tiempo, respondía a la descripción que acababan de dar.

—Bueno —prosiguió Brèdes—, pues en ese facistol solía apoyarse un libro muy antiguo... Un libro que databa de mil seiscientos y pico y que contenía montones de fórmulas de buena señora. Bien... Todos los años, cuando vengo por Pascua o por Pentecostés, doy una fiesta para los antiguos combatientes de Banon, de Vachères y del Revest. ¡Oh! ¡No vienen todos! Para algunos es una cuestión de honor abstenerse, a causa de mi título. Es una tradición familiar. Mi padre ya lo hacía. Y, además, a mí también me gusta. Es una ocasión para reencontrarse con la gente de la región, para charlar... Hablamos en dialecto. Asamos un par de corderos en los morillos; en fin, ya te haces una idea. ¡Y bebemos! No les saco grandes botellas, pero sí algo honesto. Entonces, ese día, como somos unos sesenta, abro las tres puertas, lo que deja tres salas en serie: el salón que nunca se utiliza, la sala común y la biblioteca. ¡Bueno!

Se levantó para recorrer el parqué en torno a las mesas cargadas de libros y un manuscrito empezado. Encendió su pipa, que se había apagado.

—Aquel día hacía mal tiempo, tormenta, parecía de noche. Normalmente servimos los digestivos fuera, en los bancos de piedra del tresbolillo, bajo los castaños. Sin embargo, aquel día, fue imposible. Nos quedamos dentro, charlando. Algunos estaban de pie en torno al facistol, consultando el viejo libro. Para entretenerlos, se me ocurrió leerles, o más bien traducirles, porque es francés del XVII, algunas historias de brujas que los hicieron reír. Después fui de grupo en grupo, mezclándome en las conversaciones, hablando de unos y otros: los muertos, los seductores, los cornudos. De todo, en fin. A partir de las cinco la asamblea comenzó a dispersarse, como siempre sucede. Ya sabes, hay incluso quien se marcha sin despedirse... entre los demás... Nadie se fija.

»A las siete me encontré solo con la granjera, sus dos hijas y todo el desorden por recoger. Nos pusimos a ello los cuatro... Y fue ella quien me lo hizo notar. Buena mujer, pero de Queyras, la pobre... No nos aprecia mucho. ¡Está indignada porque no tengo un crucifijo sobre la cama! No puede asimilarlo. Y a mis sesenta campesinos, por más que sea una de ellos, los desprecia... Fue ella quién me gritó: “¡Le han robado el libro! Normalmente se mantenía a distancia del libro: ‘Es brujería’, solía decir. ‘¡Tendría que echarlo al fuego!’”. Como estaba seguro de haberlo dejado en el facistol, me inquieté un poco pero no quise darle la razón. Y, además, ¿seguro? ¿Puede uno estar seguro de algo? Le dije a mi granjera: “¡Qué va, qué va! Lo he cambiado de sitio. Debe de estar entre todo ese revoltijo sobre las mesas. ¡Venga, no se preocupe! ¡Lo buscaré mañana!”. Lo busqué. Para quedarme tranquilo... Pero...

Imitó con la mano ante la boca el gesto de engullir una mosca.

—¡Nunca lo encontré!

—¿Y cabía en un bolsillo, tu libro?

—¡Oh! Sí. Medía doce centímetros por veinte más o menos...

—¿Tenía valor venal?

—¡Ah! Eso... No he terminado la historia: estaba bajo el pupitre del facistol que el Bébé Fabre le vendió a mi padre. Y, cuando mi padre, más adelante, se lo hizo notar y quiso pagárselo, el padre Fabre, que era la honradez personificada, le dijo que no, que era culpa suya, que tenía que fijarse más en lo que vendía y que no aceptaría ni un franco, ¡que le serviría de lección! Y que, de hecho, poseía otro en su biblioteca...

—¿De modo que no sabes si ese libro vale algo?

—Lo que sé es que mi padre, que tenía valores sólidos, enviaba cuatro trufas cada año al Bébé Fabre por Navidad.

Sonó un tintineo agudo al fondo de la casa.

—Parece el teléfono —dijo Laviolette.

—¡Lo es! —suspiró Brèdes—. Espero los resultados de un análisis. Una epizootia brutal que diezma a las aves acuáticas al sur de Puntarenas. El teléfono está en mi despacho.

—Te dejo que contestes.

—¡No no! Ven conmigo. No tengo secretos.

En el despacho flotaba un olor a pipa fría que, del techo al suelo, destilaba toda clase de aromas.

Brèdes descolgó el aparato.

—¡Anda! ¡Es para ti! —exclamó sorprendido.

—¿Para mí? —dijo Laviolette—. ¿Quién?

Recordó haber avisado a Rosemonde de que iba a comer en casa del marqués des Brèdes. Escuchó a su interlocutor sin inmutarse.

—Está bien —contestó—. Voy para allá.

Miró a Brèdes, que no lo interrogaba.

—Amigo —dijo—, me veo obligado a abreviar. Era el suboficial de la gendarmería. Acaban de descubrir un crimen. ¿Puedo utilizar tu teléfono?

—¡Faltaría más!

Laviolette llamó a los servicios de Marsella, como había sido autorizado a hacer llegado el caso, para solicitar el equipo de guardia de la policía científica.

—¡En Banon! ¡Banon! ¡Sí, eso es! Y a paso ligero, ¿eh? ¡Que pongan la sirena si hace falta!

Colgó, tendió la mano.

—¡Amigo! Discúlpame. Ya ves, el trabajo...

—¿Uno de tus desaparecidos?

—Todavía no lo sé. Es posible...

—¿Volveremos a vernos?

—En cuanto pueda te lo haré saber. Y en cuanto a tu robo... ¡Ya ves! ¡No tengo tiempo de ayudarte!

Brèdes se echó a reír.

—¡Oh! ¡No tiene tanta importancia! ¡Vivo muy bien sin ese libro!

13

A mediodía, el domingo en Banon estaba en su apogeo. Gracias al buen tiempo los de Forcalquier, Manosque, Apt, que recorrían las carreteras, terminaban en Banon.

—¿Y si paramos a comer aquí?

Para el Lure y el Fraches, era la hora punta de cada domingo. En el Fraches, por añadidura, una comida encargada ocupaba la sala entera. Eran los cincuenta convidados de una boda celebrada la víspera en Lardier y que había elegido Banon para el banquete. Tres tartas de varios pisos reinaban entre los claveles blancos sobre la impecable mantelería.

La cocina humeaba. Se contaban ya veinticinco clientes en mesas pequeñas y, a las doce y media, a golpe de bocina, los catorce coches de la boda se colocaron en orden en la plaza y, en desorden, los cincuenta hambrientos se abalanzaron sobre las mesas, peleando por quién sería el primero en sentarse. La cola de la novia estaba sucia de barro. La tarde anterior, al salir de la iglesia, había habido que cruzar el umbral varias veces para complacer a los fotógrafos. La cola, sujeta por chiquillos negligentes, había servido de fregona en el atrio, donde se derretía la nieve.

Pero no importaba. Toda aquella gente estaba allí entonces, tenedores en alto, con un hambre de montañero bajoalpino que saciar, algunos ya sólidamente reconfortados por los pastís previos y dos o tres de los tíos que llevaban borrachos desde la víspera.

Cuatro camareras correteaban alrededor de los convidados.

—¡Y sobre todo no rechazéis a nadie!

Si era necesario se instalaría a los clientes en el café; solo se hacía algo de dinero los domingos, aparte de en verano.

La dueña y su hermana anotaban los pedidos. Tres extras servían la mesa de boda. El dueño, enloquecido ante los fogones sobrecargados, abrumaba a sus empleados con órdenes contradictorias. Poco a poco, no obstante, todo se iba ordenando, se organizaba, se desplegaba el ronroneo semanal de las turbinas entre los choques de platos precipitadamente vaciados. Los dos lavaplatos sudaban sobre sus barreños.

A la una y cuarto ya se habían cobrado seis cuentas. Si hacía falta aún se podría servir a algunos rezagados.

El dueño abrió la nevera para comprobar sus reservas.

—¡Dios santo! ¡Marie-Jeanne! ¡Me van a faltar tartas de merengue! ¡Solo me queda una! ¡Y me han pedido dos para los ocho de la cuatro! ¡Georgette! ¡Corre al almacén! ¡Tráeme seis tartas de merengue!

Georgette era una camarera gorda de dieciocho años con medias de color rosa, que por el

momento escabullía el trasero con maestría entre las espaldas de los comensales sentados demasiado cerca. La dueña acudió a sustituirla.

—¡Ve corriendo al almacén, Georgette! ¡No disgustes a tu tío! ¡Hoy está de uñas!

Georgette salió de un salto del restaurante y entró en el inmenso almacén. Las provisiones estaban al fondo, en un gran congelador decorado con dos cristales laterales de espejo azul y una capacidad de cuatro metros cúbicos. A causa de sus dimensiones no habían podido meterlo en el hotel y, además, el ruido del compresor habría molestado a los clientes. Contenía de todo: helados, judías verdes, liebres con piel e incluso uno o dos jabatos «por si las moscas», es decir, por si la producción local no bastaba.

Con su brazo musculoso Georgette, resueltamente, levantó la tapa.

—Pero ¿qué demonios hace Georgette con las tartas de merengue? —exclamó el dueño—. ¡Pierrot, vete a ver y tráela de una vez!

Pierrot era un pinche granujiento que estudiaba hostelería y al que sus padres, durante las vacaciones, enviaban con un colega a ganar algo de dinero. Salió corriendo.

El espectáculo lo hizo pararse en seco en medio de la penumbra. Allí delante, literalmente doblada en dos, Georgette, con la parte superior del cuerpo metida en el congelador, mostraba bajo su falda corta el contenido completo de sus medias color rosa. Pierrot no daba crédito... Fantasaba desde hacía mucho tiempo, en sus triunfantes despertares, con muchachas en aquella posición. Avanzó con las piernas temblorosas y la mano delante de la boca y, cobijado por ella, repetía a media voz:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre!

Tenía el corazón en la garganta. Avanzaba de puntillas para no ahuyentar a Georgette. ¡Al fin! Estaba allí a su lado. Sus dedos rozaban ya la tierra prometida. Su leve estrabismo le permitía mirar a la vez las medias de la joven y el tanque inmenso del congelador, de manera que pudo distinguir, sobre el lecho de pieles de libre y de jabato, a un brahmán hindú que lo miraba fijamente.

Se desplomó junto a Georgette desvanecida.

El dueño era celoso, hasta de las muchachas a las que no deseaba.

—¡Blanche! —dijo suspicaz—. Vete a ver qué hacen esos dos... ¡Mucho me parece a mí que tardan para traer seis tartas de merengue!

Blanche era la cuñada: sostén talla ciento veinte, una buena cuperosis, pies grandes como barcos, pantorrillas de senderista bajoalpino. Su voz, aguda de por sí, alcanzaba fácilmente el contralto bajo el influjo de la emoción.

Salió del almacén a la velocidad de una bala de cañón.

—¡Hay un muerto! —chillaba por la plaza—. ¡Socorro! ¡Hay un muerto en el congelador!

Entró corriendo como una loca en la cocina, se reclinó en la mesa, llorando a grandes sollozos sobre una tabla de cortar, entre el perejil picado.

—¡Oh, Paul! ¡No es posible! ¡En nuestra casa! ¡Un domingo! ¡Un muerto! ¡En el congelador! —terminó en do mayor.

Acababa de pensar, en aquel mismo momento, que iba a hacer falta cambiarlo.

El dueño se abalanzó sobre el teléfono, pero nadie había quedado inactivo.

En primer lugar, la boda entera, la mitad de los demás clientes y la totalidad de los jugadores

de petanca de la plaza concurrieron, en bloque, hacia el almacén y el extraño ataúd.

Dejaron el sitio justo, por consideración, para que la novia pudiera pasar y colocarse en primera fila. Pero con el resto no hubo el menor miramiento. Los gordos empujaban con el vientre. Los bajos pisaban los pies de los altos. No quedaron a la mesa más que algunos marselleses hastiados de emociones fuertes que, por otra parte, chupaban con compunción los caparazones de sus cangrejos de Hungría. Hasta los niños de cuatro años querían ver y pataleaban de cólera si se pretendía impedirselo. Uno consiguió colarse hasta el aparato, su cabeza apenas llegaba al borde y, con la boca abierta, no perdía detalle. Era su primer cadáver.

Los gendarmes llegaron en dos minutos. Ya era demasiado tarde.

—¡Mira esto! —dijo el sargento al cabo—. ¡Van a volver a acusarnos de haber descuidado los primeros indicios!

Cien manos, en efecto, se habían agarrado ya a los bordes de aquel tanque donde, poco antes, solo se leían las huellas del asesino. Por todas partes se había pisoteado la tierra batida del almacén donde se hallaban impresos, sin duda, los pasos del asesino.

En cuanto fueron cuatro, los gendarmes expulsaron con rudeza a la multitud y cerraron con la cadena que nunca se echaba.

Laviolette, contrariamente a su costumbre, había pasado de ochenta por hora en la carretera. Le costó trabajo abrirse camino entre la gente. Por más que exhibiera su placa y reclamase que se dispersaran, fue necesaria la intervención de un agente para permitirle pasar por encima de la cadena.

—Discúlpenos —dijo el sargento—, el suboficial mayor está ausente hasta esta noche, pero, oportuno teniendo en cuenta lo que el otro día le oímos a usted decir, nos ha parecido oportuno...

—¡Han hecho bien, han hecho bien!

Se acercó al congelador que a nadie se le había ocurrido desenchufar y cuyo vapor helado humeaba en las sombras del almacén.

—¡Vaya! —exclamó Laviolette—. Este, al menos, está bien conservado.

Sobre las pieles de liebre y de jabato, tieso como un pescado congelado, con su barba de brahmán escarchada como la de una figura de Navidad, el cadáver reposaba con una túnica india de sayal y los pies a escuadra sobre unos zuecos japoneses de madera. Un largo escapulario de gálbulas de ciprés le colgaba hasta el ombligo, donde llevaba atado, rojo cereza, un libro en O de Robert Morel.

Laviolette reconoció de inmediato al *hippy* que había salido de su saco de dormir en la iglesia de Montsalier, que se había incorporado a su llegada y vuelto a sumirse de inmediato en su desdeñoso nirvana.

El doctor Lusel de Banon, avisado por los gendarmes, llegó poco después. Era un hombre joven, de entre veinticinco y treinta años, que quedó pasmado por aquel cadáver dominical.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto, en su opinión? —preguntó Laviolette.

El joven separó los brazos.

—Por el momento es imposible precisarlo. ¡Dese cuenta! ¡Está a menos veinte grados! Y a juzgar por su aspecto lleva congelado varias horas. Solo la autopsia...

—He convocado al forense —dijo Laviolette—. ¿Su hospital está equipado?

El doctor se echó a reír.

—Para una autopsia, claro.

—Bueno. Se practicará mañana. Cabo, ¿quiere traerme al dueño del hotel? ¡No, espere! Ya voy yo. Cuide, naturalmente, de que nadie se acerque.

Entró en las cocinas por la puerta batiente, entre los cubos de basura que invadían el espacio, se tocó el sombrero y vio al dueño. Después de un vaivén de un cuarto de hora, todo revuelo se aplacaba.

Al fin y al cabo, era asunto de los gendarmes... Seducidos por la liebre encebollada, cuyo perfume dominaba el ambiente y que humeaba en las cazuelas de barro, la boda y demás comensales volvían a colocarse de manera ordenada, tenedores en ristre. Simplemente, a falta de tartas de merengue, comerían manzanas de postre porque, naturalmente, nadie quería creer que no habían servido de jergón al cadáver. A la boda le daba igual. A Dios gracias, tenía las tartas. La novia estaba encantada. Al menos ella, cuando hablase de su boda, tendría mucho que contar: «Figúrate que el día del banquete...».

—¡Esto ha sido un golpe bajo! —dijo el dueño a Laviolette—. Ahora va a haber que cambiar el congelador. Nadie querrá volver a comer nada que salga de él. Tendré incluso que cambiar de marca...

—Vamos vamos —dijo Laviolette—. Se lo venderá a un colega de Aix o de la Drôme; no será para tanto... ¿A qué hora lo abrieron por última vez?

—Anoche —dijo el dueño—. A las ocho. Los oficiales de la base querían comer crepes Suzette...

Alzó los ojos al cielo.

—¿A quién se le ocurre? ¡Crepes Suzette! ¡En Banon! Por suerte tenía un paquete viejo que me habían dado como muestra...

—¿Y quién fue a buscar las crepes Suzette?

El patrón señaló con la cabeza a su espalda.

—¡Mi sobrina!

Laviolette se dio la vuelta. La robusta Blanche, habiendo recobrado su presencia de ánimo, vertía entre los labios de Georgette, aún toda estremecida, una cucharada de orujo. Como había encontrado al pinche desmayado junto a su hija, pero con la mano inerte blandamente abandonada sobre las nalgas de aquel tesoro, le había administrado a cada uno un buen par de bofetadas para que dejasen de castañetear los dientes y ahora los reconfortaba a golpe de alcohol con azúcar, sin dejar de reñirlos.

—¿Es usted, señorita, quien ha descubierto... el cuerpo?

La tez de Georgette, habitualmente rosa y carmesí, había adquirido el color de un paquete viejo de manteca de cerdo. Meneaba la cabeza, completamente muda.

—¡Georgette! —rugió Blanche—. ¡No seas boba y responde al señor o te abro la cabeza!

—Sí, señor... —dijo Georgette.

—¿Y es usted quien fue a buscar las crepes Suzette anoche?

—Sí, señor...

—¿Y, en aquel momento, no constató nada?

—No, señor. Estaba oscuro. Llevaba una linterna. Fui corriendo. Siempre tengo miedo de noche en el almacén.

—¿Y nadie más —dijo Laviolette en derredor— tuvo que volver al congelador entre ayer a las ocho y hoy a la una?

—¡No! —gritó el dueño desde sus sartenes, donde rociaba fritura encima de una paella—. ¡No! Traigo las provisiones el sábado y las meto en la nevera que ve usted ahí. Solo en caso de falta de existencias, como hoy...

—¡Bueno! —dijo Laviolette.

Oyó un trajín en la plaza y echó un vistazo al extremo del corredor.

Era la policía científica, que llegaba, con Guyot y Leprince como refuerzos, dos inspectores altos y desenfadados con vaqueros y pelo largo.

Se presentaron.

—Nos han dicho que nos pongamos a su disposición...

«No me escatiman los refuerzos», se dijo Laviolette. Consultó su reloj. Hacía exactamente una hora y diez que había llamado por teléfono al Obispado[7].

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó.

Ciento veinte kilómetros separaban Marsella de Banon. El equipo salía, con el material, de un Renault 5 que aún humeaba de barro y velocidad.

—¡Pero, ojo, *cuidao!* Hemos pisado a fondo. La sirena se ha puesto roja. ¡Casi chocamos con tres abuelos que iban por la izquierda a cincuenta por hora!

—¡A riesgo de causar más muertes! —rezongó Laviolette.

—¡Ah! A propósito, ¿dónde está? ¿Dónde está?

Se sacudían como gallos jóvenes. Para la policía científica descubrir un cadáver era una fiesta. Había que verlos sacar con *flash* esas horribles instantáneas crudas que dan escalofríos hasta a la Fiscalía.

Laviolette los precedió hacia el congelador, donde los esperaban el cabo y el médico. Instalaron sus aparatos con alegre ajeteo.

14

Era la justicia en marcha con todas sus armas. No solo fotografiaban el cadáver, sino que ¡nada se libraba! Desde el portón del almacén, el techo con las telarañas, el suelo pisoteado por mil pasos, los muros deteriorados, el antiguo patache «Banon/Revest-du-Bion» —que suscitaba incrédulas exclamaciones—, los tres coches de clientes, la pila de cajas vacías, la vieja colección de cuchillos de cocina oxidados, un enorme rosario de herraduras enhebradas en alambre y que colgaba en un rincón, como una lámpara de araña, del remache de una viga; nada, ni un centímetro cuadrado de la escena del crimen se les escapaba.

—¿Y las huellas?

Laviolette alzó los ojos al cielo.

—Inténtelo en todo caso, pero...

—¿Qué quieren? —decía el cabo—. Cuando llegamos, unos tres minutos después de que nos llamaran, ya había aquí unas cien personas.

—¡No se le pueden pedir peras al olmo! —exclamó Laviolette.

—En todo caso —añadió el médico—, puedo decirle la causa de la muerte...

—¡Adelante!

Se inclinaron los dos sobre el cadáver. La barba, tiesa de escarcha, se levantaba como con una bisagra al desplazarla.

—¡Mire! —dijo el médico.

Señalaba el cuello del muerto, o al menos lo que quedaba de él. Había sido cortado de un extremo al otro, tan ampliamente que los labios de la herida no se habían cerrado y se veía la carne por dentro, endurecida por el frío, como una gruta de sombra y carne rosada.

—Pero —observó el médico— lo que es seguro es que a este hombre no lo mataron aquí. ¡No hay ni una gota de sangre!

—¿Lo transportaron, entonces? —dijo Laviolette.

El médico hizo un gesto de ignorancia.

La policía científica trabajaba con diligencia sobre aquella idea.

El comisario contemplaba pensativo a aquel hombre muerto sin nada, ni esperanza ni pasado, cuya única riqueza era la libertad. ¿Quién podía guardar rencor a semejante miseria física y moral?

Tenía entre las manos el libro circular atado al escapulario por su anilla y en el que la policía científica acababa de encontrar algunas huellas dactilares. Lo hojeaba. Era un compendio filosófico consagrado a la lucha contra la pena de muerte. Una especie de breviario, un rosario

que desgranar en cualquier ocasión. En cada página, una máxima: «¡Somos todos asesinos! ¡El homicida es un enfermo! ¡Hay que tratarlo, no suprimirlo! ¡El capitalismo mata a los asesinos para complacer a los burgueses! ¡Tengamos piedad de los asesinos! ¡El asesino de hoy es el buen hombre de mañana!». Etc.

—La ambulancia está ahí fuera —dijo el cabo—. ¿Han terminado?

—Prácticamente. Pueden llevárselo.

—¿Hay una morgue en el hospital? El doctor Rabinovitch no llegará hasta mañana.

—Algo por el estilo, en todo caso...

Laviolette contempló con nostalgia la gran cabina del patache, hundida en la penumbra, en la que de buena gana se habría acomodado para un paseo hasta el Revest-du-Bion...

—¡Y un domingo por la tarde! —exclamó—. ¡Y quieren que los perdonemos!

Se dirigió con el cabo hacia la gendarmería, donde hizo varias llamadas de teléfono. El suboficial mayor reapareció cuando colgaba el auricular. Estaba consternado por habérselo perdido. Había ido a comer con su esposa a casa del jefe de Forcalquier. No acababa de creerse la noticia.

—¿Se hace usted cargo del caso? —le preguntó a Laviolette.

—Espero instrucciones... Estoy aquí, no lo olvide, para investigar ciertas desapariciones, pero nada indica *a priori* que este asesinato guarda relación con ellas. Sin embargo...

Le contó que había visto a la víctima viva, tres días antes, en Montsalier.

—Por el momento —le informó—, los dos inspectores que me han mandado como refuerzo están interrogando a todo el personal del hotel y a los clientes mientras sus hombres recorren la periferia para encontrar posibles testigos. Por lo visto el crimen no tuvo lugar en el almacén. El cadáver fue transportado allí.

—Entretanto —dijo el jefe—, envío a dos hombres a Montsalier para mantener a raya a todos los que encuentren allá arriba y que me los traigan, esposados si es necesario. ¡Esta vez se trata de un crimen!

—¡Espere! —exclamó Laviolette.

Salió a llamar al pasillo. Pidió a los policías de la científica, que se disponían a marcharse, que le revelasen de inmediato dos fotos del cadáver para poder enseñárselas a los *hippies* que trajeran.

Volvió a sentarse.

—Naturalmente, no llevaría nada encima.

—¡Nada! Una camisa americana, dos calzones largos Rasurel, uno sobre el otro, un pantalón de esquí por encima, los zuecos japoneses y esa túnica india de sayal.

—¿No llevaba documentación? ¿Petaca? ¿Cigarrillos?

—¿Dónde los habría metido? ¡No tenía bolsillos!

En aquel momento se oyeron pasos al otro lado de la puerta, en el pasillo. Dos gendarmes invitaban a entrar a dos grandullones rubicundos, que protestaban diciendo que «iban a molestar».

—¡Qué va! ¡Qué va! ¡No molestan en absoluto! Entren. Siéntense. Miren, el jefe va a tomarles declaración.

—No tenemos gran cosa que declarar, ¿sabe? ¿Cree usted que merece la pena molestarlo?

Los gendarmes empujaban amistosamente al tallador y al empleado de la gasolinera de la estación.

Apenas hubieron entrado en la gendarmería corrió el rumor de que el Jules Bec y el Absalon Biscarle habían matado al *hippy* para violarlo. Sus esposas, alarmadas, acudieron allí a informarse. Hubo que contenerlas, tranquilizarlas, desmentir el rumor...

—¿Entonces? ¿Qué han visto exactamente? —preguntó el suboficial.

Laviolette, apartado, liaba un pitillo.

—¡Poca cosa! —dijo el Jules Bec.

Lo habían hecho instalar, mal que bien, sus ciento diez kilos y sus gruesos muslos en una silla. Aquel tímido de enorme cabeza chorreaba sudor, conmocionado por encontrarse sentado en un despacho de gendarme.

—¡Dígaselo al jefe! —le incitó el cabo—. Lo que nos declaró donde la Rosemonde Burle.

—Salía de mi casa... —dijo el Jules Bec—. ¿Saben que soy bombero? La sirena sonaba... ¡Menudo tiempo hacía! ¡Soplaba viento por todos lados! Se me metía en los ojos como alfileres. De pronto me ciegan los faros de un coche... Veo algo, allí en la nieve que cae... Algo que se para, que gira entre los plátanos. Hacía un ruido muy curioso...

—¿Pudo distinguir de qué coche se trataba?

El Jules Bec pasó un minuto entero, con gesto dubitativo, enjugándose y resoplando.

—¿Puede que de un Escarabajo? —dijo al fin—. ¿Un Mini Cooper? O igual un 4CV, ¿quién sabe? No sé si usted se acuerda de qué noche hacía... Pero me dio la impresión...

—¿Sí? —dijo pacientemente el suboficial.

—Me dio la impresión de que quería evitarme.

¡Uf! Ya estaba dicho... Siempre resulta difícil expresar una opinión personal. El Absalon Biscarle era otra cosa. Hacía cinco minutos que piafaba, que abría la boca y que el otro gendarme lo contenía con esfuerzo.

—¡Espere! ¡Hablará cuando sea su turno!

Así como el enorme Jules Bec era tímido y vacilante, el minúsculo Biscarle era resuelto y seguro.

—¡Pero es que yo lo sé! Yo estaba subiendo las escaleras. ¡A mí me cegaron los faros en cuanto llegué! ¡Yo tenía los ojos a ras de suelo! ¡Lo vi perfectamente! ¡Estoy convencido de que era un Escarabajo! De eso estoy seguro: ¡era blanco, era bajo, era sólido! ¡Segurísimo, era un Escarabajo! ¡Y a mí también, ya ves, Jules, me dio la impresión de que quería evitarme!

—Ni me molesto —intervino Laviolette— en preguntarles si distinguieron al hombre que iba al volante.

—¿Cómo que distinguirlo? ¿Y nos pregunta eso de buenas a primeras? ¿Con la noche que hacía? Y con nuestro deber de bomberos que nos hacía correr. ¡Como que íbamos a tener tiempo para eso!

—Y —dijo Jules Bec—, ¿te acuerdas del ruido que hacía?

—¡Un ruido de fantasma! —exclamó el Biscarle—. Catacrac... Catacrac... Catacrac...

—¿De cadenas? —sugirió Laviolette.

—¡Eso es! ¡De cadenas!

—¿Y enseguida lo perdieron de vista?

—¡A bote pronto! —contestó Biscarle.

—¡Como por arte de magia! —dijo el Jules Bec—. Pero..., con la noche que hacía, no es de extrañar. Y, además, no tuvimos tiempo ni motivos para preguntarnos qué había sido de él. Por mi

parte, todavía me estaba despertando... Me estaba abrochando el cinturón.

Uno de los gendarmes pidió la palabra.

—Si se me permite... —dijo.

—¡Adelante, adelante! —dijo el suboficial.

—Cuando tomamos declaración a los dos testigos, antes de traérselos, interrogamos a todos los que estaban levantados a esas horas: el panadero, el Eugène Martel al que acabábamos de despertar por teléfono y que estaba sacando la grúa. Nadie vio el coche. Sin embargo, si dio media vuelta, como parecen indicar, el único camino que podía tomar pasa por delante del garaje de Martel. Forzosamente lo habría visto...

—Entonces —dijo el cabo—, ¿no salió de Banon en aquel momento?

—Entonces —contestó Laviolette—, perfectamente pudo haberse metido en el almacén...

—¿Ya no nos necesitan? —preguntó el Jules Bec.

—No. De momento no. Harán su declaración escrita mañana por la mañana. Pueden marcharse. Les doy las gracias. Vayan a descansar, se lo han ganado... después de semejante noche.

En aquel momento se oyó estallar en la explanada un terrible chillido de cerdo degollado y vieron entrar en tromba al Alyre Morelon, con un perro salchicha sucio de barro en brazos. Laviolette reconoció al teckel al que había intentado amansar la otra noche. Roseline lo precedía estrepitosa y más alarmante que una sirena.

Un gendarme se había interpuesto en el umbral, pero ¡vaya usted a contener a un hombre enloquecido y a una cerda de ciento ochenta kilos! Se presentaron ambos ante el jefe y Laviolette boquiabiertos. Alyre se espatarró sobre el asiento aún caliente del Jules Bec. La cerda, extenuada, se desplomó en el suelo. La máquina de escribir y el retrato del presidente de la República temblaron del golpe. La estufa de fuel despidió una bocanada.

—¡No puedo más! —clamó el Alyre—. ¡He corrido como un loco! ¡Roseline está agotada! ¡Den de beber a Roseline! ¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella quien lo ha encontrado! Y den de comer al perro, que se está muriendo de hambre.

Tendía el teckel a un gendarme, pero fue Laviolette quien lo estrechó contra él y no volvió a soltarlo.

—¡Era eso! —exclamó el Alyre golpeándose la frente—. ¡Era eso lo que me tenía preocupado desde el otoño! ¡Era eso lo que quería decir y no decía porque me daba miedo que me tomaran por imbécil! ¡Era eso!

Sacó de su bolsillo y tiró sobre la mesa el escapulario que había recogido hacía un rato entre las hojas muertas.

Toda la compañía, salvo los dos hombres que habían ido a por los *hippies* a Montsalier, se hallaba reunida en torno a aquel hombre que trataba de expresar demasiadas cosas a la vez. Alguien, con todo, salió a buscar un barreño de agua para la cerda.

—¡Que no cunda el pánico! —dijo el suboficial mayor—. Alyre, cálmese...

—¡Tengo arcadas! ¡Qué peste, por Dios! ¡Y Roseline! ¡Ojalá no le eche a perder el olfato!

Hubo que esperar pacientemente durante otros tres minutos, mientras se sorbía los mocos, trompeteaba en un pañuelo, espantaba en derredor moscas invisibles, antes de que el Alyre Morelon explicase a los gendarmes y a Laviolette la causa de su conmoción.

Laviolette no dejaba de silbar mientras Alyre recuperaba el aliento con ayuda de un vasito de

orujos que un gendarme le había traído.

En medio del relato de Alyre había gritado: «¡Un minuto!». Y mandó ir a ver si el equipo de la científica ya se había marchado.

—¡Hace media hora larga!

Debían de estar ya en Pertuis, gracias a la sirena. Curiosa sorpresa los esperaba a su llegada, con un mensaje recién llegado por teletipo: «Regresen a Banon con material pesado».

—Creo —dijo Laviolette— que esta vez el asunto es demasiado importante como para que siga sustituyendo a la Fiscalía. Hay que mandar un mensaje a Digne.

—Iba precisamente a sugerírselo —afirmó el suboficial mayor.

15

Georgette se había desmayado ante el congelador sobre la una y media.

Pues bien, sobre la una y cuarto el teckel Mambo, expulsado de todas partes, atemorizado, completamente atontado de hambre, de frío, de cansancio, echó a correr al azar por el primer camino que se había abierto ante él. Solo en el mundo, gemía su desdicha por los taludes con el hocico a ras de tierra. Los coches, que a veces lo rozaban, lo hacían lanzarse despavorido a los arcenes donde la nieve se derretía. Se quedaba allí jadeando durante unos minutos y luego reemprendía su vagabundeo sin esperanza.

Perro sin nombre, minúsculo, sufriendo por haber sido abandonado, hacía apenas cuatro días estaba aún acurrucado contra el pecho de su amo. Un hombre amable, bueno, que le rascaba la cabeza, que le abría una lata cuando tenía hambre. A veces, al recordarlo, Mambo hallaba la fuerza de alzar la cabeza para olfatear en el viento si algún rastro...

Dejó atrás los restos del ventisquero que se había llevado la quitanieves por la mañana y que seguían goteando sobre la calzada. Creyendo engañar al hambre y a la sed, Mambo comió un poco de la nieve que aquella noche, antes de amontonarse allí, había recorrido enloquecida la región, empujada por un viento descabellado.

Fue en aquellos cristales soldados donde Mambo creyó encontrar un rastro de su amo desaparecido. Apenas perceptible, corría a ras de suelo como un hilo invisible. En ocasiones volvía a encontrarlo. La fuerza de la desesperación multiplicaba su olfato. Metía el hocico en las hierbas muertas que sobresalían entre la nieve. Se detenía bruscamente. Se alzaba cuanto podía para asomarse sobre la maleza y tratar de distinguir a lo lejos. Se obstinaba con paciencia, recorriendo diez metros, deteniéndose, reemprendiendo la marcha... Una esperanza insensata lo empujaba hacia delante, cada vez más deprisa.

Allá abajo, sacudido por el viento que no llegaba a la carretera, relucía un negro bosque de laureles. Un único ciprés lo dominaba a gran altura. Un sendero mal dibujado, entre campos verdes de morcajo de otoño, avanzaba perezoso hacia el bosque. Era ese camino lo que atraía a Mambo. Se estremecía de impaciencia ante el horizonte rígido, negro de árboles sin gracia plantados en el humus jugoso como las picas de un ejército clavado al suelo. Mambo, en aquella linde compacta, buscaba el paso. Rascaba el suelo, olfateaba la tierra removida tratando de orientarse, gimiendo de incertidumbre.

De pronto la luz del día se abrió paso ante él por un largo pasaje en el que se metía el camino. Se dirigió resueltamente hacia aquella abertura.

Los tallos de laurel se entrechocaban sobre su cabeza con un crujido de lanzas cruzadas. En su inefable perfume perduraba un olor aún impreciso, pero que se fraguaba cada vez más compacto

en el camino de hojas duras por el que trotaba el perro.

Al fondo de la penumbra, a lo lejos, se alzaban los sólidos barrotes de una reja oxidada en el centro de una alta muralla.

Mambo avanzaba ahora a la velocidad de un perro que reconoce a un amigo en el horizonte y se apresura a alcanzarlo. Empezaba incluso a agitar alegremente la cola.

El sendero se ensanchó a ambos lados del muro. Había un cubo de piedra acolchado por hojas muertas de varias estaciones, que había servido de banco en otros tiempos. Mambo apoyó las patas delanteras en el portón, tratando de llegar a los barrotes, que eran demasiado altos para él. Cayó sobre sus cuartos traseros.

Entonces, con una voz que no era la suya, expulsada de su cuerpecito, brotó un largo aullido desolado, a *mezza voce*, pero que se oía muy lejos.

Desde una granja, a varios kilómetros de allí, otro perro, lentamente, preludió en tono menor. Otros dos respondieron al nuevo habitante de Montsalier. La onda modulada fue a golpear el oído del viejo Médor, el basset con la mejor garganta de Banon. Armonizó largamente el contrabajo de sus cuerdas vocales con aquella fanfarria perruna que rodeaba el boscaje de laureles estremecidos por el viento donde Mambo, alzando el hocico al cielo, desgranaba su obsesiva lamentación. A veces, en esa región, los barbechos cobijan lúgubres sepulturas acariciadas por un ciprés, único refugio, cuatrocientos años antes, de los protestantes expulsados por la iglesia. Casi siempre son tumbas sin piedra ni nombre, solamente perpetuadas en la memoria de los labradores que de generación en generación se apartan de ellas, creando así, en medio de sus tierras, esos rombos enigmáticos donde brotan las umbelas de la cicuta.

Pero en ocasiones son auténticas capillas, cercadas de murallas de sillar, orgullo de los señores rebeldes al rey y al papa. ¿A quién pertenecen? Los nombres están tallados en la masa del frontispicio, como en las losas de los panteones. Las devoluciones, las ventas de bienes nacionales y la extinción de las familias han hecho de ellos anónimos monumentos rurales donde el ciprés, plantado originariamente, murmura a una altura de hasta veinte metros.

Era ante la reja de una sepultura tal donde Mambo aullaba a la muerte.

Roseline gruñía un poco, asombrada. Y de repente, con una brusca sacudida, se escapó de las manos del Alyre y lo dejó plantado para correr hacia la linde del bosque.

—¡Por Dios! ¡Esta vez va en serio! ¡Mírala! ¡Parece que le hayan prendido fuego en el trasero! Pero ¿adónde va? ¡Roseline! ¡Roseline!

Pero de Roseline no se veían más que las nalgas rosas meneándose al compás y la correa volando al viento. Ya se estaba metiendo en el monte bajo.

—¡Caray, Roseline! ¡Creo que te vas a llevar la primera patada en el culo de tu vida!

Él también tomó el sendero corriendo. Tropezaba con las hojas muertas. Ahogado, llegó ante la reja del sepulcro sin haber tenido tiempo de analizar sus sensaciones. Roseline estaba sentada sobre el trasero y exploraba con el hocico la cabeza del perro salchicha que aullaba a la muerte con el hocico en alto.

—¡Caramba, Roseline! ¡Es ese perro perdido al que todo el mundo patea! ¿Qué demonios hace aquí?

Abrió de pronto la boca. Una idea traicionera lo asaltaba con fuerza, algo en lo que pensaba intermitentemente desde el comienzo del otoño, desde que, en varias ocasiones, había tenido que

alcanzar a Roseline en la linde del bosque.

—¡Caray, Roseline! ¡Lo sabía! ¡Esto es lo que sabía! ¡Larguémonos de aquí! ¡Esto es lo que me ahogaba! Esto es lo que quería decir.

Pero Roseline, a la que le había puesto el ronzal, resistía con sus cuatro patas y con todo su peso. Por más que tiraba, ella seguía olfateando obstinadamente al teckel canijo que aullaba a la muerte.

Con el tiempo que llevaban trabajando juntos, Alyre conocía todas las reacciones de su cerda.

—¿Cómo? ¿Quieres que me lo lleve? —exclamó.

—¡Cro! —dijo Roseline.

—Pero ¿qué voy a hacer yo con él?

—¡Cro! —repitió la cerda.

Alyre no tenía ganas de discutir. Se estaba ahogando. Quería marcharse de allí lo antes posible. Se agachó. El perro quiso escabullirse pero estaba demasiado débil. Tropezó. Alyre lo agarró y se lo metió entre el pecho y la chaqueta. Era el único sitio donde podía impedirle escapar. El teckel temblaba de desdicha. Se abandonaba.

—¡Ven, Roseline! ¡Nos largamos!

Pero Roseline seguía resistiendo pasivamente. Su hocico trazaba un surco en las hojas muertas.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Cro!

Tenía la misma actitud que cuando detectaba una trufa. Firme. Resoplando. Absolutamente inmóvil. Alyre se agachó a su lado.

—¡Oh! ¡Dios santo! ¡Roseline!

Alyre, con su mano libre, acababa de agarrar entre las hojas muertas, justo bajo el hocico de la cerda, un objeto que no terminaba de poder sacar, desenrollar, elevar ante sus ojos para entender su naturaleza. Le llevó unos segundos identificarlo.

—¡Cielos, Roseline! ¿Sabes lo que es esto? ¡Es esa especie de collar que llevan todos esos, los lázaros! ¡Es un escapulario! ¡Es de bolas de ciprés! ¡Tiene una especie de cuaderno redondo colgado de un extremo! ¡Dios mío, Roseline! ¡Corre! ¡Larguémonos! ¡Creo que acabas de levantar una curiosa liebre!

—¡Era eso! —clamó el Alyre en la Estafette de los gendarmes.

Mantén el equilibrio mal que bien sobre el montón de los tres *hippies* recogidos por los gendarmes aquella tarde en Montsalier. Había hecho falta llevarlos. Por sistema no se aguantaban en pie. Si por algún motivo los soltaban, se desplomaban en su saco de dormir. Uno estaba apartado. Lavolette reconoció a los otros dos, acoplados en el mismo saco grande: eran los que hacían el amor el otro día detrás del altar de la iglesia. No se quitaban los ojos de encima. Era patente que seguían acariciándose, que no sabían hacer otra cosa, que no querían hacer nada más. Había sido necesario sacarlos juntos de la iglesia, acarrearlos hasta la Estafette, ponerlos en el suelo como sacas de correos. Alyre los iba pisando.

—¡Era eso! —repetía—. Lo que quería decir, ¡lo que diré esta noche a la Francine y que no me atrevía a confesarle por miedo a que se riese de mí! «¡Francine! ¿Tú crees que los cadáveres de más de cuatrocientos años pueden seguir oliendo?».

Se palmeó los muslos. Por fin había expresado su reflexión mayor, la que lo tenía en vilo desde hacía tres meses. Se la repitió a los gendarmes.

—Digan, ¿creen ustedes que es posible?

Era noche cerrada, sin luna, sin más estrellas que las luces cercanas de Banon, las de Simiane en la ancha cañada y algunos vagos fulgores hacia Carniol y la Rohegiron a lo lejos.

El bosque de laureles estaba rodeado de gendarmes y bomberos que prohibían el acceso al mismo. Habían llamado, como refuerzos, a los de Saint-Étienne, a los de Forcalquier, a los empleados de la Administración vial, a un volquete, a dos furgones... Por si acaso. Estaban todos al pie del cañón. Los optimistas de la científica se habían vuelto a presentar, tras una nueva carrera-persecución Marsella-Banon en la que habían batido su récord por cuatro minutos. Piafaban de impaciencia, instrumentos en mano.

En el sendero de hojas muertas un generador vibraba. Se instalaron proyectores de pie al extremo de largos cables eléctricos. Escasos copos de nieve flotaban entre los haces de luz.

Los inspectores Guyot y Leprince, que habían regresado con la policía científica y contaban con tener la noche libre, refunfuñaban un poco por aquel nuevo contratiempo.

Dando tumbos por el sendero llegaba el Land Rover de Martel, que traía otro generador.

Había que taparse la nariz y respirar por la boca para no desmayarse, lo que no impedía a valerosos desconocidos tratar de infiltrarse en el bosque y escalar el muro del sepulcro para situarse en primera fila. Los gendarmes acababan de echar a dos reincidentes amenazándolos con una patada en el trasero. Debía de haber unos veinte lugareños alrededor, cavilando y mordiéndose las uñas por no ser bomberos. Un poco más allá, algunos residuos de la boda, reconocibles por los jirones de velo que flotaban en los coches y por los claveles blancos atados al retrovisor, se sacudían la borrachera al viento de la noche. Se agitaban incómodos con sus zapatos de fiesta, pero no habrían cedido su sitio ni por todo el oro del mundo.

16

El corresponsal de *El Provençal* en Manosque, alertado por un compañero acerca del primer descubrimiento del día, se presentó con la Zeiss Ikon colgada del cuello. No le habían autorizado a acercarse, pero no importaba. Estaba solo. Estaba él solo. Ya había telefonado al periódico para que le reservasen tres columnas en primera página. Valía la pena. Ya eran las nueve de la noche. Todo lo que pudiese recolectar sería en exclusiva.

Al extremo del camino, respetuosamente escoltado, un coche negro avanzaba con precaución y se detenía frente a la reja. El gendarme que había guiado al conductor abrió la puerta trasera saludando.

Una mujer joven y delgada se bajó, parpadeando tras sus lentes a causa de las crueles luces de los focos. No debía de pesar mucho. Llevaba un peinado discreto y no era ni hermosa ni fea.

Tendió su mano desnuda a Laviolette y al suboficial de la gendarmería, que rectificó la posición. Ella pidió disculpas por haberlos hecho esperar.

—Nos lo explicaron mal —dijo—. Mi chófer se ha equivocado de camino.

Dejó escapar una risita.

—¡Fuimos a dar de lleno con una capilla votiva! ¡Ha sido muy romántico!

Invitado por Viaud, Martel, que había sido cerrajero en sus tiempos, oficio que había pasado en su familia de padre a hijo, avanzó hacia el portón. Se habría dicho que esperaban la salida de algún presidente. La cerradura, en verdad, era por el momento el único punto de mira de la luz blanca de los proyectores, que no dejaban un solo detalle en la sombra.

—Se ve enseguida —dijo Viaud— que esta enorme cerradura ha sido engrasada recientemente.

En efecto, se distinguía una aureola en torno al ojo de la llave.

—¡Mejor! —susurró Martel al gendarme que estaba a su lado—. Así será más fácil.

Un encargado presto y ágil de la policía científica se inclinó sobre aquella vieja pieza oxidada y aplicó en torno al ojo de la cerradura una especie de papel secante que apretó con todas sus fuerzas contra el hierro.

—¿Para qué? —dijo Martel.

—Para analizar la naturaleza del lubricante utilizado.

—¡Ah! Bueno.

El encargado hizo lo propio con las seis bisagras, también engrasadas. Tras él, el segundo inspector ametrallaba cada pieza a golpe de *flash*.

—¿Puedo proceder? —dijo Martel.

—Adelante.

Martel había colgado de su cinturón un anillo con voluminosas llaves sacadas de su colección, por si le servían de algo. «Un sepulcro hugonote», se había dicho. «No debe de tener una cerradura Yale. Lo mismo la fabricó uno de mis tatarabuelos. Voy a llevarme este surtido de llaves de iglesia y, por qué no, también esta ganzúa grande. Ya veremos a ver».

Se inclinó sobre el palastro y vio, por la entrada, que no tenía cilindro. Ya era algo... Inyectó con su aceitera una buena dosis de desatascador en el cerradero.

Después revolvió durante unos minutos en el manajo de llaves, limó ligeramente, sopesó un poco a derecha e izquierda. Oyó el ruido del pestillo resbalando. Una vez... Dos veces...

Se esforzó con el pomo, que le costó más trabajo desatascar que la propia cerradura.

—¿Empujo? —preguntó.

—Empuje sin avanzar —dijo Laviolette— y hágase a un lado.

A pesar del aceite de sus goznes, la puerta del cementerio giró con un ruido desgarrador.

Laviolette se apartó. Los especialistas adelantaron los focos, accionaron sus *flashes*, se comunicaron unos a otros las coordenadas de sus observaciones. Desaparecieron en el interior. Los siguieron más proyectores encañonados.

Finalmente, tras ellos, Laviolette, el suboficial mayor, dos gendarmes y un secretario judicial se deslizaron por la abertura. Todos aquellos señores hablaban con voz nasal, pues llevaban tapadas las narices. Entre ellos, dispuestos a sostenerla llegado el caso, la señora fiscal sustituta apretaba contra su linda nariz un exiguo pañuelo, pero nada de su encantadora personita indicaba que tuviera la intención de desmayarse. Laviolette la admiraba como experto, pues literalmente chapoteaban en el olor de la muerte.

Con el batiente cerrado empezaron a oír suspirar al ciprés. Los proyectores no revelaban más que la base gris de su tronco; el resto de su vertiginosa opulencia se sumía en el cielo negro. En ocasiones, los *flashes* iluminaban su cilindro hasta una altura de quince metros, pero la copa oscilaba en las tinieblas. A su alrededor, en los doscientos metros cuadrados del recinto, multitud de cardos marianos asomaban la cabeza entre las sombras.

Alguien se había abierto camino entre ellos apartándolos. A veces los habían tumbado incluso a fuerza de rabiosos bastonazos.

Armados con *flashes*, cintas métricas, polvos, diversos instrumentos con diales que sus colegas trataban de «chismes», los laboriosos inspectores de la policía científica se desplazaban reptando sobre el vientre por el paso abierto.

—¿Huellas? —preguntó Laviolette.

—Calcetines —le respondieron.

—¡Mierda!

—Mm... No tiene por qué... Depende de la calidad de los calcetines...

—¡Me apuesto el sueldo a que los habrán comprado en la feria de Forcalquier!

Veinte proyectores de pie registraban su austera desnudez hasta las juntas de las piedras, sin descuidar el menor líquen, ni la menor mancha de humedad. Era una capilla de piedra seca y de rugosa apariencia. En el frontispicio estaba tallado el nombre de la familia de tal modo que a cuatrocientos metros de distancia aún se sentía la inquina del adepto, que también había tratado de arrancar el gnomon del reloj de sol, pero solo había logrado torcerlo.

—¿Puedo? —interrogó Martel.

Los inspectores, que acababan de auscultar los tres peldaños de mármol y la puerta, se apartaron ante el artesano.

Esa nueva cerradura dio mucho trabajo a Martel, pero lo llevó a cabo sin ruido ni juramentos. Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Abro?

—¡Adelante! —dijo Laviolette.

Dos ratas grandes respondieron chillando al crujido del batiente torcido que rascaba el mármol. Saltando por encima de los peldaños buscaron una salida en dos ocasiones en torno a los zapatos de la señora sustituta, que no se dignó pestañear. Y eso que habían levantado un olor de podredumbre humana capaz de acobardar al más pintado.

—¡Oh! ¡Qué espanto! —gimió Martel, que hasta entonces no había dicho ni mu.

—¡Disculpen! —dijeron los encargados pasando por delante de él—. ¿Sabe? En la policía raramente trabajamos con cadáveres recientes.

La señora sustituta ahogó una sonrisa detrás de su bonito pañuelo. Bajo el haz de los proyectores reptaba ya el tipo de las huellas, que, en su febril búsqueda de indicios, casi tocaba con la frente los pies de un cadáver.

Era una capilla de ricos. Una capilla de siete metros por cuatro, no menos orgullosa, en su desnudez, que la pompa de los católicos. Nada. Cuatro paredes. Un techo tan bien enlechado que en cuatro siglos no se había filtrado una sola gota de agua. Una ventana emplomada sin cristales, con gruesos barrotes. En el fondo, una concesión a las lamentaciones, esta inscripción que había descuidado el diligente martillador por algún oscuro motivo: «Cuando llegó la noche, Jesús dijo: “Pasemos a la otra orilla”».

Bajo aquel consolador mensaje habían dispuesto a los cinco *hippies* desaparecidos. Estaban muy pulcramente alineados, con las manos unidas, sobre el mármol, de las losas, como efigies funerarias. De haber sido de mármol habrían tenido heráldica actitud. Desgraciadamente eran de carne, y a su alrededor, como una aureola sobre las losas, la sustancia esparcida impedía la piedad.

Bajo los relámpagos de los *flashes*, los rostros que se desmoronaban sobre los huesos no conservaban sino un contorno impreciso. Solamente los cabellos en desorden mantenían su reflejo y su materia. Las barbas de los hombres habían seguido creciendo.

Las ratas debían de ser ratones campesinos. Solo habían manifestado un moderado interés por los cadáveres, contentándose con roerles las extremidades.

—¿Han terminado? —preguntó Laviolette.

—En la medida en que es humanamente posible, sí —respondieron los encargados.

—¿Han medido bien la distancia entre cada cadáver?

Se volvieron hacia él, sorprendidos.

—Sin duda. De hecho, las fotos...

—¿Los han... registrado?

—*Grosso modo*... No llevan nada más que túnicas... Anillos de materia vegetal, ninguna alianza. Mañana, en la morgue, si es posible, les haremos impresiones dentales y recogeremos lo que lleven encima. Allí será más fácil.

Laviolette, con su lote de fotografías en mano, trataba de yuxtaponer aquellos rostros de jóvenes felices con las blandas distorsiones de aquellas carnes mal contenidas en las que solo

sobresalía el cartílago nasal, salvo en los más recientes. Había que efectuar una ardua tarea de redistribución, pero, con ayuda de la sustituta, que se inclinaba con él sobre aquel puzle macabro, algo en lo que demostraba ser muy competente, Laviolette logró rápidamente poner a los cinco desaparecidos en orden cronológico.

—¿Los *hippies* vivos siguen aquí? —preguntó.

—Sí. Al fondo de la Estafette.

—Vaya a buscarlos.

—¿A buscarlos? A traerlos, querrá decir.

—¿Cómo que a traerlos? ¿Qué hacen?

—Uno duerme, creo, y los otros dos hacen el amor. ¡Oh, perdón!

El suboficial Viaud acababa de darse cuenta de que hablaba delante de la señora sustituta.

—No se ofusque —dijo ella—. Me parece, dadas las circunstancias, una ocupación muy pertinente.

Se quitó las gafas para secar el vaho y constataron que sus ojos eran muy hermosos.

—Mire —dijo al suboficial—, creo que ya está consignada la lista oficial. Sería de utilidad, puesto que tiene usted los dosieres y las direcciones, que, sin mayor delación, avise a las brigadas interesadas, de modo que todas las familias sean informadas lo antes posible... y se personen —añadió—. ¿Se han previsto los levantamientos? ¿Hay morgue en Banon?

—Rudimentaria —dijo el suboficial— y, dadas las circunstancias, extraordinariamente exigua.

Parlamentaron ambos en voz baja sobre las decisiones urgentes que convenía tomar.

Entretanto, cuatro gendarmes exhaustos acarreaban a los tres *hippies* en saco, como el cadáver del abate Faria[8]. «Tengan cuidado de no darles patadas», había recomendado el jefe. ¡Pues les quemaban los pies de puras ganas de hacerlo! Se conformaron con tirar el fardo sin miramientos sobre las losas de mármol.

En un primer momento, los vagabundos permanecieron, uno en su nirvana, los otros dos en sus sabias exploraciones mutuas, como si aquel nuevo mundo tampoco existiera. Sin embargo, a la altura a la que respiraban, el olor de sus antiguos camaradas los fustigaba de lleno. Súbitamente, se quebrantó su voluntaria abstención. Vieron el mundo: el techo, a Laviolette, a la señora sustituta, la inscripción en el muro del fondo. El incomparable hedor los embargó. Salieron casi simultáneamente de sus sacos. Uno era un italiano bajito, de rasgos afilados como D'Annunzio, con el rostro y el cráneo afeitados, amenizado tan solo por el afilamiento de las dos puntas de un bigote y de una trenza de chino dispuesto a dejarse llevar al mundo de los sueños. El otro saco incubaba a un holandés alto de escasos dientes y barba rubia y a una holandesa peluda, con bíceps de estibador, que debía de pesar setenta kilos. Comentaban en su lengua su desagradable despertar. El italiano se acurrucó bajo su protección. Espantados, señalaban con el dedo los cadáveres alineados en el suelo.

—¡Constantin!

—¡Chinchilla!

—¡Patsy!

—¡Ismaël!

Tragaban saliva. Estaban aterrorizados.

—¿Y el otro? —dijo Laviolette.

—¿El otro? —repitió el holandés alto.

—Sí, el otro. Ese, el del medio, ¿no es amigo vuestro?

Los tres negaron con la cabeza, luego se dieron la vuelta y fueron a vomitar contra la pared del fondo. Sus hipos chorrearon abundantemente sobre la invitación de Jesús. Era un bonito concierto.

—Aprovechen que están de pie —dijo Laviolette—. Llévenselos y, ya que están, enséñenles al tipo del congelador. Ese sigue sin identificar. Puede que nos digan su nombre. Señora —añadió volviéndose hacia la sustituta—, creo que ya no tenemos nada más que hacer aquí.

Cruzaba la reja cuando vio venir hacia él a una muchacha rubia que destacaba en la noche por toda la claridad que desplazaba a su paso. A la señora sustituta no le hizo ninguna gracia.

—¿Por qué dejan que se acerque el público? —dijo—. ¿Quién es? ¿Qué está haciendo aquí?

—Desgraciadamente —dijo Viaud—, tememos que su hermano se encuentre entre las víctimas. Es la joven —susurró a Laviolette— de quien le habló: Claire Piochet.

Avanzó hacia ella, tanto para acceder al deseo de la sustituta, que no quería en torno al cadáver a ninguna otra mujer que ella misma, como para manifestarle su solicitud a aquella pobre muchacha desamparada y sola. Le dijo algo en voz baja y la alejó de allí con suavidad.

—Espere —dijo Laviolette.

Se acercó.

—Le he dicho que probablemente... —dijo Viaud.

La joven lloraba sin ruido y sin sollozos. Las lágrimas rezumaban, aparentemente a su pesar, del borde de sus grandes ojos.

—Mi hermano... —murmuró.

—No podemos estar seguros... —respondió Laviolette—. Mañana lo sabrá. Por el momento, vaya a descansar.

—¡Quiero verlo!

Laviolette negó con la cabeza.

—De momento es imposible. Mañana la convocaremos.

La siguió con la mirada según se iba, sostenida por Viaud, que se complacía de modo patente en ello.

—¡Diantre! —se dijo Laviolette en voz baja—. A esa no le van a faltar apoyos en la vida...

—¿Se ha fijado en su abrigo? —comentó la sustituta, que lo había oído—. Viene directo de Escocia. Abrigos como ese no debe de haber más de cien en toda Francia... Son tremendamente caros...

—Parece sentir una pena inmensa —dijo Laviolette.

—Inmensa, en verdad... —repitió la sustituta dubitativa.

Seguía con atención los andares de Claire, que se alejaba.

Le pareció a Laviolette que la señora sustituta no era benévola con las posibles competidoras. Bien era cierto que ella misma no carecía de encanto.

—Sé lo que está pensando —dijo ella—, como buen hombre que es. Pero no se trata de eso en absoluto... Me estaba haciendo una pregunta absurda. Me pregunto si se puede sentir una pena tan inmensa y seguir contoneando el trasero de esa forma... ¿Usted qué opina? —preguntó volviéndose bruscamente hacia Laviolette.

Él meneó la cabeza.

—No espere usted —dijo— que opine a la ligera sobre tan seria cuestión...

El desarrollo de la investigación les llevó aún otras dos horas a los distintos servicios que habían sido alertados. Los gendarmes regresaron al cuartel y comenzaron a escribir, a despachar, a llamar por teléfono, a responder y, en presencia de Laviolette, a interrogar a Alyre, a Georgette, al pinche, al dueño del hotel, todos los cuales debían prestar declaración.

Los especialistas de la científica inspeccionaron metro a metro toda la superficie del cementerio entre los cardos marianos que les pinchaban cruelmente en las piernas. Trasladaron a los cuerpos al depósito, relevándose para no dejarlos solos. No podían enseñarlos desnudos a los familiares, pero era igualmente importante velar sobre sus guñapos, los amuletos y los anillos, que debían ser analizados. El forense llegó a las cuatro y se apostó (para esperarlo) delante del domicilio de su colega local, que había salido a ponerle una inyección al carnicero del Revest-desBrousses, que sufría de cólicos nefríticos.

—¿A estas horas? —dijo el doctor Lusel cuando su colega llegó.

—¡Inasequible al desaliento! —respondió el forense con una gran sonrisa.

La dirección del hospital no hallaba qué hacer con tanto cadáver, sobre todo, porque los dos chicos de dieciséis años, responsables del accidente de la noche del sábado, no habían sido todavía reclamados por sus padres.

En el asilo de ancianos contiguo, una especie de alegre espera aligeraba las toses de los achacosos. Mañana tendrían algo de qué hablar.

Sin decir palabra, Rosemonde, que no se había acostado, le llevó a Laviolette, desplomado en una silla, un gran cuenco de sopa y un café que despertaba a un muerto.

—¡Inasequible al desaliento! —dijo Laviolette.

Apenas había engullido cuatro cucharadas de sopa cuando se quedó dormido sobre la mesa de nogal, con la cabeza entre los brazos.

Amanecía en Banon.

17

—¡El forense! He llamado, pero no me ha oído...

Eran las once, aquel lunes. Un viento lúgubre soplaban en Banon. Laviolette, bajo el edredón amarillo, veía el desayuno que se acercaba entre las manos rollizas de Rosemonde.

—¿Cree usted que podrá comer algo? —le preguntó esta.

—Voy a intentarlo.

Rosemonde se retiró para dar paso al forense, cuya sonrisa dejaba al descubierto su dentadura postiza. El doctor Grégoire Rabinovitch, médico titular del Registro Civil, brazo derecho del ministerio fiscal, tenía los labios golosos, la tez bistro y, completamente calvo, el cráneo abollado por varios accidentes de guerra y de coche. Los inspectores jóvenes lo llamaban Cráneo Tallado. Estaba biselado como un diamante, pero, en su interior, el cerebro permanecía intacto. Lo habían despertado a las dos de la mañana, había llegado a Banon a las cuatro y trabajaba desde entonces, asistido por el médico local, sobre cadáveres rancios y no se le notaba.

—¡Gracias —dijo— por su generosidad! ¡Seis de golpe, diantre!

Se fijó en la bandeja, la taza azul y la cafetera, el plato provisto de pajaritos asados.

—¡Feliz mortal —exclamó— que desayuna dos tordos sobre una tostada!

—¡Son zorzales! —gruñó Laviolette, a quien le gustaban muy calientes, muy dorados y muy crujientes, como se los habían presentado en la bandeja.

—¿Puedo hablar con usted sin quitarle el apetito?

—No se ande con rodeos —contestó Laviolette.

—Pues bien, *a priori* y a pesar de su estado, puedo ya precisar que sus cadáveres, los de la tumba y el del congelador..., que, con todo, data de unos dos días... Bueno, puedo afirmarle que casi todos fueron colgados por los pies y desangrados.

—¿Cómo que desangrados?

—¡Como los cerdos! ¡Girando una hoja de cuchillo, lentamente, en la carótida, para que corriese bien la sangre!

—¿Quiere decir... que los desangraron... vivos?

—Más o menos. Llevo frascos de vísceras en el maletero del coche. De al menos tres de ellos, los más antiguos, no sacaremos nada, pero el análisis de los más recientes aportará elementos interesantes. Con toda probabilidad, estaban completamente borrachos o completamente drogados cuando empezaron a desangrarse.

«Por eso», se dijo Laviolette, «se necesitaba a alguien anodino, discreto, que pase desapercibido... Estas cosas solo me pasan a mí. Los demás tienen siempre casos importantes de

truhanes o proxenetas que aparecen con la tripa acribillada de balas. ¡Pero a mí siempre me tocan estas historias de locos! ¡Desangrados como cerdos! Pero ¡dónde se ha visto eso!».

—¿Cuándo tendremos los resultados de los análisis? —preguntó.

—Voy a entregar los frascos ahora mismo —dijo Rabinovitch—. Para los más sencillos, mañana. Para los más complejos... digamos que en cuatro o cinco días.

—Es decir, para Navidad —dijo Laviolette con amargura.

—Sí, eso es —afirmó Rabinovitch mientras se retiraba—. ¡Para Navidad! ¡Para Navidad! —repitió frotándose las manos.

El mercado estaba en su apogeo cuando bajó. Los corredores no subían más que dos veces al año a Banon, el lunes anterior y el posterior al día de Navidad. El resto del año había que llevarles la cosecha a Forcalquier. El olor habitual de la casa estaba reforzado por el olor reciente de aquella mañana. El perfume de la trufa llegaba por la escalera, al encuentro de Laviolette, como un bloque compacto.

Al fondo de las sombras, cada uno a una mesa, oficiaban dos personajes cuasi míticos: los corredores de trufas. Uno, alto, con monóculo, bastante viejo, se mantenía en forma para las damas, según decía, comiendo dos o tres trufas asadas en ceniza cada mañana. Almacenaba sus compras con precaución en un baúl de mimbre. El otro, de estilo filibustero, enarbolaba una sonrisa de oro. Uno se presentaba ante sus dos hileras de dientes orificados haciéndose pequeño, como Caperucita Roja ante el lobo disfrazado de abuela. Uno desfilaba delante de él, bolsa o cesta en mano, con las nalgas apretadas, sin esperar gran cosa. Sobre todo, los que, sin haber poseído un solo trufero en toda su vida, acudían igual a todos los mercados. Se los reconocía por su rostro cortante, por su aire más desconfiado que el de los propietarios comunes. Se colaban entre un par de grandes productores, con su medio kilo, un kilo a veces, en una bolsa transparente. El corredor con dientes de oro apilaba todo de cualquier manera, tirándolo desde arriba en grandes sacos opacos de transportar pan. Más tarde, para llevarlos al coche, cargaría los sacos a hombros sin miramientos. Sacaba, para pagar poco y mal, una gruesa cartera rugosa que se negaba a deslizarse del bolsillo. A nadie le gustaba, era un estafador. Pero compraba cualquier cosa que le trajeran, grandes y pequeñas, maduras y verdes, mientras que el otro, el del monóculo, siempre ponía pegas. A veces, con su uña suspicaz, arrancaba una esquirla de una trufa hermosa y si la encontraba *emperejilada*, es decir, no muy madura, enseguida bajaba el precio unos treinta o cuarenta francos el kilo.

Laviolette reconoció a todo el mundo en el barullo y allí, en el mostrador, acechándolo como al Mesías, a unos señores bien vestidos, algunos cargados con cámaras de fotos, y que avanzaron hacia él al verlo.

Los tiempos habían cambiado. En su día habían sido treinta haciendo prosperar el negocio de Rosemonde. Hoy, no solo ya no bebían más que zumos de fruta, sino que, además, salvo los tres corresponsales particulares de los diarios regionales, la prensa francesa y extranjera estaba representada únicamente por tres agregados de agencias internacionales. Mañana, tras haberlos reconsiderado y maquillado, venderían sus refritos a los periódicos y semanarios siguiendo el mismo procedimiento, más o menos alargados o recortados con tijera y pegamento. Podía esperarse que la verdad sintonizase con vagas reminiscencias de lectura.

—Señores —dijo Laviolette—, si quieren complacerme, espérenme esta noche en la gendarmería, donde los pondré al tanto de todo. Por el momento, tengo que trabajar.

Fue a mezclarse con los recolectores de trufas y su agradable aroma a colina. Estaba convencido de que alguien, en aquella circunspecta multitud, sabía algo fundamental, algo que no iba a confiar a nadie. Laviolette creía en las ósmosis de las inteligencias. Si un pensamiento, una idea, una obsesión, embargaba a alguno de aquellos hombres, moverse entre ellos tal vez le permitiera impregnarse de ello, estar más o menos informado.

—¡Dejen pasar a la Uillaoude! —exclamó alguien.

Cada cual se apartó galantemente, y quizá con un ápice de pánico, ante la anciana encorvada que apenas les llegaba a los hombros a la cintura, pero que, así replegada, tenía con su bastón una envergadura de un metro cúbico. Desde abajo, su cabeza torcida observaba con una mirada porcina que le helaba a uno la sangre. Meneaba la testuz a cada paso rápido que daba hacia el corredor con los dientes de oro. Nadie reía. La Uillaoude había arrojado su bolsita de trufas al platillo de la balanza romana.

—¡Acércame el astil! —decía con voz agria—. ¡Lo haces a propósito; traes una con el astil tan gastado que no se ven las marcas! ¡Como si no te conociera! ¿Qué dices? ¿No hay más que eso?

—¡Le hago un buen peso, Uillaoude!

Y, en efecto, le redondeaba sus novecientos ochenta gramos a un kilo y le pagaba trescientos veinte francos, el precio de las más hermosas. Y es que no había que bromear con la Uillaoude. Ella misma admitía que en otros tiempos, por «hacer un favor», había echado algunas maldiciones.

—Pero ahora, con el *tomóvil*, la tele, los cohetes... ¡ya no funcionan! Me he jubilado.

Aquella palabra, en su boca, adquiría un temible sentido.

—¡Oh —añadía con despreocupación—, ya volverán! ¡Ya volverán!

—La Uillaoude... —había dicho Laviolette a Rosemonde la primera vez que vio a la anciana—. La Uillaoude debe de ser «la que es rápida como el relámpago», ¿no? ¿Será porque camina muy deprisa?

—No es por eso —respondió Rosemonde—. Le cayó un rayo encima durante la tormenta de 1924 que mató a dos personas. La golpeó en zigzag. Por eso la llaman la Uillaoude.

Aquel día, refunfuñaba ante el corredor por la miseria de trescientos veinte francos que acababa de cobrar.

—¡Concho! ¡Tendría que haber ido a Apt, como mi sobrino! ¡Yo no sé cómo lo hace! ¡Igual tenía diez kilos, el muy bestia!

—¿Y no me los podía vender a mí? —dijo el corredor, ofendido—. ¿Cree que en Apt le van a pagar más?

—¡Ah! Te digo lo que me ha dicho él: «¡Yo me voy a Apt! Me sale más a cuenta».

Volvió la espalda y se marchó, propulsándose a esa velocidad característica que la descarga del rayo debía de haberle otorgado en su día. Los hombres le abrieron paso precipitadamente, hasta los que parecían demasiado inmersos en una conversación guasona como para prestarle atención. Uno de ellos incluso le abrió la puerta con galantería, para que saliera lo antes posible.

La Alta Provenza no se había metido en gastos para acoger a las familias de los muertos. En la plaza, bajo el cielo encapotado, los empleados municipales expulsaban a los coches venidos desde lejos porque ocupaban el sitio de los árboles de Navidad que iban a poner para decorarlos. Las familias se disculpaban casi porque les hubieran matado a sus hijos tan cerca de las fiestas. Y

los empleados dejaban bien claro, con toda su actitud, que era verdad, que era un fastidio, que ellos, a causa de aquellos cinco coches de la plaza, acababan de perder una hora larga buscando a sus propietarios en la gendarmería.

Regresaban, de hecho, con la cabeza gacha. Los dos despachos estaban llenos de gente. Los gendarmes tomaban nota de las identidades. La policía había avisado a toda aquella pobre gente de madrugada. Habían subido a un avión, a sus coches. Habían llegado helados, rendidos, desorientados, desesperados. Reclamaban a su hijo, a su hija, a su sobrina. Querían ver el cuerpo. Los calmaban con buenas palabras. Los dos inspectores y los gendarmes los contenían en su dolor, les pedían detalles, los interrogaban con solicitud. Entre la desgracia y ellos crepitaban máquinas de escribir que amortiguaban los llantos y los gritos de desdicha.

Nadie se había apresurado a llevar a toda aquella gente ante los cadáveres dispuestos con la mayor pulcritud posible en las cajas de madera blanca del carpintero local. El suboficial informaba en voz baja a Laviolette sobre la identidad de los familiares de las víctimas. Estaba el padre Spirageorgevitch, perito contable, con bombín y paraguas de *gentleman* británico; su robusta esposa con gafas, una auténtica torre, que mordía su pañuelo con estoicismo. El padre Ben Amozil, comerciante en el Carreau du Temple, cuyo hijo se había hecho fontanero-cinquero para fastidiarlo, un largo semita que se apretaba la cabeza con las manos sin dejar de sacudirla. Estaba solo. «Divorciado», precisó Viaud. Un gordo español de Irún fue presentado a Laviolette como tío de la desaparecida Incarnation Chinchilla. Parecía más un viudo que un tío. Hubo que esperar la llegada del avión de Londres a Marignane, adonde dos inspectores habían ido a buscar a la madre de Patricia MacAdarash. En cuanto al último muerto, el del congelador, no correspondía a ninguna petición de búsqueda en interés de las familias. No poseía documentación alguna. El registro en el antro de Montsalier no había aportado ningún indicio. El interrogatorio de sus compañeros no había arrojado resultado. Tampoco para los demás cadáveres, de hecho. Los *hippies* vivos se habían repuesto enseguida. A saber, se habían vuelto a quedar mudos de forma definitiva. No habían hecho más que una sola declaración preliminar, debidamente registrada por el escribiente de la sustituta y que se resumía en esto: que tanto les daba vivir que morir y que les escupían moralmente a la cara de todos los policías. Eso era lo que había que entender. Y, de hecho, tenían un último comentario que añadir: que los asesinos son la emanación directa del Estado capitalista que los segrega y que, por consiguiente, son tan víctimas como sus víctimas. Bien. No podían ser retenidos contra su voluntad, máxime cuando apestaban casi tanto como sus congéneres muertos.

Los familiares fueron conducidos al hospital en la Estafette para identificar oficialmente los cuerpos. Todo transcurrió con la mayor discreción del mundo salvo en lo que concierne al español de Irún, quien quiso arrojarse, para abrazarlo estrechamente, sobre el cadáver de su sobrina, que había sido reparada para la ocasión con gran dificultad. Entre las manos de los tres gendarmes que lo agarraban, gritaba palabras de amor entrecortadas a aquella pobre cosa inerte que estaba allí por haber querido huir de él.

Viaud sostuvo a Claire ante el ataúd de su hermano, al que había identificado oficialmente, como había querido hacerlo la noche antes en la necrópolis. Los demás tardaban en responder a la pregunta del policía. Les costaba en ocasiones reconstruir en sentido inverso, hasta al grandullón tan sanamente criado, hasta el brillante alumno del Instituto de Estudios Políticos, hasta a la joven sensual, encantadora, el camino recorrido desde entonces.

A las cuatro todo había terminado. Y los padres pudieron tomar decisiones para llevarse al panteón familiar a aquellos hijos que se les habían escapado. Para entonces Claire ya tenía los

ojos secos. Parecía dura, decidida.

—¿Se marcha? —le preguntó Laviolette.

—No. Me quedo. Él ya no me necesita. Mis tíos se ocuparán del funeral. Yo me quedo. Descubriré al asesino. Lo mataré. Se lo juro. ¡Lo mataré!

—¡Vamos vamos! —dijo Laviolette—. No querría acabar yendo a la cárcel, ¿verdad?

Lo observó con desprecio.

—¡Tenía razón mi hermano al querer huir de esta sociedad!

Como ya se trataba de cadáveres, y no de vagos desaparecidos, el dispositivo policial sacó la artillería pesada. Los gendarmes difundieron descripciones, los inspectores interrogaron a todos los habitantes de Banon, foto en mano: «¿Ha visto a este hombre o a esta muchacha con alguien? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué aspecto tenía la persona con quien estaba hablando? ¿Reconoce esta foto? ¿Habló con usted alguna vez este individuo? ¿Le dijo algo? ¿El qué?».

Existían sesenta preguntas de base, el análisis ulterior de cuyas respuestas permitiría alimentar el dossier a la espera de algo mejor.

A las siete, Laviolette y el suboficial Viaud, cara a cara en el despacho del jefe, se hacían mutuamente estas tres preguntas sin respuesta:

«¿Por qué *hippies*? ¿Por qué colgados por los pies? ¿Por qué desangrados?».

—Cuando podamos —dijo Laviolette— responder correctamente a estas tres preguntas, iremos derechos hasta el culpable. Pero hay otra cosa que me intriga: ¿cómo tenía el asesino una llave del sepulcro? ¿La heredó? ¿Se la entregaron en depósito a sus antepasados?

—Esa llave, en todo caso, acota la cuestión —observó el suboficial Viaud—. Ya sea descendiente, depositario, o la haya fabricado él, el poseedor de la llave es alguien de la región.

—No necesariamente del mismo Banon —dijo Laviolette—. Pero, en todo caso, de las inmediaciones. Pasearse con un cadáver en un vehículo cualquiera no es algo que pueda hacerse sin riesgo durante mucha distancia. Por otra parte, y esto es incontestable, varias personas saben quién posee esa llave.

—Ya solo hay —comentó Viaud, que dibujaba sobre el mapa de Estado Mayor un círculo rojo en torno a Banon—, ya solo hay que trazar círculos cada vez más estrechos en torno al asesino.

—¿Por qué —dijo Laviolette pensativo— iría un habitante de la región a matar vagabundos en condiciones tan horribles?

—¿Un loco? —sugirió el jefe.

—No piensa usted eso, ni yo tampoco. En todo caso, es la versión que mantendremos luego ante los periodistas.

Contemplaba la ampliación fotográfica de los cinco cadáveres alineados sobre el mármol del sepulcro hugonote. No lograba apartar la vista de ellos. El conjunto estaba medido por la cinta de un decámetro que la policía científica había extendido sobre el suelo de forma perpendicular a la cabeza de las víctimas, cosa que atenuaba el horror de la escena confiriéndole un toque arqueológico.

—Qué extraño... —murmuró Laviolette.

Viaud se inclinó por encima de su hombro.

—Mire —dijo Laviolette—, los cadáveres están colocados, me atrevería a decir, en orden cronológico: el primero, Constantin Spirageorgevitch, a sesenta centímetros de la pared del fondo; el segundo, Incarnation Chinchilla, a un metro de Constantin. Ese espacio de un metro existe

también entre Ismaël ben Amozil y Patricia MacAdarash. Pero entonces, ¿por qué el cadáver de Jérémie Piochet, que es el más reciente, se encuentra insertado entre las dos muchachas, en lugar de estar a continuación de Ismaël, puesto que aún quedaba sitio? ¿Por qué lo habrán intercalado?

—Pues es verdad, pero en este asunto hay un montón de cosas desconcertantes. Una más o menos... ¡Tengo una teoría! —exclamó—: Jérémie Piochet amaba a una de las dos chicas, el asesino lo sabía y por una especie de piedad póstuma...

Laviolette dejó errar su mirada penetrante sobre el jefe. Este era un hombre de treinta años, todo fresco y rosado, con una esposa joven y un bebé. Veía el mundo a la luz idílica de su familiar normalidad.

—Debería —dijo Laviolette— comunicarles su sugerente teoría a los periodistas. No acabarían de devanar la madeja.

Viaud sonrió.

—Cualquier explicación humana es plausible —dijo—. Pero, naturalmente, no comunicaremos nuestras observaciones a la prensa. ¿Puedo hacerlos entrar?

—Ya que es absolutamente necesario... —suspiró Laviolette.

18

En los grandes abetos talados para alegrar la plaza, bolas luminosas multicolores y guirnaldas columpiaban su aire festivo al viento de la tormenta. La nieve silbaba a través de sus agujas. Hacía la misma clase de tiempo que en la noche del sábado al domingo precedente.

Durante toda la tarde, habían estado rodando coches fúnebres de color amaranto alrededor de los árboles, preguntando a transeúntes y curiosos el camino al hospital para recoger a su muerto liberado por las autoridades. Cada familia esperaba para seguirlos, para instalar por fin en un auténtico velatorio aquello que, a pesar de todo, había sido la esperanza de su vida.

A causa del mal tiempo, el espectáculo de aquel cortejo fúnebre no atrajo a los habitantes de Banon. A las nueve, cuando Laviolette regresaba de la gendarmería, quedaba poca gente fuera. Cada cual, con los pies calentitos frente a la televisión, soñaba con reconfortantes consuelos de las maternas presentadoras.

Rosemonde recorrió la sala vacía con la mirada.

—Creo —dijo— que por fin vamos a estar solos de nuevo... Con el tiempo que hace... ¿Le sirvo la sopa?

Se retiraba ya para preparársela. Pero volvió.

—A propósito, hace una hora telefoneó su amigo Brèdes.

—¿El marqués? ¿Qué quería?

—Que lo llamase lo antes posible.

Laviolette se dirigió al teléfono y marcó el número.

—¿Eres tú, Laviolette?

—¡Hola, Brèdes! ¿Quieres invitarme al cotillón?

—Lo había pensado, pero no te he llamado por eso. Te he llamado porque me he acordado de una cosa. ¡Oye, esta historia es increíble! ¿Desangrados, estás seguro?

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Laviolette.

—¡Oh! Es muy sencillo. La hija de mi granjera es celadora en el hospital. Esta mañana estaba fregando los lavabos cuando el forense y el matasanos de Banon fueron juntos a mear. Hablaban de su trabajo: «¡Desangrados! ¡Como cerdos!». ¡Se lo contó a su madre! Desde entonces no han dejado de meterse miedo la una a la otra con esa historia.

—¡Cuidado! —gritó Rosemonde desde la cocina—. ¡Si es un secreto, hay interferencias! ¡Cuando nieva en Banon, con todas esas antenas de relé, se oyen todas las conversaciones!

Gritaba para dominar el ruido de fritura de los torreznos que estaba salteando en la sartén, con un hilo de vinagre.

—¿Qué dice tu Rosemonde? —preguntaba Brèdes.

—¡Te manda saludos!

—Bueno, dale un beso de mi parte. Escucha, he hecho una suposición totalmente descabellada: ¡una idea barroca! ¿Recuerdas que el otro día te hablé del libro que me había desaparecido? Pues bien, recuerdo lo que les leía a mis invitados para entretenerlos y...

—¡No digas ni una palabra! —interrumpió Laviolette.

—Pero...

—¡Ni una palabra!

Laviolette tenía veinte años de tablas a sus espaldas. Eso vale más que un radar, que un sonar, que un ordenador... Podía palpar la presencia de Banon en la tumultuosa agitación de la tormenta. Le parecía que había mil auriculares descolgados y que tras cada uno un asesino retenía el aliento.

—¿Las paredes oyen?

—Si solo fueran las paredes... ¡Espera! ¡Quédate donde estás!

—Estoy en mi biblioteca. ¡Tranquilo y con los pies calentitos!

—¡Bueno, pues quédate ahí! ¡Espérame! ¡Voy para allá!

—¿Vienes? ¿Con el tiempo que hace?

—¡Tengo cadenas! ¡No te preocupes! ¡Voy para allá, te digo!

Colgó.

—¡No antes de tomarse un plato de sopa! —dijo Rosemonde.

—¡De eso nada!

—¡Pero si es una crema de acedera con trufa rallada!

—¡Mi pobre Rosemonde! ¡Tendrá que acostumbrarse! ¡Un policía es así! ¡Inasequible al desaliento!

Estaba ya fuera, enmascarado con la bufanda como un tuareg, hasta los ojos, el sombrero calado hasta las orejas, el grueso abrigo abotonado de arriba abajo. La tormenta lo asaltó como si fuera desnudo. El Vedette verde manzana estaba camuflado junto a los plátanos torturados. Pero el Mercedes, sólido como un tanque, no estaba. ¿Dónde podía estar la tremenda Claire con aquel tiempo?

¿Buscaba al asesino?

Ya era noche cerradísima. La poterna de Aires escupía su géiser de nieve, cosa que para nosotros significa que los elementos nos van a dar la del pulpo. Laviolette se sentó al volante. «Tendrías que haberte liado un pitillo cuando tenías tiempo», se dijo. «¡Antes de enterarte! ¡Ahora ya, a toda pastilla!».

Mientras bajaba hacia Dauban, entre las blandas garras de la nieve que obstruía el parabrisas, se repetía las nociones básicas: «Una declaración debe tomarse en el plazo más corto posible. Si es posible, inmediatamente después de los hechos, antes de que se borre la reciente impresión del testigo...».

La tormenta subía hacia Val-Martine, hacia las colinas de fósiles del Revest-des-Brousses. Barría las tierras de Dauban como el valle de una ola, antes de ir a estrellar sus asaltos contra las estribaciones de Vachères, donde mugían los castañares de Gordes. Eran gruesas nubes negras arrancadas a la gran borrasca centrada en Escandinavia, que el viento traía hasta nosotros en forma de cintas profundamente desgarradas. A veces, en los agujeros del cielo encapotado, se desvelaba la Osa acostada sobre Lure, o en ocasiones el cinturón de Orión. Pero todo volvía a

cerrarse de golpe y los depósitos de nieve se arrastraban entonces a ras de suelo.

Tras el ronroneo de los ocho cilindros, Laviolette traqueteaba sobre el fúnebre reguero de sus cadenas. Pero, gracias a esa precaución, pudo cruzar sin problemas el flanco helado que desembocaba en el Saint-Laurent. Los pensamientos del comisario distaban mucho de ser alegres.

«El asesino se enteró a la vez que yo y que todo Banon del descubrimiento de los cuerpos. Sabe que sabemos, por la autopsia, todo lo relativo a ellos... Desde entonces anda buscando qué detalle o qué testigo puede llevarnos hasta él. Es al menos tan inteligente como Brèdes y como yo. Puede que Brèdes haya construido una teoría errónea, pero tal vez sea correcta. Yo estoy totalmente perdido, pero el asesino sabe si lo que Brèdes supone es una amenaza para él o no. Aunque no se haya enterado, por los huecos de la red telefónica de Banon, de la primera llamada a Rosemonde, ha tenido todo el día para suponer que Brèdes iba a llamarme. Por consiguiente...».

Distinguió, más allá del estanque, en la cañada de Aubenas, las luces de los granjeros de Brèdes, a trecientos metros de distancia. Al mismo tiempo tomaba el camino de tierra, más allá de los cuatro inmensos cedros de ramas hinchadas como velas áuricas. La tormenta, en sus profundidades, bramaba con toda el alma.

Más allá del cortinaje de árboles, las luces del Vedette revelaron el césped segado y sus bancos oxidados, en los que ya nadie se sentaba desde la muerte del anciano marqués, diez años antes.

Brèdes había tenido la buena idea de iluminar *a giorno* la galería cubierta que rodeaba la casa solariega. La nieve desordenada desgarraba sus sábanas de fantasma en los aleros de tejeroz de cuatro hileras del criadero de gusanos de seda.

Laviolette se estacionó cerca de los peldaños cóncavos que presidían la galería. Cerró la puerta del coche de un golpe. Puso el pie sobre el primer peldaño. Entonces todo se apagó.

—¡Mierda!

Ya no distinguía siquiera la punta de sus zapatos, siquiera los reflectores del Vedette, siquiera las lamparillas de la granja lejana donde una nube baja reventaba. Estaba seguro de que se partía la cara si regresaba al coche, a apenas seis metros de distancia.

—¡Brèdes! —gritó a pleno pulmón—. ¡Da la luz!

No obtuvo más que la profunda respuesta de los cedros que resistían al viento como estraves de navío.

—¡Brèdes!

Desde aquellas primeras llamadas sin respuesta la angustia se apoderó de él. Lamentó haber ido solo. Percibió un olor a motor caliente estancado a ras de suelo que no era de su vehículo. Con el brazo extendido, buscó a tientas su coche. Si no daba con él, aun por cincuenta centímetros, empezaría a andar en círculos en aquella noche que transformaba el risueño campo en desierto compacto.

Todo estaba en la guantera: su mechero, su petaca, una linterna vieja que rezaba por que funcionase todavía. Encontró el Vedette. Con la rodilla contra el parachoques.

—¡Mierda! —gimió.

Dio la luz del techo, encontró la linterna y la encendió.

Proporcionó una claridad amarilla, moribunda, limitada a dos peldaños de piedra ante los pasos de Laviolette.

—¡Brèdes!

La puerta del largo corredor estaba abierta de par en par, la nieve entraba con desenvoltura. Laviolette avanzó hacia ella. Una humareda de chimenea alterada por el viento flotaba allí, aderezada con otro olor.

—¡Brèdes!

Justo cuando lo llamó la linterna se apagó de golpe. Pero se percató entonces de que un fulgor difuso nacía por la izquierda, hacia la estancia donde había comido el otro día y cuya puerta estaba también abierta de par en par. Entró y vio que algunos tizones ya calcinados morían al fondo del hogar.

La claridad no procedía de ellos, sino del fuego de la biblioteca, desde la puerta baja también abierta. Quiso lanzarse hacia aquella salida, pero un banco le obstruyó el paso. En lo que le llevó agarrarse la rodilla y gritar «¡Hostia puta!», algo surgió ante las llamas y distinguió a su amigo tumbado bocabajo junto al facistol. Vio que sus manos trataban de agarrarse a algo. Oyó salir de él un curioso gorgoteo de botella que se vacía.

Le dio la vuelta con viveza. A la luz del fuego vio la fuente roja de la carótida seccionada como en una pesadilla. Brèdes tenía los ojos abiertos. Laviolette tanteó durante dos segundos. Su pulgar buscó el agujero de la arteria —hacía treinta años que no había hecho ese gesto—, penetró profundamente en ella, la taponó. Simultáneamente pasó su brazo libre bajo la nuca de su amigo para sujetarlo.

Mientras ejecutaba aquellos gestos precisos sintió como un roce de reptil que se deslizaba en torno suyo. Alguien observaba, alguien hacía cálculos. De pronto, a la luz de los destellos agonizantes de los tizones que en el hogar fulguraban, una masa oscura se perfiló bajo el quicio bajo, en la entrada de la biblioteca. Se fue revelando poco a poco al otro lado del pasillo.

Era una forma compacta, sin cuello, sin hombros, sin cabeza, cubierta hasta la cintura por una rejilla negra bordada de pústulas como ropaje de viuda. Laviolette, cabeza en alto, sabía que su mirada se cruzaba con la del asesino, profundamente perdida bajo la sombra del velo. Hubo un suspiro de lamento contenido y la aparición se esfumó. Luego unos pasos extraños se deslizaron por el largo corredor. Pasos danzantes que recorrían rápidamente su camino sin importarles la oscuridad.

Laviolette tuvo tiempo de medir su impotencia. Si quitaba el pulgar de la arteria, si liberaba la carótida, los cuatro litros y medio de sangre que aún debía de conservar su amigo se vaciarían de golpe en dos minutos, en ciento veinte pulsaciones. Oyó en las intermitencias del viento un motor recalcitrante al que le costaba arrancar. Percibió maniobras torpes y luego, al fin, el coche, que se alejaba. Treinta segundos, cuarenta segundos... En el reflejo de las llamas distinguía el segundero de su reloj, que avanzaba a sacudidas.

—¿Me oyes? —dijo.

Miraba fijamente aquellos ojos ya resignados. Brèdes parpadeó.

—¿Quién ha sido? —le preguntó Laviolette—. ¡Lo sabes! ¿Quién ha sido? ¡Hazme alguna señal! ¡Un parpadeo por letra del alfabeto!

Comenzó muy lentamente.

Pero Laviolette pensó que el riego cerebral ya estaba interrumpido, que en torno a la arteria abierta los capilares y vasos auxiliares serían insuficientes, no tendrían tiempo de organizarse, de completar. Sesenta segundos. Jamás podría, en aquella postura, con el peso de aquel cuerpo, arrastrarse hasta el teléfono del despacho. Estaba tan atrapado, tan atado de pies y manos, en una situación sin piedad junto a aquel fuego acogedor, como lo habría estado sujetando a un

moribundo contra una pared vertical a cuatro mil metros de altitud.

Contó los parpadeos. En la F Brèdes perdió el conocimiento.

Entonces, centímetro a centímetro, jadeando de esfuerzo como una foca, Laviolette se puso en movimiento para llevar a cuestas a su amigo con un solo brazo y con el otro inmovilizado por la necesidad de comprimir la arteria. Se arrastraba de rodillas. Arrastraba a su amigo bajo él, de baldosa en baldosa, pidiéndole perdón a cada instante. Delante de la puerta cerrada del despacho estuvo a punto de renunciar. Allí estaba, miserablemente plegado en dos. En una posición tal que el picaporte le era inaccesible. Tanteaba con una sola mano. Al fin lo encontró. Se reanudó la lenta reptación a la luz del vago fulgor indirecto del hogar de la biblioteca. El teléfono relucía sobre una consola, a más de metro y medio del suelo. Enredado en su abrigo, Laviolette tuvo que levantar el peso de su amigo con un solo brazo, a lo largo de la mesa, para poder desplegarse un poco y acercarse así al aparato. Y seguía teniendo ante los ojos la esfera fosforescente de su reloj y el alegre segundero. Clavó las rodillas bajo las axilas de Brèdes, desmadejado como un títere. A ciegas, palpando los agujeros del disco, con espasmos en la mano, llamó a la gendarmería.

Cuando Viaud y tres de sus hombres, armados con potentes linternas, se abalanzaron fuera de la Estafette, Laviolette apenas tuvo fuerzas para gritar:

—¡Por aquí!

Lo encontraron aturdido, doblado en dos, con el pulgar aún metido en la carótida de su amigo. Jadeaba con la boca abierta como un anciano al que le estuviera dando un ataque.

Viaud se inclinó sobre el cuerpo de Brèdes.

—¡Está muerto! —anunció.

Miró a Laviolette, que no lo oía y seguía clavando firmemente el pulgar en el cuerpo de su amigo.

—¡No es posible! —murmuró al fin—. ¡He hecho lo que he podido! ¡He hecho todo lo que he podido! ¡Nadie podría haber hecho más!

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas de tipo duro.

Viaud le tomó suavemente el brazo para arrancarlo a su posición. Se oyó un ruido de cañería al desatascarse.

Un caparazón de sangre enfundaba la mano de Laviolette como un guante de pesadilla.

19

—Ese libro que estaba en el facistol, ese libro que quería usted quemar porque le olía a chamusquina, ¿se acuerda? ¿Cómo se llamaba?

La granjera, lúgubre y rígida, miraba de frente a Laviolette. Su hija, la que había oído en el hospital la conversación de los médicos, la sostenía con todo su peso de mujer sana. El marido, como todos los campesinos de aquí en diciembre, estaba en las tierras, desenterrando trufas.

—¡Lo sabía! —dijo la granjera—. Sabía que había que quemarlo. ¡Le hacía gracia cuando se lo decía! ¡Que Dios lo ayude!

Era su grito de montaraz asediada por la desgracia. Era palpable que había querido a Brèdes más que a su familia, como a una institución.

—¡Mamá —exclamó suavemente la hija—, el tiempo apremia! ¡Diles el nombre del libro!

—*El Gran Alberto* —dijo en un soplo.

Laviolette buscó en su mente lo que le recordaba aquel título... Sí. Eso era. Alberto Magno, alquimista del siglo XIII. Se había abusado de su nombre para endilgarle decenas de tratados de hechicería en todas las lenguas europeas. ¿Qué escondía aquel? ¿Quién poseía uno? ¿Cómo hacerse con el ejemplar idéntico en el que buscar un elemento que condujera a la solución del problema?

Viaud y sus dos gendarmes ya se habían levantado. Estaban doblando la transcripción de la declaración de la granjera. Ni ella ni su marido ni su hija habían oído nada. Los perros no habían ladrado. Hay que decir que más de trescientos metros separaban la casa solariega de la granja.

Arriba, en el criadero de gusanos, la policía científica y los inspectores registraban la casa en busca del libro o de cualquier otro indicio.

Laviolette vacilaba en activar el inmenso aparato judicial y policial que iba a ser necesario poner en marcha para encontrar, en una biblioteca cualquiera, al hermano de aquel libro. Y aun así..., ¿cómo estar seguro de que era su hermano? ¿Cómo hacer compartir aquella certeza al increíble número de escépticos que vacilarían en implicarse en el caso por miedo al ridículo? ¡Un grimorio! ¡Quita, por Dios! La Biblioteca Nacional, la Mazarine... Registrar todos los antiguos fondos de Francia y de Navarra, sondear sus listas a menudo incompletas... ¡Lástima! ¡Qué se le iba a hacer! Tendió a Viaud un texto para difundir a todas las policías, a todas las brigadas.

Llamó desde el teléfono de la granja a las altas esferas para justificar sus averiguaciones en la medida de lo posible. No había prácticamente ningún otro indicio más que aquel tenue hilo y la vaga descripción de un coche provisto de cadenas, la otra noche, en la plaza de Banon. Fue al salir al aire fresco de la madrugada cuando el recuerdo de su amigo lo asaltó. Arrugó el papel de fumar y lo tiró al suelo sin llenarlo.

—¡Es demasiado estúpido! —profirió—. ¡Haber visto tantas cosas! ¡Haber corrido tantos peligros! ¡Y que la muerte lo acabe agarrando en Vachères! ¡En medio de tanta calma! ¡Y esa carnicería! ¡Si al menos yo hubiese prestado atención!

Trató de reconstruir su último encuentro. Repasó en su cabeza toda la conversación sobre el libro, su descubrimiento en el facistol, su desaparición... Toda la conversación... Es difícil recordar una charla sin orden ni concierto, en el bienestar de una tarde en que, sin nada más que hacer, uno calienta suavemente una copa de coñac *fine champagne* entre las manos...

Puso la mano sobre el brazo de Viaud, que ya se iba a difundir las instrucciones.

—¡Espere! —exclamó—. ¡Estoy juntando piezas! Discúlpeme. No basta solo con pensar. Tengo que ir en busca de las ideas mientras hablo, como las gentes del pueblo. Es un pensamiento de Stendhal, más o menos... ¡Espere! Me dijo... Me habló del Bébé Fabre, alguien de nuestra infancia a quien conocíamos bien... Su padre, en Brèdes, había encontrado el libro en un facistol que le había comprado al tal Bébé... Espere, en el año treinta... En el treinta, me dijo...

De pronto crispó los dedos en la manga del jefe.

—¡Ya está! ¡Eso es! «¡Tengo otro!»». ¡Eso es lo que el Bébé Fabre respondió al padre de Brèdes cuando este le propuso restituir el libro! «¡Tengo otro! ¡Tengo otro!»».

—¡Hace cuarenta y cinco años! —dijo Viaud desconcertado.

—¡Cuarenta y cinco años! —repitió Laviolette—. ¿Qué son cuarenta y cinco años para un libro? Son las personas las que pasan y se sustituyen. ¡No se imagina usted la cantidad de cosas que pueden no cambiar en cuarenta y cinco años! ¡Jefe, lléveme a Manosque! ¡En la Estafette!

—Está usted piripi, comisario, sin faltarle al respeto...

—No me debe usted ningún respeto. ¡Soy un viejo estúpido! ¡He dejado que maten a mi amigo por esclerosis cerebral! Lléveme a Manosque por voluntad propia si no quiere que se lo ordene. Dormiré en la Estafette, en la camilla reglamentaria. ¡Y tenga! ¡Mi petaca! ¿Sabe usted liar?

Viaud sonrió.

—¡Uno aprende casi de todo en la gendarmería!

—¡Pues hala, líeme uno! A mí no me quedan fuerzas... Yo le daré el lametazo final.

Se tumbó en la camilla de la Estafette. Viaud, misericordioso, le retiró el cigarrillo de la boca antes de que se le cayera en la corbata. Se durmió en medio de esta orden que repetía hasta la saciedad: «¡A toda pastilla! ¡A toda pas...!».

Retrasados por el camión de Puentes y Caminos, que despejaba los ventisqueros, llegaron a Manosque sobre las diez. Era una ciudad tan atestada de coches, con semejante anárquico desorden en sus calles estrechas, que a la Estafette le resultaba imposible pasar.

Despertaron a Laviolette, que dormía con la boca abierta y haciendo un trabajoso ruido de piedra de afilar. Se despejó de inmediato. Se orientó. Guió a los gendarmes hacia el río Aubette por la esquina de la calle Chacundier. Por el camino les señaló triunfalmente, calle Danton abajo, una especie de conejera de ladrillo rojo, cerrada por una puerta con pestillo, con la base en andrajos, como una mendiga.

—Ya lo ven: ¡cuarenta y cinco años! ¡Ya lo ven! ¡Cuando me mandaban de vacaciones aquí, a casa de mi abuela, me encontraba con una niña de diez años, adorablemente precoz, que intentaba con todas sus fuerzas despertarme la pilila! ¡Pobrecita! ¡Yo tenía siete años! ¡Y era ahí! ¡En esa cabaña! Sobre una piedra grande que todavía debe de existir. ¡Se sentaba encima y me hacía ponerme de pie delante de ella! ¡Y miren! ¡La puerta! Es la misma: ¡no tiene ni una arruga! ¡Ya

estaba igual de carcomida! Y los ladrillos, igual de deteriorados: ¡reconozco esa rotura que parece una berenjena! ¡Cuarenta y cinco años! ¿Ven lo que son cuarenta y cinco años?

Pero una abadía no es una conejera...

Algún alcalde había visto un día a algún esteta extasiarse con los aleros de tejaro de cuatro hileras de aquel convento, utilizado durante medio siglo por el Bébé Fabre como leonera. A los alcaldes les molesta que se admire lo que no comprenden. Este era particularmente puntilloso sobre el tema. A partir de entonces tuvo aquella obra de arte en el punto de mira y se prometió que a la primera ocasión...

Laviolette, desorientado, buscaba algún rastro de su infancia en aquella terraza de mosaicos, congestionada de coches grandes.

Vio a un anciano en un banco que dibujaba y borraba arabescos incansablemente con un bastón que paseaba sobre el polvo.

—Aquí existía antes un convento, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¡Queda incluso un pedazo!

Señalaba grandes muros enlucidos y ligeramente combados.

—Y el árbol.

Laviolette se dio la vuelta. No se habían atrevido a tocar el sicomoro que inclinaba hacia los tejados los nudos masivos de sus músculos de madera. Pero el resto, la tracería del claustro, los ángeles de la anunciación del siglo XII que antaño se enmohecían a la sombra de las altas murallas, todo había servido de terraplén para asentar la plataforma de aquel coqueto aparcamiento electoral. Con todo, se había perpetuado el recuerdo de la masacre mediante una hermosa cimbra neoprovenzal cubierta de tejas nuevas, de donde colgaba un farol de forja.

—¿Conoció usted al Bébé Fabre? —preguntó Laviolette.

—¡Claro que lo conocí! ¡Aún vive su hermana!

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Su hermana?

—¡Sí! ¡Su hermana! Era hermana de leche de mi pobre madre. ¡Va para ciento dos años! ¡Le han dejado un pedazo del convento, que sin eso se habría muerto! ¡Mire! Es allí: ¡en esa puerta baja! ¡Justo al lado de la cimbra! ¡La criada le abrirá! ¡No tiene más que llamar fuerte a la puerta!

—¡Se lo dije! —clamaba Laviolette a los gendarmes—. ¡Cuarenta y cinco años no son nada!

Algunas mujeres con capachos se detenían curiosas para observar aquel despliegue de gendarmes.

Fueron a llamar a la poterna. El batiente compacto, sin florituras superfluas, no cerraba del todo desde hacía tiempo. La mano de Fátima, tres veces alzada, perturbó rumores lejanos en las profundidades de las murallas. Comenzaron a subir una de esas escaleras hechas para presidir cincuenta estancias y doscientos metros de corredores helados. Le habían amputado tres cuartas partes de lo que era suyo.

Alguien, arriba, se desgañitaba gritando que entrasen y subiesen. Vieron al fin una cabeza de planos arrasados por la desgracia, con ojeras que le llegaban hasta las aletas de la nariz y que, inclinada al nivel de los balaustres, resultaba muy impresionante.

—¡Suban, señores, suban! —repetía aquella cabeza como cortada—. ¡No tengan miedo! ¡Soy el ama de llaves!

Debía de saber el efecto que causaba, pero estaba encantada de semejante imprevisto: tres ágiles gendarmes en fila india y, a considerable distancia, un individuo imponente, con abrigo y

bufanda, que los seguía.

Los precedió, como le pidieron, hasta una puerta pequeñita, oculta, en el rincón de un tabique blanco y que cortaba el metro y medio de espesor de la pared. Se metieron por ella como en un túnel, los dos gendarmes más altos un poco agachados para evitar el frontón.

Era una cocina que olía a pimienta. La centenaria estaba sentada en una simple silla, con los codos bien calzados sobre el hule de la mesa redonda.

A los ciento dos años, uno está liso, como el marfil que se ha puesto amarillo. Parece que la erosión del aire haya tenido tiempo de ejercer su imperio, cuando de costumbre se suele ver truncada por la deplorable brevedad de la vida humana.

La anciana tenía la espalda como un báculo pastoral, pero el ojo vivo y curioso. Estaba completamente calva, sin un solo pelo, salvo por dos puntas ralas de bigote a lo chino, que se humedecían en las comisuras de su boca hundida.

«Habríamos podido matarla apareciendo los cuatro de esta forma. Esta simple visita, con cuatro gendarmes, tiene un aire furioso de redada».

—¡Entren, señores! ¡Entren! ¡No he puesto un pie fuera de casa desde hace quince años, pero sé todo lo que pasa! ¡Todo lo que pasa!

—¿Oye? —murmuró Laviolette a la solterona que había tenido desgracias y utilizaba restos de cariño no empleado en velar por aquella catedral.

—¿Cómo? —dijo ella.

—¿Y por qué quiere usted que no oiga? —profirió la centenaria.

Su voz se modulaba en un arpegio de cristal roto, como si saliera de una caja de música.

—Señora —dijo Laviolette—, he venido a hablarle de una historia muy antigua...

En el desván, los libros dormían su sueño eterno. Cuando la biblioteca del Bébé había sido derribada, como todo lo demás, los habían dejado allí esparcidos, sueltos. Llenaban viejos baúles, artesas, retortas e incluso un curiosísimo ataúd negro sin tapa con seis empuñaduras decoradas de águilas bicéfalas.

El viento de los conventos muertos soplaba en el armazón y el rumor anacrónico de la ciudad moderna sonaba allí sin importancia real, en torno a aquellas viguetas de cuatrocientos años impregnadas de un olor a monja con hábito de faya que nada había logrado destruir.

Los gendarmes volcaban las cajas, compulsaban, exclamaban.

—No se dejen distraer —decía el jefe Viaud, que también rebuscaba en su rincón—. Buscan solo una cosa: *El Gran Alberto*. Y recuerden lo que ha dicho la vieja: ¡no es un libro grande y pasa desapercibido!

El rumor de la ciudad se había atenuado y el cielo oscurecido cuando dieron con él. Viaud lo descubrió, discretísimo, marrón, de un marrón de mugre y pobreza, en el cajón de una cómoda ventrada, debajo de dos mil cartas de amor atadas con cintas rosas y azules y que apestaban a muerte más que un viejo cementerio. Debían de haber sido compradas con el propio mueble y estar durmiendo allí desde entonces. Bébé Fabre, sin duda, había guardado debajo *El Gran Alberto*, aquel libro que tenía algún valor, y se había olvidado de él.

Allí estaban, los tres gendarmes y Laviolette, inclinados sobre aquel libro mugriento. Olía al hollín de la chimenea sobre cuya repisa había debido de pasar la mejor parte de su vida, entre el reloj de pared y el salero.

Laviolette suspiró y se lo metió en el bolsillo. Viaud fue a entregar un recibo en debida forma a la centenaria.

Volvieron a la Estafette. Laviolette se tendió en la camilla y acto seguido se durmió. Pero su mano no soltaba el librito.

En Banon era noche cerrada. La gendarmería brillaba con todas las luces encendidas. En la oficina de correspondencia, cuatro gendarmes y los inspectores Guyot y Leprince, nombrados para asistir a Laviolette, estaban aplicadamente inclinados en torno a la gran mesa central.

—¡Ah! —exclamó Laviolette ante aquel espectáculo—. ¡Esta estrecha colaboración entre la Gendarmería Nacional y la Policía Judicial es un primor! ¡Habría que sacar una foto!

Se volvieron todos ante aquel apóstrofe.

—¡Jefe! ¡Venga a ver! —dijo el sargento—. ¡Creo que tenemos algo! ¿No los ha retrasado un ventisquero, esta mañana?

—Sí, pero...

—¿Justo después de Capitaine? ¿En la cara norte de La Ramade? ¿Antes de Vachères?

—Justo antes —dijo Viaud—, exacto.

—Ya estaba allí anoche a las nueve. ¡Tenemos el testimonio de un recolector de huevos que no pudo pasar!

—¡Ah! Bueno —dijo Viaud mientras se sentaba y se quitaba el quepis.

El otro pareció algo desconcertado por aquella indiferencia. Viaud se percató.

—¿Quiere decir que el asesino no pudo venir de más allá de Vachères? No es un indicio determinante.

—¡Espere, jefe! Es precisamente lo que estábamos aclarando cuando ha entrado usted. Si quiere echar un vistazo...

Viaud se acercó. Su sargento, regla en mano, le iba señalando puntos a medida que los nombraba:

—Todos los testimonios concuerdan —dijo—, y también el registro de intervenciones de Puentes y Caminos que hemos consultado: ayer por la noche, una hora antes del crimen, todas las carreteras que llevan al criadero estaban bloqueadas por ventisqueros, salvo la que lleva de vuelta a Banon.

Viaud quiso hablar.

—¡Pero en torno al mismo Banon —prosiguió el sargento— todas las carreteras también estaban bloqueadas! Mire, hemos puesto cruces en todos los lugares donde se formó un ventisquero: ¡en la N 440, al norte, en la horquilla de Brioux; en la N 550, al sur, en los desfiladeros de Mares Basses; en el camino forestal de la Biscarle; en la D 5, hacia el Clos du Gardon; en la D 51 y la D 201, a la altura de Riaille; en la D 12 en Grand-Valernes, junto a la destilería! Ello significa que Banon y la escena del crimen estaban rodeados de ventisqueros. ¡Y, por lo tanto —acabó triunfante—, que el asesino no pudo venir más que de Banon!

—¡Salvo —objetó Laviolette— si se había escondido bajo los cedros del criadero antes de la formación de los ventisqueros!

—¡En ese caso —replicó el sargento con viveza— se habría quedado atascado en uno al huir después de cometer el crimen! ¡No habría corrido el riesgo de esperar a esta mañana para que lo desalojasen! De modo que habría dado media vuelta hacia Banon. No tardaremos en saber si

algún foráneo tuvo que pasar la noche aquí a causa de los ventisqueros. ¡Alguien lo habrá visto, o ayer por la noche, o esta mañana temprano!

—Ya sospechábamos que el culpable está en Banon —dijo Viaud—. Su razonamiento es correcto, pero no adelantamos gran cosa con ello.

—¡Espere! —dijo el inspector Guyot—. Hay una concatenación de hechos: esta mañana, bajo los cedros del criadero, el suelo estaba helado, pero anoche aún estaba lo bastante blando como para conservar huellas de neumáticos. Las condiciones eran, pues, ideales para proceder a hacer constataciones. Descubrimos las marcas de un coche con cadenas. El conductor hizo varias maniobras, tal vez con la esperanza de disimular su rastro. No sospechaba que con ello nos iba a facilitar las cosas. En efecto, estos señores —dijo señalando a los gendarmes— nos han hecho constatar (tienen la costumbre de hacerlo) que es muy fácil determinar la circunferencia de las ruedas midiendo la distancia que separa dos huellas del gancho de las cadenas. ¿Me sigue?

—Perfectamente —dijo Laviolette, que comenzaba a percibir algo.

—¡Entonces! Hemos medido la distancia entre las huellas de los ganchos. Hemos calculado la circunferencia de la rueda. Después hemos medido la separación entre las dos huellas delanteras y luego entre las dos traseras y, por fin, fue un poco más difícil, pero la huella de los ganchos de las cadenas nos ayudó, la distancia entre el eje de la rueda delantera y la trasera.

El sargento, un joven de menos de treinta años que ya no podía más del entusiasmo, le cortó la palabra al inspector Guyot.

—También hemos podido medir la profundidad de las huellas dejadas respectivamente por la parte delantera y trasera, y esta es nuestra profunda convicción: solo puede tratarse de un 4C V.

—O, lo que es lo mismo —continuó el flemático inspector—, que dado que los ventisqueros impedían el acceso a Banon y a la escena del crimen, las huellas del 4CV halladas bajo los cedros son obligatoriamente las de un coche que pasó la noche de ayer, noche del 21 al 22 de diciembre, en Banon o en alguna aldea o granja aledañas. Puede haberse marchado después de que se despejasen las carreteras, pero tuvo que estar aquí antes.

—Los testigos Bec y Biscarle vacilaron en su descripción —dijo Viaud—. ¿Se acuerdan? La noche en que se depositó al *hippy* en el congelador creyeron ver dar la vuelta en la plaza a un Volkswagen o a un 4CV...

—Esos coches viejos —dijo Guyot— siempre han tenido que estar en un momento dado a la merced de un mecánico que fuerza la rosca del tapón del depósito de aceite en lugar de apretarlo a mano. Resultado: una mínima pérdida de aceite. Esta no es una excepción. Había, bajo los cedros donde estuvo estacionado, una pequeña, ¡oh!, pequeñísima mancha de aceite en la tierra. Hemos tomado una muestra para analizarla.

—¿La policía científica ya la tiene? —preguntó Laviolette.

—Se la han llevado esta mañana.

—Pero —dijo un gendarme— yo creía que actualmente todos los aceites eran iguales.

El inspector Guyot esbozó una leve sonrisa.

—Todos los aceites nuevos... —dijo—. Pero nuestros laboratorios serán capaces de comparar el grado de desgaste de esa muestra con las que iremos tomando de cierta cantidad de 4CV a medida que avance la investigación.

El jefe Viaud dejó escapar un enorme suspiro.

—¡Bueno! El procedimiento está claro: hacer una lista de todos los 4CV de Banon e

inmediaciones. Pedir órdenes de registro para cada uno de ellos. Comprobar la coartada de cada uno de los propietarios...

—Tomar muestras de aceite de todos los motores. Pero ¿realmente cree usted que quedan tantos coches viejos de esos en Banon?

—Circulan bastantes —contestó Viaud—. En parte por cuestión de economía, y en parte por demostrar que uno es buen conductor y que es capaz de conducir el mismo coche durante veinte años; en parte también por miedo a Hacienda, y la mayoría de las veces para dejarle el coche bueno a la señora.

—Una docena, tal vez —dijo el sargento.

—Tratemos —propuso Laviolette— de no fundar demasiadas esperanzas en esto. El propietario puede haberle prestado su coche a alguien. Pueden habérselo robado por la noche y haberlo devuelto por la mañana. En cuanto al análisis del aceite... Ya me imagino lo que un abogado podría sacar de eso en los tribunales...

—¿Por qué no se sienta, señor comisario? —le invitó el sargento.

—Discúlpeme —respondió Laviolette—. Si me siento, me quedo dormido...

Dos gendarmes habían salido ya hacia la oficina de comunicaciones para sacar del fichero central todos los tipos de 4CV, marca Renault, matriculados en Banon.

—¡No! —dijo Laviolette—. Créanme, señores, ¡la verdad está aquí dentro!

Agitó ante él el libro marrón que no había perdido el olor a hollín.

—Voy a ponerme con él ahora mismo, de hecho...

—Pediré que lo acompañen —dijo Viaud.

—¿Está de broma? Hay quinientos metros...

Se marchó. Los gendarmes y los inspectores permanecían en silencio. Cuando estuvieron seguros de que Laviolette se había ido, todos aquellos hombres, ninguno de los cuales alcanzaba los treinta y cinco años, suspiraron.

—¿Cuánto ha dormido desde hace tres días, según ustedes? —dijo Viaud.

—No lo sé: cinco, seis horas...

—Más dos medias horas en la Estafette. Apuesto a que...

—Es inútil —sostuvo Guyot—. ¿Saben cuál es su máxima? «“A toda pastilla” y “ahora mismo” son las dos tetas de la policía». ¡Cuando está con un caso hay que arrancarlo pedazo a pedazo, como una garrapata de la piel de un perro! ¡Y, además, le acaban de matar a un amigo!

—Pues a mí me gustaría —dijo Viaud— quitarle el asunto de la cabeza.

Se dirigió a la oficina de comunicaciones. Lo que él tampoco dijo fue que, desde hacía tres días, apenas había dormido una hora más que Laviolette.

De haberlo juzgado por su aspecto, cualquier patrulla habría arrestado a Laviolette. Arrastraba los pies, se tambaleaba ligeramente de árbol en árbol, sin llegar a tocarlos. Varios de esos hipotéticos 4CV caracolearon por la plaza, lo rozaron, orientándose para regresar a casa, todos acompañados por ese fúnebre ruido de cadenas: «Tacataca... Tacataca...».

Rosemonde esperaba con el puño bajo la barbilla.

—¡Vaya! ¡Mira qué pintas!

—¿Se han marchado todos?

—¿Cómo que todos?

—Los que echan la partida.

—Pues claro, son las once. ¡Y fíjese! ¡Mire! ¡Está volviendo a nevar!

—Como yo —dijo Laviolette—. Lástima, me habría encantado hablar con esos señores.

Rosemonde se encogió de hombros.

—¡Le habría encantado! Como no lo ayude a subir la escalera, no llegará al piso de arriba.

—¡Rosemonde de mi corazón! Y no se lo digo en broma. Jamás en mi vida me había complacido tanto volver a una casa. Es porque está usted en ella...

—No sabe lo que dice...

Laviolette meneó la cabeza.

—Es desinteresado —dijo—. Es porque, ya verá como lo entiende... Me han matado a un amigo. ¿Lo sabía, que me han matado a un amigo?

—Sé que han vuelto a matar a alguien.

—Pues bien, me va usted a ayudar. Todavía tengo una cosa que hacer esta noche.

—Siéntese. Le haré un café bien cargado.

—Lo tomaré con gusto. Sin sentarme. Como me siente, me quedo dormido.

Fue a apoyarse en la repisa de la chimenea, acercó la luz, abrió el libro y comenzó a hojearlo. Apenas se tenía en pie. Rosemonde lo vigilaba atentamente, dispuesta a agarrarlo por el cogote si llegaba a caerse. El libro cada vez exudaba más olor a hollín, el hollín de las chimeneas en las que ardieron guñapos y cosas innombrables, cuyo recuerdo está sellado en los panteones familiares. Laviolette, sin vergüenza, pasaba las páginas chupándose el pulgar. Notaba un sabor de víbora estofada, sazonado por ese fondo de toronjil con el que lo camuflaban las brujas de antaño. Rosemonde se había echado atrás ligeramente.

De pronto lo oyó emitir un enorme suspiro. Se irguió levemente. Se atenuó la fatiga en sus rasgos, pero su rostro mostraba una horrible sorpresa. Y no se le borró la expresión hasta que cerró el libro.

—Rosemonde, ya lo sé... —dijo sencillamente.

Se acercó al teléfono. Sacó una libreta del bolsillo, buscó un número. Lo marcó en el disco.

—¿Aló? ¡Combassive! ¡Sí, soy yo y a estas horas! Y te llamo a tu casa, sí: ¿estás viendo la tele? No, discúlpame, era una broma. Verás: necesito dos órdenes de registro. Yo no puedo conseguir las aquí, pero tú sí puedes. ¿El juez? Pues lo despiertas... En Digne. Se volverá a dormir enseguida. Que me las traigan en la Estafette. Sí: lo antes posible. Es para un registro... ¿Cuántos...?

Cubrió el auricular.

—Rosemonde, ¿cuántos propietarios truferos hay en Banon?

Rosemonde hizo un gesto de ignorancia.

—¿Treinta? ¿Cuarenta? —aventuró.

—¡Cincuenta! —dijo Laviolette al aparato—. ¡Que no! ¡Me muerdo de sueño! ¡No estoy de broma! ¿Quieres hacerme un favor aunque no sea competencia tuya? Yo tengo miedo de desplomarme antes de conseguirlo. ¿Sí? Gracias. Entonces, llama a la científica. ¡Diles que los quiero aquí mañana a primera hora! ¡A las cinco o las seis, si puede ser! ¡Ya lo sé, ya, que será la víspera de Nochebuena y que son vacaciones! Precisamente iba a pasar el fin de año con el amigo al que acaban de asesinar. Sí. De acuerdo... Y gracias por esta misión de confianza.

Colgó el auricular y se metió el libro en el bolsillo.

—¿Quiere que lo ayude a subir las escaleras?

—¡Cuidado, Rosemonde! Podría decir que sí...

—Podría... Y ¿por qué no?

Lo contempló con una leve sonrisa.

—Y ¿qué me respondería?

—¡Ah! —dijo ella—. ¿Quién sabe? Responderé después...

20

Laviolette se despertó a las ocho, en su habitación, con la cabeza despejada. El aire olía a trufa, las sábanas a lavanda, y él, a Rosemonde. Nevaba. Palpó el libro en la mesilla de noche. Releyó el fragmento. Estaba totalmente estupefacto. No daba crédito.

—Hacen falta dos cosas —dijo en voz alta—. Primero que esté loco y después que necesite dinero... El dueño de un 4CV, que tenga trufas y necesite mucho dinero... Reconoce que eso acota el problema...

—¿Qué quiere que reconozca? —dijo Rosemonde, que entraba con el desayuno fresca como una lechuga—. He llamado pero no me ha oído.

De las ocho de la mañana a las once de la noche lo trataba de usted.

—Todo el mundo lo espera abajo.

—¿Qué mundo?

—El mundo entero: una Estafette que ha venido de Digne. Estoy haciendo entrar en calor a los que venían en ella a base de cafés. El suboficial Viaud y los dos inspectores. ¡Y también están los periodistas! ¡Qué cantidad de preguntas hacen!

—¡Responde! —dijo Laviolette—. ¡Sobre todo, que no se inventen nada! Y que suban el suboficial, los inspectores y los de la Estafette.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Están también los tres encargados de la policía científica, que acaban de llegar.

—¡Bueno, Rosemonde, empieza la acción!

—¿Hago subir a todo el mundo?

—Salvo a los periodistas. ¡A esos, entreténlos!

La estampida, por la escalera, hizo temblar los peldaños. El cuarto, aunque amplio, pronto estuvo abarrotado.

—¡Un consejo de guerra! —dijo Laviolette satisfecho—. Es un poco estilo Luis XIV en su lecho de muerte, pero, no teman, ¡es para ganar tiempo!

Firmó el recibo de las órdenes de registro.

Rosemonde transportaba sillas para toda aquella gente. Eran de esas hermosas sillas con asiento de paja en verde y amarillo que antaño, en Provenza, no salían de los dormitorios. No se sentaba uno en ellas, en fila a lo largo de las paredes, más que para velar a los muertos. Duraban cien años.

Los de la científica, como siempre, pafaban de impaciencia. Ardían en deseos de encontrar el modo de llevar al culpable ante los tribunales.

Aquellos tres eran tan conscientes de su irresistible poder que a veces Laviolette les deseaba un fracaso.

—Señores —dijo—, creo que empezamos a identificar el problema, lo que no significa que lo hayamos resuelto... No nos habrán hecho falta más que siete cadáveres para lograrlo. Reconozcan que no hay de qué jactarse...

Siguió sus miradas fijas en el libro mugriento, solitario sobre el mármol vetado de la mesilla de noche.

—¡No! —dijo—. No cuenten con que, de momento, les revele lo que he encontrado ahí. ¡No quiero que se burlen abiertamente de mí!

—El asesino —objetó el inspector Guyot con calma— debe de saber que tiene usted el libro. Puede intentar matarlo para quitárselo. El peligro...

—¡Pues recen por mí! —interrumpió Laviolette—. Pero ¡basta de bromas! Supongo que, como yo, no habrán dormido mucho. ¿Entonces? ¿Quién empieza?

Se miraron todos.

—Tenemos los resultados de las autopsias de las seis primeras víctimas —dijo Guyot—. ¿Quiere que se los lea?

—Vaya a lo esencial. Resuma lo que contienen *grosso modo*. Por una vez, creo que no son determinantes, aunque sí muy significativos.

—Las cinco víctimas —prosiguió Guyot— fueron degolladas con un objeto cortante que no era ni una hojilla de afeitar ni un cuchillo ni ningún tipo de instrumento quirúrgico. El doctor Rabinovitch se inclina, en sus conclusiones, y cito, «por un gran tranchete de zapatero para cortar suelas. Algo sólido y de acero de muy buena calidad. Probablemente antiguo. La hoja, con el extremo ligeramente curvado en forma de hoz y la punta afilada en todas sus facetas». Las víctimas fueron colgadas por los tobillos y enteramente desangradas. Poco antes de su muerte habían fumado hachís, comido bien y bebido aguardiente de orujo.

—¿Ha dicho cinco?

—Precisamente. La sexta víctima fue asesinada de una manera distinta. A golpes de instrumento contundente. Una llave inglesa, probablemente muy larga. Y no había fumado hachís ni bebido una gota de alcohol.

—¿Quién? —preguntó Laviolette.

—El llamado Jérémie Piochet.

Laviolette recordó el rostro de agua límpida de Claire y sus ojos y su estricta persona, con aquel abrigo de Escocia que la sustituta le envidiaba y que realizaba su cuerpo de Venus Calipigia. Buscaba al asesino. Había prometido matarlo...

Laviolette se sintió incómodo.

—Quisiera... —empezó a decir.

Pero cambió de opinión.

—Continúe, por favor.

—Eso es más o menos todo. Habida cuenta del estado de descomposición de los cuerpos, no se podía pedir... La fecha de la muerte de cada uno de ellos corresponde, *grosso modo*, dice el doctor Rabi, al momento de su desaparición. Habían caminado mucho en su vida. Descalzos. La callosidad de sus talones era anormalmente gruesa. A pesar del hachís, estaban en muy buenas condiciones físicas.

—¿Les quedaban suficientes residuos sanguíneos para analizarlos?

Guyot examinó el dossier y buscó al final del informe.

—Sí, a tres de ellos, los más recientes. Y en particular al cadáver del congelador. Los otros... en el estado en que se encontraban...

El suboficial sacó un bloc de su bolsa.

—En cuanto a nosotros —dijo—, a estas horas hemos identificado a nueve poseedores de 4CV en Banon o en las granjas y aldeas aledañas. Dos de ellos están ya fuera de sospecha. El primero velaba a un tío difunto en Varages, en el Var, acompañado por siete personas. El segundo tiene el coche en el taller de Martel desde hace cuatro días, a la espera de cambiarle el motor. Es el cura...

—Bueno. ¿Y los otros siete?

—Los otros siete aquí están.

Viaud se levantó para tenderle una lista.

—Para estos siete —declaró—, dadas las circunstancias, he decidido suspender las averiguaciones hasta haberlo consultado con usted.

Laviolette, que examinaba la lista minuciosamente, le dirigió una mirada penetrante.

—Creo —dijo— que ha hecho bien...

—Nosotros —dijo Guyot—, Leprince y yo, hemos ido a interrogar a los *hippies* de Montsalier.

—¿Cómo que a interrogarlos? ¿Y han respondido?

Guyot y Leprince adoptaron un aire culpable.

—Había tres chicas y un solo tipo —dijo Guyot—. Nos pusimos asquerosos y llevamos vino... Nos sacrificamos un poco...

—¡Criaturas! ¡Deben de estar molidos!

—¡Bueno, a fin de cuentas, no tanto! Esas holandesas y alemanas, por muy *hippies* que sean, no han perdido el sentido práctico. Tenían unos sacos de dormir excelentes.

Laviolette alzó los ojos al cielo. ¿Qué había sido de los buenos tiempos en que se instaba a los testigos persuasivamente, a base de amenazas y hasta de patadas en el culo? ¿En que se les mostraba, en función de sus vacilaciones, el cielo abierto o el abismo del infierno? ¡Hoy en día se les hacía el amor! ¡Menuda época!

—Espero al menos que no se hayan sacrificado en vano.

—No del todo. Por la mañana les ofrecimos un porro, porque llevaban tres días de abstinencia.

—¡Cuidado con lo que dicen! —exclamó Laviolette.

Guyot se encogió de hombros. Decididamente, a esos policías de subprefectura había que reciclarlos. Arrojó a la cama un paquete empezado de cigarrillos planos que Laviolette olfateó con gran repugnancia. Le dieron ganas de liarse un pitillo.

—Un sucedáneo —dijo Leprince—. Fue idea de un tipo del laboratorio, un día que no tenía nada que hacer: está hecho con clemátide seca y artemisa. ¡Es asqueroso!

—Pero, oiga, lo mejor —empalmó Guyot— es que al cabo de diez minutos estaban en el paraíso del hachís que nos describían abundantemente.

—En pleno nirvana. Nos confesaron que existía un sendero *hippy* que rodeaba el mundo. Un sendero sin trazar. Conocido solamente por los iniciados que tienen el itinerario. ¡Y jalonado de

fuentes de hachís! Y que Banon era una de esas fuentes.

—¿Quiénes? —preguntó Laviolette.

—¡No lo sabían! —dijo Guyot—. ¡Palabra! ¡Lo ignoraban! ¡Y eso que pusimos toda la carne en el asador! ¿Verdad, Leprince?

—¡Y que lo digas! —replicó Leprince meneando la cabeza al recordarlo.

—Jefe —dijo Laviolette—, ¿cree usted que se pueda cultivar cannabis en el territorio de Banon y que usted lo ignore?

Viaud negó con la cabeza.

—El color del cannabis es tan característico en la región que una simple mata se vería como la muleta de un torero en un prado verde.

—Discúlpeme, jefe —dijo Guyot—, pero los de estupefacientes tienen dos precedentes en sus dosieres: uno en el Var y otro en la Aude. Es una cuestión de inmensidad. Cien o doscientos pies, no agrupados, sino sabiamente disimulados por ahí... En medio de cien hectáreas... Por ejemplo: entre las lavandas, entre las patatas... o alrededor de esas cabañas rodeadas de zarzas que tan bien conocemos... Tiene la misma altura que los cardos... que las cicutas grandes ...

—¡Pero hay que regarlo! —objetó Viaud.

—¡Sin duda! Pero un hombre en un tractor, con una de esas sulfatadoras a remolque que no contuviera más que agua, ¿cree usted que llamaría la atención yendo de campo en campo?

Leprince coincidió:

—Las dos chicas parecían seguras de lo que decían. Pero nos repitieron varias veces: «Solo para los iniciados. Nosotras no sabemos. Somos nuevas».

Laviolette meditó durante unos minutos en silencio mientras se liaba el primero del día.

—Bueno —dijo al fin—, esto es lo que buscamos pues: un hombre cuya propiedad cruza el sendero *hippy*, un hombre que tiene tierras lo bastante vastas como para disimular en ellas, llegado el caso, unos cientos de pies de cannabis...

—Con los pocos que quedan que cultivan la tierra hoy en día —dijo Viaud—, tienen todos más de trescientas hectáreas...

—El individuo en cuestión —prosiguió Laviolette— está loco y es al mismo tiempo calculador e inteligente. Un poco, en definitiva, como todos nosotros. Eso no da para un retrato robot... Pero, además, conduce uno de esos 4CV que figuran en esta lista. Explota truferas y necesita mucho dinero...

—¿Por qué mucho? —preguntó Viaud.

—¡Ah! Si lo supiera sabría quién es el culpable. Debe de estar endeudado con el Crédito Agrícola...

—Todos lo están —suspiró Viaud—. El examen de las cuentas no sería probatorio... Pero... ¿cómo sabe que explota una trufera?

Laviolette eludió la pregunta.

—En resumidas cuentas —dijo—, aunque sea dando un rodeo, la persona que buscamos comete los crímenes más simples del mundo: mata con vistas a procurarse ingresos.

—¿Pero ese rodeo solo lo conoce usted?

—Por el único motivo que ya les he explicado —contestó Laviolette—. Y ahora, si me permiten, voy a darme una ducha, a afeitarme y a vestirme...

—¿Y nosotros? —respondieron a un tiempo los encargados de la científica.

—¡Ah, ustedes! ¡Es verdad! Tengo tendencia a olvidarlos...

No había pues nada que hacer. De nuevo serían ellos quienes se llevarían la palma (la policía científica). Esperó a que Viaud, Guyot y Leprince hubieran salido para comunicar sus instrucciones a los tres mosqueteros...

Regresó a Digne con emoción. Era definitivamente la única ciudad que le gustaba. Tal vez porque crecía muy lentamente. La ciudad más Montaigne del mundo. Se alegró de tener allí su casa, su jardín y su tumba. La vista del antiguo palacio de justicia lo llenó de nostalgia. Llamó, con el corazón palpitante, a la puerta del juez de instrucción.

El despacho seguía siendo el mismo, pero el juez Chabrand se había disuelto por el vasto mundo, en busca de algún absoluto. En lugar de aquel poeta castigado, un hombre normal, pletórico y afable residía en absoluta quietud. Hizo tomar asiento a Laviolette, cruzó las manos y lo escuchó hasta el final.

—¡Pero es una historia increíble la que me está contando! —exclamó estupefacto—. ¿Está usted seguro de su razonamiento?

—Actualmente —respondió Laviolette— tres encargados de la policía científica proceden a los sondeos necesarios. Y vea usted hasta dónde llevo la precaución y la duda, hasta qué punto desconfío de mí mismo: no les he dicho lo que buscaba. Simplemente he precisado que el análisis debía incluir todas las reacciones.

El juez meneó la cabeza.

—Su profesión y la mía son cada vez más difíciles —dijo.

—Somos nosotros —repuso Laviolette— los que nos volvemos cada vez más difíciles...

—Entonces —preguntó el juez—, ¿le firmo una orden?

Laviolette reflexionó profundamente antes de responder. Se levantó. Fue derecho a la ventana desde la cual, tantas veces, había contemplado los tejados de Digne en compañía del juez Chabrand. Regresó al fin junto a su interlocutor.

—¡Dos! —terminó por decir.

21

No se habían instalado para la tradicional partida. No estaban de humor. Rodeaban la estufa de Rosemonde formando un círculo helado y temeroso, pues el tiempo oscilaba entre el azote de la nieve y de la lluvia, ya mullido, ya glacial. Los pies, en los zapatos, no habían vuelto a estar calientes desde que, recién levantados, tres chicos en cazadora negra le habían traído a cada uno un bonito papel de la justicia que autorizaba a la policía científica a practicar sondeos en sus trufas.

—Para mí —dijo el Polycarpe Bleu— que buscan una bomba rusa, ¿seguro!

—¿Pues puede ser! —exclamó el Sidoine Pipeau.

—¡Nada de puede ser! ¡Os creéis todo lo que os dicen! ¡A mí me da la risa con sus silos de misiles! Los otros... ¡Los otros! ¡Ya están ahí! ¡Está lleno por ahí alrededor y por allá arriba! ¡Está petado!

El Bleu, con su impresionante tic, no hablaba mucho, pero cuando abría la boca era como Cassandra en las murallas de Troya.

—¡Los rusos —dijo— fabrican bombas penetrantes!

—¡Anda ya, penetrantes! —se permitió dudar el Pascalon Bayle.

—¡Sí, señor! ¡Penetrantes! ¡Y del tamaño de un huevo de oca! ¡Y de todas las formas! ¡Igual hay una en el balón de fútbol con el que juegan los niños! Puede que haya una, por ejemplo, en el nudo del tocón de haya que dejaste en Deffens, ¿te acuerdas, Sidoine? ¡Hace tres años! ¡El que no conseguiste romper! ¡El que pesaba lo mismo seiscientos kilos! ¿Te acuerdas? ¡Puede que sea por eso! ¿Quién iba a pensar en un tocón de haya?

—¡Tú! —dijo Rosemonde, que escuchaba con la cabeza apoyada en el puño y los pechos sobre el contador.

—¡Porque yo soy perspicaz! ¡Veo más allá!

—¡Seguro! —dijo Rosemonde—. No te fies: ¡lo mismo hay una en el azúcar de tu café!

—¡No bromees con eso!

—¡Para que el burro no rebuzne, hace falta una hermosa bala de heno! —suspiró Rosemonde.

—¡Bala de heno! ¡Es eso precisamente! ¡Pero no la encontrarás si la buscas! ¡Es heno! ¡Es verdadera y muy exactamente heno! ¡Y puedes esparcirlo! ¡No hay nada! Hasta puedes dárselo de comer al rebaño, el heno, así que ya ves.

Los mantenía hechizados. Casi olvidaban el motivo que los había hecho renunciar a su sacrosanta partida. Dio libre curso, en dos ocasiones, a su tic, cosa que los hizo vacilar. Blandía ante él sus dos puños apretados uno contra otro.

—Y los americanos ¿qué? ¡Fabrican unas así de pequeñas! ¡Y dan vueltas! ¡Ahí fuera, en el cielo, desde hace lo mismo cinco años! ¡Justo a la altura de Lure!

Su índice tendido imitaba el movimiento giratorio de un satélite alrededor de la Tierra. De pronto se inmovilizó y sus palabras también quedaron suspendidas. Acababa de ver a Laviolette, que había entrado de puntillas, colgaba su abrigo del perchero y hacía gestos alentadores.

—¡Sigan! ¡Sigan! ¡Sobre todo no se molesten por mí!

Se sentó en medio de ellos, que precipitadamente se empujaron y le hicieron un sitio amplio.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡No se aparten tanto! ¡Quédense cerca de la estufa! ¡Oh! ¡No necesito tanto espacio!

Comenzó entonces a liarse un cigarrillo con calma.

—¿Qué? ¿No echan la partida esta noche?

Bullía de bienestar de semejante manera que hasta Rosemonde se sintió incómoda.

En cuanto a los siete comensales de la partida de cartas, agitaban el trasero sobre sus sillas de paja. Cada cual prefería no ser el primero en responder. Uno limpiaba su pipa, el otro se calentaba las manos sobre la llama de fuel. El Omer Bleu agarraba *El Provenzal* y lo abría por la página de la crónica local. El Virgile Bayle se hurgaba la nariz sin vergüenza. El Albert Pipeau se hacía un mondadientes con una cerilla, sin renunciar a su sonrisa de superioridad de hombre rodeado de mujeres. El Pascalon Bayle sorbía su café en la copa Mazagran haciendo muchos ruidos con la boca.

Tenían todos esa mirada clara, cándida y directa que les habían recomendado en su día oponer cuando a uno lo interrogan.

«¡Míralos!», pensó Laviolette. «“¡No es la luz del día más pura que el fondo de su alma!”[9]».

Observaba atentamente todos aquellos rostros que no se estremecían.

—A fin de cuentas —dijo—, han hecho bien en no comenzar la partida. Tengo una historia que contarles y creo que les va a interesar a todos. ¡Rosemonde! ¿Me pone un coñac con agua? ¡Me muero de sed!

Se estiró a sus anchas para encender su «cosido a mano».

—¡Suba un poco el pasador, Rosemonde! Por si algún periodista...

—Me duele la cabeza —anunció Rosemonde—, me voy a mi cuarto. ¡Llámeme cuando haya terminado para que venga a cerrar!

—¡Bien! ¡Ya está! ¡Ahora estamos a gusto, entre gente de buena compañía! ¡Fíjense, habría podido convocarlos en la gendarmería, pero habría dado mala imagen! ¡Prefiero que nos expliquemos entre amigos! ¡Bueno! Voy a decirles enseguida la verdad, estarán más cómodos. ¿Se acuerdan de los seis *hippies* que encontramos? ¿Cinco en el sepulcro hugonote y uno en el congelador del Hotel des Fraches? ¿Se acuerdan? ¿Y se acuerdan también del marqués des Brèdes que fue asesinado hace dos noches? ¡Bueno! Todos esos crímenes son obra de una sola persona. Una persona que respira entre nosotros, aquí, esta noche...

—¡Ojo! —dijo el Omer Bleu.

Fue el único que profirió una exclamación. Hay que reconocer que se comportaban como auténticos bajoalpinos. Habían encajado la revelación con semblantes de piedra, sin un carraspeo ni un rozar de zapatos en el suelo. Parecía una clase aplicada que escuchase el enunciado del problema. Únicamente, el «ojo» de Omer Bleu quería decir: «¡Tu madre!».

—Entonces —prosiguió Laviolette—, ¡solo me queda adivinar cuál! ¡Oh! No teman, es

cuestión de tiempo y de paciencia... A propósito, les debo una disculpa: tendría que haber ido a llevarles la orden de registro yo mismo. Pero no se preocupen; mis chicos tiene costumbre, no causarán daños.

El Omer Bleu meneó la cabeza bajo la gorra de hule.

—¡No causarán daños! ¡No causarán daños! Los truferos son delicados... Si nos cortan las cadenas..., yo, personalmente, tengo mis dudas...

Laviolette leía claramente en sus ojos lo que pensaban: «¡El primero que se descuide y haga una pregunta está jodido!». Tenían la boca en forma de escarcela cerrada.

—¡Veo —continuó Laviolette— que arden en deseos de saber cómo he llegado a esta conclusión! ¿Eh? ¿Arden en deseos? ¡Reconózcanlo!

La única respuesta a su pregunta fueron las bocanadas de la estufa de fuel y el viento que susurraba bajo la puerta.

—No los haré esperar más: la noche en que dejaron el cadáver del *hippy* en el congelador, el Biscarle y el Jules Bec, que iban a reunirse con los bomberos, vieron girar un 4CV en la plaza. Y, la noche del asesinato del marqués des Brèdes, identificamos el coche del asesino, que lo había ocultado bajo los cedros. Era también un 4CV. Puesto que el asesino ha firmado todos sus crímenes por el modo de cometerlos, el mismo individuo, es decir, el del 4CV, es culpable de los siete asesinatos. ¿Me siguen? Pues bien, sigan siguiéndome. Hemos identificado nueve 4CV en Banon. Uno pertenece al Séraphin Calandre, el ferrallista. En la noche del lunes, cuando asesinaron a Brèdes, velaba a un tío difunto en Varages. El segundo es el del cura. Está en el taller de Martel desde el 15 de diciembre.

—¡Le falta el motor! —dijo precipitadamente el Sidoine Pipeau.

Aquella frase anodina alivió un poco el ambiente. Sirvió de válvula de escape para la tensión reinante.

—¡Eso es! Están esperando a que se entregue el motor. Al tercero los gendarmes lo han localizado en el campamento gitano de Plan-de-Trabuc. Está sin ruedas, sin puertas, sin batería, sin delco. Sirve de conejera. El cuarto es de un muerto: está en el garaje del Gabriel Coupier. Su viuda le da lustre cada día vertiendo abundantes lágrimas: «¡Pobre Gabriel, que quería tanto a su coche!».

El Omer Bleu esbozó un gesto de duda.

—¡No! —prosiguió Laviolette—. Está en dique seco también, sin aceite ni gasolina: ¡lo hemos comprobado! Nadie lo ha usado desde la muerte de Gabriel.

Levantó la mano con los dedos separados.

—¡Cinco! —dijo—. ¡Quedan cinco! Los cinco que están en esta lista. ¡Y señalo que está establecida por orden alfabético y sin la menor intención de preferencia! ¡Pásenla, señores! ¡Tómenla! ¡No les dé vergüenza!

Pero mostraban gran repugnancia a tocarla.

—¡No, no! Léanosla —dijo el Alyre Morelon—, será más práctico.

Laviolette abrió la lista y enumeró:

Bayle, Pascalon

Bleu, Polycarpe

Morelon, Alyre

Pipeau, Albert
Pipeau, Sidoine

Al oírlo, el Omer Bleu y el Virgile Bayle recuperaron de pronto la voz, felices de ir y venir en dos viejos Dauphine que se arrastraban a ras de suelo por falta de amortiguadores.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el Omer.

—¡Pues que es una coincidencia! —exclamó el Virgile—. ¡4CV no los hay solo aquí!

Laviolette les explicó entonces lo de los ventisqueros que rodeaban Banon la noche en que Brèdes había sido asesinado.

—Eso excluye toda intervención desde fuera de Banon...

El hecho cierto era que no tenía solo ases en la manga. Existía otra posibilidad: un 4CV todavía no identificado por los gendarmes que estuviera guardado en el garaje de cualquier residencia secundaria, cerrada durante el año, de la cual X tuviera las llaves y que hubiera utilizado en esas únicas ocasiones. Por otra parte, el aceite hallado en el suelo, bajo los cedros, no había podido ser identificado: «mezcla de aceites de motor», rezaba el informe. Quedaba que el conductor del 4CV era obligatoriamente propietario de trufas y que había asistido a la fiesta de los antiguos combatientes en casa de Brèdes; de otro modo, este no habría sido asesinado.

Laviolette escudriñaba a sus interlocutores, uno tras otro. Pero resultaba difícil parecer más normal, más banal, más impasible de lo que ya parecían. ¿Cuál era el asesino? ¿Cuál encerraba su locura bajo su máscara cotidiana, como en un cofre con candado? ¿Bajo qué aspecto «razonable» vivía? ¿Conduciendo por la derecha? ¿Desenterrando sus trufas? ¿Negociando los precios? ¿Llevándose bien con sus abejas? ¿Almacenando, para venderlos al año siguiente si mejoraba la cotización, sus seis o siete barriles de esencia de lavandín?

Deberían haber preguntado todos: «Pero ¿qué es lo que está buscando en nuestras trufas?».

Nada. Ni una palabra.

Terminaba su pitillo. Fuera el viento cantaba en sordina a través de las tablas mal acopladas de los graneros, contra los postigos batientes de fallebas oxidadas, al compás de los sollozos de hierro de las veletas desorientadas.

—¿Cuál? —continuó Laviolette—. Les confieso que lo ignoro. Debería, en principio, excluir al Omer Bleu y al Virgile Bayle, que tienen los dos un Dauphine... Pero ¿quién me dice que no les prestaron un 4CV? ¡Oh! ¡Ya lo sé! ¡Todos ustedes son hermanos enfadados! Pero ¿hasta qué punto? Delante de mí son todos solidarios. Les voy a hablar con franqueza: ¡tengo delante a un asesino y a seis hombres que saben que lo es!

Les dio una primera oportunidad interrumpiéndose para liar otro pitillo. No se produjo ni un murmullo entre los presentes.

—Siento que protestan —dijo irónicamente—. Y, sin embargo, dado que viven juntos desde hace tanto tiempo, no pueden ignorar quién es el dueño de ese tranchete de cortar suelas. No pueden ignorar a quién pertenece la llave del sepulcro hugonote. No pueden ignorar quién tiene problemas de dinero hasta el extremo de cultivar, en su tiempo libre, unos cuantos pies de cannabis para vendérselos a los *hippies* de paso. No pueden, sobre todo, ignorar cuál de ustedes posee un «chambergó sortilego», el que vi ante mí el día de la muerte de Brèdes. ¡Y eso, señores, si no fuese bajoalpino, si no hubiese tenido una abuela que era una auténtica enciclopedia, ya podía esperar sentado a saberlo! Pero ustedes ya saben todo eso. ¿Eh? ¿Lo saben?

No, no sabían nada. Enganchaban la mirada a los ojos de Laviolette como si les contase una

historia prodigiosamente interesante y cuyo final ardían en deseos de conocer. No se volvían los unos hacia los otros. Se aislaban. Se ignoraban. Por más que estuviesen todos reunidos en torno a la estufa, parecía que una enorme distancia los separase de pronto.

—Pero hay algo que ignoran, que seis de ustedes siete ignoran y es ¡por qué mata! ¡Lo que ignoran es que está loco! ¡Nos las estamos viendo con un loco! ¿Les entra un poquito eso en la mollera?

Pero un extraordinario dominio de sí mismos embargaba a los interlocutores de Laviolette. Los escudriñaba sin distinguir más que rasgos inmóviles, arrugas austeras, miradas perdidas en el horizonte. Ya ni siquiera fingían fumar. Se esforzaban por no parecer locos y lo conseguían.

—Mañana —dijo Laviolette—, me quedaré todo el día en la gendarmería, junto al teléfono... Si por casualidad... uno de ustedes sintiera remordimientos, tuviera escrúpulos tardíos... Bien, ya les he dicho todo por esta noche. ¡Pero —añadió con entusiasmo— que eso no nos impida echar la partida!

Señalaba con gesto amplio las mesas y los juegos. Encontró semblantes asqueados. Se movieron en conjunto, se calaron las gorras, fueron a descolgar sus cazadoras del perchero.

Se disculpaban... No, de verdad... No estaban de humor y se hacía tarde y además al día siguiente era Nochebuena. Con la fiesta, la noche sería larga...

Ya cruzaban el umbral. El viento hinchaba los enebros en las eras. Finas agujas arrancadas a las ramas entraban por la poterna arqueada, iban a morir sobre las chaquetas de los hombres.

—¡Esperen! —dijo Laviolette como si de repente recordase un detalle olvidado—. Me preocupa un poco no poder garantizarles cierta protección... Desgraciadamente, no tengo hombres suficientes y ustedes son demasiado numerosos. Entonces... traten de tener cuidado. Porque este asesino, del que no saben nada, puede imaginarse... ¡sin motivo, por supuesto! Pero nunca se sabe con los locos. Son sutiles... En mi opinión, ya ha identificado a los que cederán y vendrán a verme mañana... ¡¿Qué digo «mañana»?! ¿Por qué no esta misma noche? Aquí hay teléfono. ¡Pueden llamarme en cualquier momento! ¡De extranjería! ¡De forma anónima! Entonces, ¿eh? ¿Y si el asesino se lo imagina? ¡No los veo muy convencidos! ¿Quieren que les cuente cómo murió mi amigo, el marqués des Brèdes?

Indicaron, envarados en el cuello del abrigo, que no, que no querían. Igual daba, se lo contó de todas formas. La oscuridad. La corriente eléctrica cortada. El ruido de los cedros. El gluglú de la carótida que se vacía. Cómo la había taponado con el pulgar. La sombra con el terrible chambergo negro que había vacilado en el quicio de la puerta, preguntándose si no iría a matarlo también... El tiempo infinito que había necesitado, con su amigo en brazos, para llegar al teléfono. Su mano, enguantada de sangre hasta la muñeca como en un encaje rojo. Él mismo se sorprendió de aquel súbito ataque de lirismo.

—Este asesino —prosiguió mientras salían en fila india— ha matado ya a siete personas con mucho placer, por lo que parece... Sabe que uno o varios de ustedes representan para él un peligro en suspenso. Entonces...

Una pequeña estampida perturbó la colocación de los siete hombres en el umbral. Un flujo y un reflujo de adelante hacia atrás, y después de atrás hacia adelante. Cada cual llevaba las manos metidas en los bolsillos, y la gorra bien derecha. Salieron todos de allí, rígidos como la justicia. Laviolette se había puesto el abrigo y la bufanda. Los acompañaba, persuasivo, insistente, con la esperanza insensata de que uno de ellos, al fin, lo agarrase por el cogote o le plantase el puño en la jeta para interrumpir su letanía.

¡Pero no! No terminaban de sopesar los pros y los contras. Y, sin embargo, aquella noche la urgencia se imponía. Aquel asesino... del cual solo se podía estar seguro de no serlo uno mismo... La calle en que uno vivía, tortuosa, donde siempre faltaba una farola... La granja en Pampaligouste... La coqueta villa al fondo de un negro sendero de pinos silvestres y sombra traicionera... Daba para mucho meditar.

En la plazuela de la fuente dormían los dos Dauphine sin amortiguadores y los cinco 4CV de color azul grisáceo uniforme a fuerza de haber pasado por el laminador de las estaciones. Y, entre ellos, uno con el parachoques arreglado con alambre... y el faro izquierdo torcido fuera de su alveolo, como una cuenca sin ojo...

Se formaron en círculo delante de sus coches, golpeando el suelo con los pies, en pleno desasosiego.

—No hay que hacer más que una cosa... —dijo al fin el Omer Bleu—. No hay que hacer más que acompañarse.

—¿Cómo que acompañarse?

—Nos vamos juntos —explicó el Omer Bleu—. Acompañamos primero al Pascalon Bayle al Largue, que es el que está más lejos... Esperamos todos juntos a que haya entrado y cerrado la puerta... Después... ¡ya no es asunto nuestro! Volvemos a irnos juntos, llevamos al Sidoine Pipeau a la Mute, al Albert Pipeau a la Cofradía y así sucesivamente... Y los dos últimos son mi... hermano y el Alyre Morelon que están casi enfrente el uno del otro...

—¡Bueno! Pero esos dos últimos, precisamente... ¿y si uno mata al otro?

—¡Oye, cuidado con lo que dices!

—¡No, pero pongamos por caso!

—Si uno mata al otro —explicó el Omer Bleu—, no se librará porque sabremos enseguida que ha sido él.

Había que verlos en torno a los coches, que de pronto les parecían cepos; había que verlos, con su edad y su experiencia, patear el suelo, con las manos en los bolsillos, en el viento de la noche.

«¡Tienen el canguelómetro a cero!», pensó Laviollette. «¡Eso al menos he logrado!».

Observaba con interés cómo calculaban sus probabilidades de escapar del asesino.

Francine hizo el esfuerzo de retener el aliento al oír aquello. Gracias a Dios, en la absoluta negritud de la noche de invierno, tras las persianas cerradas, nadie podía verla palidecer.

—Pero ¿por qué uno de esos?

—¡Vete a saber! —dijo el Alyre—. Primero, supuestamente que el coche del asesino es un 4CV. ¡Y los nuestros son los únicos sospechosos!

—¡Ya lo ves! ¡Siempre te estoy diciendo que tires el 4CV! ¡Que te lleves mi Renault 16 y que a mí me compres un Porsche!

El Alyre hizo caso omiso.

—Debe de haber también un asunto de dinero, porque han pedido explicaciones al Crédito Agrícola sobre todas nuestras cuentas.

—¡Nuestras cuentas! ¡Pero no tienen derecho!

—¡Derecho, mi pobre Francine! Con sus órdenes de registro, como dicen. ¡Están revolviendo todas nuestras trufas! ¿Crees que no?

—¿No eres tú? —dijo Francine.

No creía una palabra, pero debía disimular que le castañeteaban los dientes, que estaba tiesa de miedo, de los pies a la cabeza. Lo sintió encoger los hombros sobre la almohada.

—¡Qué voy a ser yo! —dijo—. Problemas de dinero... ya sabes que yo no tengo... Es solo que el comisario parece creer que todos sabemos algo y que el asesino lo sabe y que, cualquier día, va a degollar a otro... o a otros dos... ¡Esta noche, del miedo que teníamos, nos hemos acompañado! ¡Qué gracioso el comisario! ¿Qué quiere que sepamos? ¿Sabes tú quién ha heredado el chambergó de la Uillaoude? Y eso que yo me lo pregunto desde hace quince días. ¡El asesino, Francine, es el que lastimó a Roseline! ¡Ya ves que tenía razón al encerrarla! ¡Y otra cosa! ¿Sabes tú quién tiene problemas de dinero? ¿Sabes quién heredó la llave del sepulcro hugonote? ¿Has visto alguna vez, entre nosotros, a alguien lo bastante loco como para cultivar esa hierba? Esa hierba, ya sabes... ¡ah!

—Cannabis... —susurró Francine.

Se tumbó de lado y logró disimular su terror bajo un gran suspiro de cansancio. Seguía oyendo aquella voz, la última vez que concedió sus remisos favores: «¡Francine! ¡Me vas a arruinar! ¡Pero solo te amo a ti!».

Hacía casi seis meses. Cuando por casualidad se lo encontraba, él le susurraba: «¡Acumulo! ¡Francine! ¡Acumulo! ¡La próxima vez será un broche de brillantes! ¿No querrías por un broche de brillantes? Di, ¿querrías?». «¡Ya veremos!»., decía ella. Y pasaba de largo.

En el lecho conyugal, con infinitas precauciones, se retiró la sortija que hasta entonces tanto le gustaba, pero que había empezado a quemarle el dedo.

La juntó, en la mesilla de noche, con el collar de perlas y el reloj de pulsera engarzado de pequeños diamantes.

Dejó reposar su mano durante unos segundos sobre aquel montoncito de joyas. Tanto por la sortija, tanto por el collar, tanto por el reloj de pulsera... Un suplicio de amor cada vez... Pero ¿qué placer puede sacar uno de una mujer que no lo siente en absoluto? «Los hombres siempre creen...».

¡La llave del sepulcro hugonote! ¡Claro que la conocía! Un día, delante de ella, había descolgado una, enorme, que colgaba del clavo del calendario de Correos. Le había dicho riendo: «Mira, Francine, ¡es la llave de Barba Azul!». Debía de haberse persuadido de ello poco a poco y preguntado durante mucho tiempo de qué podía servirle. Y encontrado al fin...

Reflexionaba a gran velocidad: «¡Va a confesar! Van a llegar hasta mí. Descubrirán al joyero de Marsella donde me compró las joyas... Arruinarán mi reputación. Y entonces Paul... ¡Dios mío, Paul!».

Paul, su hijo, su orgullo... La carrera con la que soñaba para él, la espléndida boda, la buena posición... Todo eso, arrancado de raíz por una madre que tendría que declarar en los tribunales como testigo principal... ¡Puede que como cómplice incluso! Apartó precipitadamente la mano de las joyas.

¡Tenía que devolvérselas, devolvérselas! No tirarlas... Que las encontrasen en su casa cuando hicieran un registro. Si la encontraban allí, podría nombrar a Francine cuanto quisiera, ¡nadie lo creería! Pero, por otra parte, ¡unas joyas tan preciosas! ¡Pero Paul!

El alma de Francine daba bandazos entre su amor por las joyas y su amor por su hijo. Pasó, oyendo el viento, muy mala noche. Pero, por la mañana, su decisión estaba tomada.

22

El 24 de diciembre por la mañana, los encargados de la policía científica, bártulos en bandolera, reanudaron bajo los robles truferos la búsqueda que habían interrumpido por la noche.

Todo Banon se turnó para perder el tiempo alrededor de los campos a los que los gendarmes impedían el acceso.

—Nuestras truferas —gemían los lugareños indignados— nunca habían estado tan bien protegidas contra el pillaje. Pero ¿qué es lo que buscan?

—¡Más muertos! —se decía.

Seducida por el osario del sepulcro hugonote, la imaginación popular esperaba algo aún mejor. Los periodistas pasaban el tiempo interrogando a gente que no sabía nada pero tenía muchísimo que contar.

Laviolette, tal y como había anunciado a sus comensales, no se apartó del teléfono de la gendarmería. Durante toda la noche, las fuerzas de policía habían vigilado de lejos y con discreción las casas de los cinco sospechosos. El informe no tenía más que dos palabras: «Sin novedad».

A las once, un especialista que había venido de Marsella a recoger las muestras trajo también ciertos detalles complementarios. En primer lugar, Laviolette tenía razón. Las huellas de pies descalzos halladas en el recinto del sepulcro hugonote eran mudas: los calcetines, cuya forma, material y dibujo habían podido ser reconstituidos, eran de lo más corriente y se vendían en las ferias. En Banon cien personas por lo menos se los ponían cada mañana. Un detalle, no obstante: uno de los cardos marianos había sido arrancado y presentaba en los pinchos un par de filamentos infinitesimales, aproximadamente tan finos como babas del diablo. El haz del microscopio electrónico había permitido identificarlos como restos de tejido. Pues bien, en el muestrario infinito que se había consultado, no se había encontrado ninguno que fuese comparable. Todo cuanto se podía suponer era que fuese pura lana virgen, es decir, sin trama de algodón ni poliamida alguna. Hipotéticamente, se trataba de un tejido muy escaso o muy antiguo.

—¡Ah! Otra cosa. —El especialista se aclaró la garganta—. El doctor Rabinovitch tiene dudas. Le enviará los resultados oficiales, desde luego, pero puede adelantarle que el examen del cuerpo del marqués des Brèdes y de su herida lo inclina a creer que el arma del crimen, y probablemente de los otros también, podría no ser un tranchete de zapatero. Se trataría más bien de un cuchillo especial para desangrar cerdos...

—¡Ah! Bueno —suspiró Laviolette—. Ya me parecía que ese doctor Rabinovitch era demasiado optimista...

Le trajeron a mediodía una ración de estofado, que calentó en la estufa de fuel, y una botella

de vino de Château Pinet, que Rosemonde le recomendó. Masticó y bebió entre el crujir de los diez kilos de fotos y papeles que iba compulsando. Había puesto ante él, apoyada en el teléfono, la horrible instantánea del interior del sepulcro donde los cadáveres estaban alineados, y degustaba pensativamente su estofado sin dejar de meditar sobre aquella imagen.

A las tres, los prospectores de las trufas vinieron a informar sobre los resultados de su misión y a decir que volvían a Marsella. Desgraciadamente habían desenterrado algunas trufas que volvieron a dejar escrupulosamente en su sitio.

—Voy a avisar a los propietarios —dijo el suboficial Viaud.

A las ocho, Laviolette se rindió. Ninguno de sus compañeros de partida había llamado. Nadie se había manifestado. En tales condiciones ya no quedaba, según creía, más remedio que esperar el resultado de los análisis, cosa que llevaría tres o cuatro días. Volvió a casa de Rosemonde para festejar la Nochebuena.

Había puesto una saxífraga sobre un mantel y juntado dos mesas pequeñas para que estuvieran más cómodos.

—Supongo —dijo ella— que le da a usted igual la celebración y la misa del gallo. Pero yo, figúrese, desde hace quince años que murió mi pobre padre y cinco que mi hijo anda por el mundo, esta es la primera vez que no estoy sola en Nochebuena... Y, además, para lo que tengo que decirle preferiría que hubiese bebido un poco...

Le sirvió todo lo que a él le gustaba. Es decir, cosas muy indigestas y nocivas: *foie gras*, un *coulis* de trufas y alcaparras, y una pularda *demi-deuil*. No había más que champán sin nombre, regalo de un veraneante de Reims, y que llevaba cuatro años durmiendo en la bodega. Lo había puesto a enfriar en la nieve, en el lado norte del patio.

—En la nevera —aclaró—, el frío siempre lo deja un poco áspero.

«¡Menuda mujer!», se decía Laviolette. La miraba ir y venir sobre la soberbia carabela de su grupa.

—Y ahora —anunció ella—, antes del flan que voy a desmoldar, me gustaría hablar con usted... ¿No se burlará de mí?

—¡Oh! —exclamó Laviolette—. ¡Yo que te admiro tanto!

—Está feo, dos mujeres que se venden...

Su meditación le velaba los ojos. Laviolette liaba un pitillo. Torpemente, Rosemonde fumaba uno ella también, mentolado. Lo aplastó nerviosamente en el cenicero.

—Está feo, también, una mujer que escucha detrás de las puertas...

—¿Tú escuchas detrás de las puertas?

—Dos veces. El otro día, cuando hablaba con sus hombres en el dormitorio. Y anoche, cuando hablaba con mis clientes. ¡Estuvo usted soberbio!

—Oye, Rosemonde, ¿no querrás hablarme del caso de los *hippies*?

—¡Ah! ¡No ha bebido lo bastante!

—Rosemonde, si quieres hablar con la Justicia, hazlo sin rodeos. Hay dos hombres en mí. El segundo no puede estar borracho nunca. Y, además, me han matado a Brèdes, al que quería.

—¡No hable así; me da escalofríos! ¡Me parece ver a otra persona a su través!

—Ya ves. ¡«Un desconocido vestido de negro que se te parece como un hermano»[10]! ¡Dime lo que sabes!

—¡Lo que me imagino! Es porque lo oí hablar de «problemas de dinero». Comprendí que trataba de saber, anoche, cuál de los siete necesitaba mucho dinero. ¿Está seguro de que es uno de ellos?

—Al noventa por ciento.

Rosemonde suspiró.

—¡Un cliente, asesino séptuple! ¿Cree acaso que no me afecta? ¡Se me hiela la sangre! ¡Igual hasta estoy sentada en la silla que suele ocupar él!

—A mí también; no te flageles por eso y cuéntame...

—No me di cuenta enseguida... He estado toda la noche pensándolo...

Semejantes suspiros alzaban su pecho y, cada vez, bajo la blusa abierta, un pezón iba a apoyarse contra su copa de champán.

—¿Un hombre que necesita dinero qué puede ser? ¿Alguien que juega? Eso se sabría... ¿Alguien que tiene un hijo pródigo?

Tienen todos hijos modelos con un buen trabajo o a punto de tenerlo... ¿Un hombre que tuviera una mujer manirrota? Lo son todas, pero sin imaginación, de forma que no viven por encima de sus posibilidades. Pero, por ejemplo, ¿uno que tuviera una amante que le costase un ojo de la cara? ¿Una mujer que comiera más con los ojos que con la boca? ¿En otro lugar? No, si fuera en otro lugar, nunca lo sabríamos...

—Nosotros lo sabríamos —dijo Laviolette—. ¡Nos llevaría tiempo, pero lo averiguaríamos!

—Pero, me he dicho, ¿y si fuera aquí?

—¡Ah! Si fuera aquí, eso facilitaría...

—Esta mañana, a las cinco —dijo Rosemonde—, puede que tuviese una idea. Quería ir a despertarlo a su habitación... Pero... tuve reparos. ¡Sírgame un poco de champán! Tengo la sensación de estar delatando a los míos...

Bebió dos tercios de la copa.

—¡Está fresco! ¡Entra bien! ¡Está rico! ¿Le he hablado de la Francine Morelon?

—La otra noche, sí. ¿La mujer del Alyre?

—Vaya usted a saber. Esa individua no quiere a nadie, por así decirlo, más que a los hombres y a su hijo, pero yo, quién sabe por qué, le caigo bien. En todo caso, cuando tiene que hacer una llamada telefónica delicada, viene aquí. Me sonríe con complicidad. Me estrecha la mano y me dice: «¿Está bien?», como si compartiésemos montones de secretos. A veces, incluso, me pregunto..., porque me agarra la mano mucho rato.

—¡Bueno! ¡Eso es otra cosa! —refunfuñó Laviolette.

—¡Oh! Solo es una sensación... Entonces, aquel día... Mi historia tiene dos partes, he reflexionado en dos etapas. A ver, la primera vez, puede que haga un año y medio, viene, despampanante, como de costumbre, con sus joyas (eso es lo importante: ¡sus joyas!). El Alyre siempre está presumiendo: «La Francine, ¡hay que ver lo que le gustan las alhajas! ¡Nos arruina con sus alhajas! ¡Tiene joyas igual por valor de cien mil francos!». «¡Anda ya, cien mil francos!», le responden. Entonces se encoge de hombros y aclara: «¡De los antiguos[11], claro!». Bueno, pues aquel día, en el mostrador, era el mes de agosto, había un tipo... sucio, barbudo, con un pantalón corto blanco, ¡mi madre, tieso de mugre! Estaba tomando una caña. Despacito. Disfrutando de la sombra. La Francine hace su llamada discreta... Me pregunta cuánto me debe,

me da un beso (cosa que no hacía jamás), lanza una mirada estilo «sígueme, joven» al mugriento del mostrador y se marcha haciendo revolotear el trasero... El tipo la mira marcharse, silba un poco y se vuelve hacia mí. Me dice: «Oiga, ¡cómo se arregla su amiga!». No me hace gracia, señor comisario, no sé si se habrá dado cuenta, que en mi casa se admire más mercancía que la mía, o que se haga como si yo no existiera... «¿Por qué?», le pregunto arrogante. «¿Por qué? ¿Ha visto sus joyas?». «¿Sus joyas? Son de bisutería, como las mías». «No sé», dijo el mugriento con calma, «cómo son las tuyas, ¡lo que sé es que las de ella son joyas auténticas! El collar no es de un gusto exquisito ni de oro fino, pero en una buena joyería no ha debido de costar menos de sesenta mil, y échele otros cuarenta al reloj de pulsera engastado de diamantes, ¡no andará lejos!». Me dio la impresión de que se me acababa de caer un carrillón de Westminster en la cabeza. «¿No querrá usted decir que la Francine llevaba hoy encima diez millones en joyas? ¿Eh? Y, además, ¿qué sabrá usted?», replico. «¡Oh!», dijo modestamente. «No mucho, pero bueno... ¡cuando llevo chaqué soy vendedor en Van Cleef!». ¡Mi madre! ¡A bocajarro me lo dice! Me tira cinco francos en el mostrador, se da la vuelta y me enseña el trasero con su pantalón corto sucio, su cartera, que le sobresale del bolsillo, y sus patas de pollo...

—¿Y dices, Rosemonde, que aún no llevaba la sortija? Trata de recordarlo. ¿Cuándo fue eso?

—En agosto, le digo, el año pasado. Hace casi dieciocho meses, pero, ¡espere!, en el mes de julio, este año, vuelve...

—¿Llevaba la sortija?

—¡No! ¡Todavía no! Pero verá. Descuelga el teléfono... ¡Resumo! Dice: «¿La tienes?». Yo estaba en la cocina. Metía mucho ruido con las cazuelas para que, ¡Dios me libre!, no fuese a imaginar que la escuchaba. Pero ella no tomó suficientes precauciones, o bien yo tengo el oído muy fino. La oí decir: «¡Bueno! ¡Pues prepárala y pasaré a buscarla!». Y después: «¡No, no! Dentro de cuatro días, con el tractor. ¡Cuando lleve los lavandines!». Lo que se dijo, en el fondo, no tenía tanta importancia. Lo importante era el tono con que se decía. Y sobre todo el hecho de que, al marcharse, me dio cincuenta céntimos, tarifa local. Por consiguiente, acababa de llamar a alguien de aquí... Entonces, atando cabos, fue al recordar todo eso esta noche cuando me dije que, puesto que busca usted a alguien que necesita mucho dinero, me extrañaría que el de Banon que tiene una aventura con la individua no esté un poco apurado...

Laviolette estaba de pie. Se dirigió al perchero. Descolgó su abrigo, su sombrero y la bufanda antaño tejida por una admiradora distraída o que lo creía tan grande como De Gaulle.

—Pero ¿adónde va? —dijo Rosemonde alarmada—. ¡Todavía queda el flan! ¡Y su café! ¡Y los puros que le he comprado!

—Después —contestó Laviolette.

—¿Después de qué?

—¡De mi misa del gallo privada!

Le había dado tres vueltas a su bufanda, que lo ceñía como un yugo, y desde ahí abajo terminó de explicarse:

—Porque..., si no intervengo enseguida, a tu amiga la veo con una nueva joya...: un hermoso collar rojo... ¡de sangre!

La oca *demi-devil* empezaba a girar en su espetón ante el hogar, en la cocina. El mantel estaba

puesto, todo blanco, con la cubertería. La casa estaba llena de gente: la madre del Alyre, el padre y la madre de Francine y su hermana divorciada, que se alisaba la falda para el pastor.

Pero el pastor, con la boca abierta y Alyre a su lado, frente a la tele en color, contemplaba a Romy Schneider descubriéndose parsimoniosamente un hombro para Philippe Noiret, con sombrero panamá.

Llamaron de abajo. Roseline, que se despertó de un sobresalto, parecía una oca del Capitolio. Los perros de caza ladraban desesperados. Los chivos, en el establo, hacían sonar los cencerros.

—¿Quién es? —gritó Alyre por la puerta entreabierta, con un ojo aún puesto en el hombro de Romy Schneider, ya cubierto de nuevo.

—¡Policía! —dijo Laviolette.

El pastor, en un reflejo culpable, se abalanzó sobre el televisor para apagarlo.

Laviolette, aunque acabase de cenar estupendamente, advirtió, al abrir la puerta, semejante buqué de apetitosos olores que de buena gana habría vuelto a sentarse a la mesa.

—¡No se molesten! ¡No se molesten! ¡No tengan miedo! ¡No haremos más que entrar y salir!

Pues todo el mundo que se ocupaba de la oca en el comedor había acudido a informarse al umbral de la cocina.

—¡Entren! —dijo el Alyre—. ¿Quieren tomar algo?

—No, muchas gracias. ¿Está su mujer?

—No —respondió el Alyre—. Ha salido.

—¿Adónde?

—¿Tú sabes dónde ha ido, Proserpine?

La hermana, que se alisaba la falda, se acercó al comisario, un poco alarmada ya, por lo visto. Laviolette se percató enseguida de que era una hermana con secreto, una hermana cómplice, una de esas hermanas en las que se confía. Su aspecto decía claramente: «Diríjase usted a mí».

Respondió con despreocupación:

—¡Pues sí! Me ha dicho que tenía un par de recados que hacer y que después, como teniente de alcalde, estaba obligada a asistir a la misa del gallo. Nos ha recomendado poner la oca al fuego sobre las diez... Así que, ya lo ve...

—Venga usted un momento aquí —dijo Laviolette.

La llevó afuera, bajo la galería, sin preocuparse por sus brazos desnudos.

—A su hermana —dijo en voz baja— ¿quién le ha regalado sus joyas?

Ella se sobresaltó, dio un paso atrás, se dispuso a protestar.

Él la atajó en el acto.

—¡La vida de su hermana depende de la respuesta de usted!

—¡Pero es que no lo sé! —exclamó la hermana con desesperación.

Volvieron a entrar los dos.

—¡No es momento de bromas! —tronó Laviolette—. Su esposa, Alyre, está en el punto de mira del asesino. ¡Si sabe dónde está, dígallo de inmediato y allí iremos! Nos necesita... ¡y ella no lo sabe!

Quería ser indulgente con las susceptibilidades y las reputaciones a un tiempo. Pero a Alyre estaban lejos de importarle esos detalles. Se había puesto pálido. El cuello de su camisa palpitaba sobre su nuez.

—¿No lo sabes, Proserpine, de verdad que no lo sabes?

—Lo único que sé es que se fue andando...

—¿Cómo que andando? ¡Siempre se lleva el coche!

—Se lo comenté. Me respondió: «No voy lejos y, de hecho, necesito caminar...».

Los viejos, en el umbral del comedor, seguían ansiosamente la conversación sin pronunciar palabra. Debía de hacer mucho tiempo que les habían pedido bruscamente que no se metieran en nada, en ningún caso. El pastor estaba casi tan preocupado como Alyre. Pensar en los cincuenta y tres kilos de Francine por los caminos, a merced de cualquier cosa, lo agitaba, le impedía dominarse.

—¡Roseline! —jadeó.

—¡Es verdad! —exclamó Alyre—. ¡Roseline lo sabrá! ¡En cuanto la sacamos, si hay alguien de la casa que no ha vuelto, encuentra su rastro!

—¡Pues bien, entonces sáquela ahora mismo! —ordenó Laviolette.

Él conocía la increíble rapidez del asesino para actuar. Aún oía su roce, la noche de la muerte de Brèdes, veía el chambergo... Apresuraba el movimiento.

—¡Venga, vamos! ¡Saque a la Roseline! ¡No hay un minuto que perder!

Fueron todos a la porqueriza. La Estafette de los gendarmes esperaba frente al porche. Viaud había bajado a por instrucciones. Alyre y el pastor, con su cazadora de los domingos, volvían de la porqueriza arrastrados por Roseline, que mascullaba olfateando el viento.

La procesión se puso en marcha. Roseline, a la cabeza, buscaba de un talud a otro, tirando a huesque y a ría con su cordel ya del Alyre, ya del pastor. Detrás de ellos la Estafette rodaba con lentitud, en primera. De aquella guisa cruzaron Banon, donde los que acudían unos a casa de otros para pasar la Nochebuena, o se acompañaban a la misa del gallo los veían pasar asombrados.

—¡Oh! ¡Alyre! ¿Vais juntos a misa?

Eran los alegres gritos de colegas o comensales, ya amonados a placer para recibir al Redentor.

—¿No habéis visto a Francine?

—¡Uuuhhh, oye! ¡Si la hubiésemos visto no la habríamos dejado irse!

—No pregunte nada —rogó el pastor—. Ya sabe que Roseline...

Y, en efecto, Roseline no hacía caso de nada ni de nadie. Avanzaba, farfullando, frenando de golpe con las cuatro pezuñas tan abruptamente que el pastor y Alyre tenían que agarrarse a su trasero para no caer encima de ella por el impulso.

Exploró todo Banon. Se desvió un par de veces por estrechos callejones en los que la Estafette se metía con dificultad. Desembocó en las eras, donde, de pronto, el frío del viento arremetió contra el Alyre y el pastor.

El ancho mundo estaba allí delante, bajo la luna, como una fabulosa obra maestra. Roseline no dudó. Viró entre los guillomos, por las lindes heladas de un barranco.

Era un camino de tierra despejado la víspera por Puentes y Caminos. Entre dos taludes de nieve, algunos de una altura de ochenta centímetros, rodaron durante unos minutos.

—¡Ya sé adónde vamos! —exclamó Viaud.

—¡Eso me temo yo también! —murmuró Laviolette a su lado.

—Ya no necesitamos a Roseline... Este camino no tiene bifurcaciones. Nos lleva directamente hacia la casa de un sospechoso.

—Lo sé —dijo Laviolette—. Y sé cuál. Y es eso precisamente lo que me preocupa...

—Hay de qué preocuparse.

—¡No, no lo entiende! Una horrible sospecha se me viene a la cabeza: ¿y si Francine ha acudido simplemente a una cita romántica? ¿Qué le parece? ¿Y si, en vez de detener al asesino, nos diéramos de bruces con un flagrante adulterio? ¡Y con el marido a cuestas! ¿Qué le parecería eso, jefe?

Viaud meneó la cabeza con gravedad.

—No lo creo. Tengo otra sensación. No es cosa de broma. En todo caso, podemos privarnos ya de la ayuda del marido, de la cerda y del pastor, puesto que ya sabemos adónde vamos...

Era más fácil decirlo que hacerlo. Ni el marido ni el pastor, ni, sobre todo, Roseline, daban el brazo a torcer.

—¡Está bien! ¡Nos los llevamos! —dijo Laviolette—. ¡Peor para ellos si ven algo feo!

¿Pero y la cerda? Alyre y el pastor no admitían ni dar la vuelta ni abandonar a la cerda atada a un árbol. Entre los seis consiguieron meter a la enorme Roseline en la Estafette. Partieron al fin, a más velocidad.

Claire había sido presa de la angustia durante todo el día. Aquella mañana, el inspector delgado y elegante que se alojaba en el hotel había vuelto a sentarse cerca de ella, en el vestíbulo. Llevaba dos días tratando de persuadirla, con todas las formas de un discreto cortejo, de que pasar dos o tres horas con él en una habitación no tendría nada de malo para el uno ni para la otra. Un hombre que acaricia tal propósito siempre deja escapar algo. Tiene que aparentar ser importante. «No tendré mucho tiempo para hacerle la corte», había dicho. «Estamos a punto de detener al asesino. No quedan más que cinco sospechosos en liza... ¿No cree que usted y yo podríamos acelerar un poco?». ¿Qué había respondido ella? «Ni lo sueñe», o alguna otra sandez. Por la tarde, como todo Banon, había ido a merodear, llevando a Mambo atado con correa, por las truferas que estaban sondeando...

Y ahora, bajo su ventana, reconocible por sus botas, su capa, sus andares, acababa de sorprender a Francine, que cruzaba la plaza. ¿Adónde iba? Era demasiado pronto para la misa. Y, además, ¿acaso alguien como Francine iba a misa? ¡Y andando! Desde que estaba en Banon, salvo en una ocasión muy concreta, siempre había visto a aquella mujer cerrando de un golpe la puerta de su coche...

Todas aquellas señales anunciaban el desenlace... Había que decidirse... Decidirse... La angustia, el peso de las responsabilidades la aplastaban. La fábrica... El negocio... ¿Haber hecho tanto para que se lo acabasen arrancando brutalmente de las manos? No, no era posible...

Con sus tacones de lujo y con su vestido de la *boutique* de Saint-Laurent, se desplazaba lentamente de un lado a otro de su habitación.

Se decidió de golpe. Dejó su habitación, salió desapercibida del hotel donde el estrépito de las cocinas orquestaba el alegre ruido del café archirrepleto. Recogió en la escalera el silencio devoto del marmitón granujiento que se puso firme para dejarla pasar.

En la plaza, el enorme Mercedes resplandecía, aplastante, junto a la maraña de abetos. Se sentó al volante y se abrochó el cinturón.

23

El hombre, vestido y tumbado en la cama, se entregaba al silencio. Más tarde se pondría en marcha, pero, entretanto, hasta que fuera a la misa del gallo, sin miedo, como cada año, tenía que camuflarse, no dejarse ver, no encontrarse con nadie, no tener que hablar, ni responder, ni sonreír.

Cada diez minutos aproximadamente, el amplio dormitorio que tantos alborozos había presenciado resonaba como piel de tambor con un golpe sordo que todo lo sacudía: paredes, techo, tabiques. La casa se ondulaba, presa de una misteriosa convulsión. Uno tenía la impresión de caer en un agujero de aire. A cada alerta se decía: «¡Esta vez ya está!». Pero no, no estaba. Había que conocer condenadamente bien el fenómeno para no creerlo cada vez. El hombre mostró los dientes en una risa muda al recordar a todas aquellas, gordas y delgadas, rubias y morenas, que se habían despegado de él súbitamente para correr, con el culo al aire, hacia la puerta, bajo el violento ataque del destino. «¡Es la casa, tonta! ¡Vuelve aquí!».

Era la casa. Estaba curiosamente curvada en media luna. Los techos habían adoptado aquella forma de hoja de hoz. Trescientos años antes, por ignorancia o por haber querido tentar al Señor o imponerse una penitencia más, los Frailes Menores habían construido aquella casa sobre un *aven* en formación. Pues esta tierra es como un gruyer que fermenta. En ocasiones explota como una masa demasiado opulenta. Se desgarran en un bello agujero vertiginoso, al fondo del cual relucen las aguas de la eternidad del mundo y susurran su paso entre el cielo y el mar. Se habían reequilibrado las construcciones mal que bien a lo largo de los años, siguiendo el lento capricho de aquella fantasía geológica. Desde hacía ya más de un siglo, el suelo no se había movido. Pero nunca había podido evitarse aquel restallido de cuerda de contrabajo, aquella súbita impresión de elasticidad de la tierra que se sucedía a intervalos regulares sobre el abismo de las profundidades. El hombre, todo endomingado, que yacía sobre la cama, había nacido entre aquellos sobresaltos del suelo de inmediato corregidos. Había crecido entre ellos. Se había casado entre ellos. Estaba solo. Su mujer se había llevado a su hijo a casa de sus padres, en Saint-Michel-l'Observatoire. «A ti aún», había dicho, «me acabaría acostumbrando, soy dura. ¡Pero a tu casa no es posible!».

El hombre respiraba con parsimonia. Había que estarse quieto. Esperaba y tenía miedo. Apretaba las nalgas, pero su sexo le golpeaba el vientre. ¡Francine! Le bastaba imaginarla para ponerse en ese estado. Suspiró. Había pasado mucho tiempo desde la última vez... Y hasta la próxima todavía le faltaban cinco mil francos para llegar al importe necesario para regalarle ese broche de brillantes indispensable para que le concediese una cita... Estaba la temporada de trufas, ya inesperada... Desgraciadamente, no haría pleno efecto hasta el año siguiente y primero habría que tratar aún muchos árboles... Pero luego... Podría cubrir a Francine de esas joyas tan

deseadas. Y, de hecho, ya no haría falta porque, para entonces, ella solo lo amaría a él. Bastaba con que hubiera una próxima vez... Inventaba todo lo que le haría. Sí, lo haría tan bien, se aplicaría tanto que ella acabaría por disfrutar. Sí... Sentiría su cuerpo entero palpar con el orgasmo. Era eso lo que perseguía. Contra ese bloque agotaba sus fuerzas: el brazo que mantenía protegiendo sus ojos durante todo el acto, el cuerpo flácido, sin respuesta, mudo como un libro cerrado. ¡Ah, cielo santo! ¡No era posible! Apretaba los puños. Su sexo se sublevaba como si lo hubiera metido en un anillo de hierro rígido.

La casa hinchó su aliento elástico. Se sintió oscilar como en una hamaca. Retumbaron golpes de puños pequeños en la puerta, abajo. Dos golpes rápidos y dos espaciados. Permaneció inmóvil. No debía caer en la tentación... No aquella noche... Tal vez nunca más... Ese era su lado de culo prieto, la llamada irresistible que lo empujaba adelante, hacia el despertar al alba ante la guillotina. Ansiaba que fuese medianoche, que las campanas llamaran a misa. Le parecía que la Iglesia debía protegerlo. En él aún ardía la fe de su infancia como un cirio, a través de su cuerpo perdido para el mundo. Sufría por no poder volver a confesarse...

Abajo redoblaban los golpes, perdían todo ritmo convenido, delataban desasosiego, pánico... Volaron guijarros contra el postigo. Permaneció inmóvil. Una voz gutural, indignada, desconocida, lo colmaba de injurias, a él, a su casa, a la región. Otra se entremezclaba. Sus zuecos de madera se arrastraban por las losas heladas del patio. Se levantó en silencio, fue a espiar a través de las persianas. Dos mendigas, jóvenes y despeinadas, la una contra la otra arrojadas, se iban por el sendero de Montsalier. Maldijo aquel sendero invisible, fuente de todas sus desgracias. Al principio pedían vino, queso, patatas. Pagaban. Un día, entre risas, hablaron del hachís, dijeron que tenían con qué pagarlo. Se dejaron olvidado un paquete de semillas, en la esquina de la mesa, como por descuido... Fue el momento en que le costaba tapar el agujero que los gustos de Francine hacían en su presupuesto. Y de una cosa a otra... Lo más duro, antes, era resistirse a las muchachas. Siempre les faltaba dinero para comprar su cáñamo. Entonces se ofrecían. Era su mejor prueba de amor a Francine. Las rechazaba, reservaba los valiosos cigarrillos para los que eran solventes, los demás... Soportaba la visión de aquellas muchachas expertas exhibiendo parte de sus cuerpos a menudo soberbios bajo sus harapos. Soportaba verlas acariciarse delante de él, con la esperanza de que cediera y les proporcionase la droga gratuitamente o casi. ¡Pero no! Se preservaba para el amor de Francine. Las chicas lo dejaban cubriéndolo de injurias, desgredadas, desamparadas...

Había debido de adormecerse unos minutos. Un ruido cristalino muy conocido lo despertó. Alguien toqueteaba la llave bajo el fósil de piedra, junto a la puerta.

Se acercó a la ventana de un salto. A la luz de la luna, una silueta con capucha le daba la espalda, danzaba apresurándose hacia el porche de la entrada. Alguien que era a la vez familiar y desconocido. Alguien cuyas botas flexibles se oían crujir. Iba a llamar. Cambió de opinión. Bajó, sin ruido, por la escalera de piedra.

La sala común estaba más iluminada que de costumbre durante aquellas noches. Para Navidad mantenía mejor el fuego. El alma incandescente de los troncos despedazados relucía sobre el nogal de la mesa donde bullía un montoncito de luz que constelaba de estrellas el péndulo del reloj. Se acercó sin comprender y solo cuando posó la mano en aquella fría claridad estalló la verdad en su mente.

Abrió la puerta. ¡Allá, a cien metros, por el sendero de hayas, Francine huía! Pensó en llamarla, en retenerla, en aprovechar tal vez la ocasión. Pero el montoncito en la palma de su

mano estaba frío como un cadáver. Estaba todo: la sortija, el collar, la pulsera con su reloj engastado de diamantes. El silencio reinaba tan profundo en su alma que le parecía oír el tictac de aquel reloj palpar en su mano. Su vida se desmoronaba en pedazos a su alrededor como muros de piedra a medida que se figuraba el suceso.

Si ni tan siquiera las joyas ejercían ya poder alguno sobre Francine, no quedaba ninguna esperanza de tenerla en su cama, para él solo, durante una noche entera, el tiempo en definitiva necesario para encontrar la llave de su orgasmo, dominar sus zonas erógenas tan cambiantes, tan ferozmente disimuladas... Comprendió dos cosas a la vez: que no volvería a tenerla y que ella representaba para él un peligro mortal, el testigo perfecto...

Arrojó las joyas contra el muro de la granja. Una pulsación de la casa sobre sus profundidades subrayó aquel gesto, como un eco. En su furor, estuvo en un primer momento tentado de correr tras ella para estrangularla. Pero bajo su orgullo aplastado la prudencia del cazador aún vegetaba. Imaginó en un instante el medio radical de matarla sin levantar sospechas. Poco antes, a través de las persianas, había visto a Francine tropezar con sus botas. Pues bien, la mañana anterior Puentes y Caminos había despejado el camino de acceso, pero existía una acumulación abrupta de nieve, de una altura de sesenta a ochenta centímetros, a ambos lados del talud. Equipada como iba, Francine no podría franquear fácilmente aquel obstáculo y, aunque lo consiguiera, sería fácil alcanzarla a pie... Sin embargo, no le iba a permitir franquearlo. La perseguiría acelerando, ralentizando, frenando bruscamente... Ella no entendería hasta que fuera demasiado tarde por qué no la alcanzaba, por qué no la atropellaba. Moriría sin aliento. Haría que le estallara el corazón. Le daría su primera oportunidad de demostrar que tenía uno.

Arrancó el 4CV. Su delgada sonrisa cruel reapareció en sus rasgos.

La luna iluminaba Lure. Coqueteaba con una nube rápida que la enredaba en sus volutas, la vomitaba de sus cúmulos y finalmente se apartaba de su camino y la dejaba reinar sola en el cielo, donde desdibujaba las estrellas.

En aquella claridad, la Estafette de la gendarmería alcanzó con los faros apagados la cima de la dolina que cobijaba el campo de los Frailes. Una luz brillaba. A través de las hayas separadas o súbitamente frondosas que la ocultaban con su trama clara de árboles invernales, se adivinaba la casa como una filigrana.

Se accedía a ella por tres vastos caminos en zigzag antaño trazados por los monjes en los flancos de aquel inmenso embudo y recientemente rectificadas con excavadora. Puentes y Caminos había pasado la mañana anterior, y un talud de nieve, de sesenta centímetros de altura y el doble en las curvas, dibujaba el trazado.

La hondonada de la destilería, por el contrario, que cortaba la carretera en ángulo recto, brillaba de hielo endurecido. En lo alto, contra las chapas de un hangar, estaba acoderado un coche claro que relucía a la luz de la luna.

«Menuda chatarra», se dijo Laviolette.

Los grandes árboles se estremecían en respuesta a una señal que solo ellos conocían.

El suboficial Viaud, los dos gendarmes, Alyre y el pastor bajaron de la Estafette sacudida por los brincos de Roseline, que giraba en círculo. Estaban todos inmóviles al borde de aquella dolina, como un Estado Mayor dominando un campo de batalla.

«Un campo de batalla de amor», se dijo Laviolette. «Esta Francine ha venido a ver a su amante de extranjería, a celebrar la Navidad con él... El hecho mismo de que no haya usado su

coche demuestra que quería pasar desapercibida... Y yo, como un zopenco, sigo a esta cerda que grita “al asesino”... ¡Al asesino! ¡Por Dios bendito!».

El velo que le ocultaba la verdad se desgarraba brutalmente ante sus ojos con un ruido siniestro. Se tapó la boca con la mano para ahogar su horror.

—¿Qué le pasa? —dijo Viaud.

—¡Me pasa que soy imbécil! ¡Me pasa que hace ocho días que esta cerda me señaló al asesino y que no me di cuenta! ¡Me pasa que Francine está en peligro de muerte!

—¡Mire! —gritó Viaud.

A lo lejos, hacia la granja, en la salida del convento, por la línea recta que precedía a los tres senderos en zigzag, hormiga negra sobre la tierra blanca, una mujer corría. A veces trataba de franquear el talud para huir campo a través, pero derrapaba sobre la nieve helada. Tras ella, a menos de diez metros, con los faros apagados, un 4CV se tambaleaba, a velocidad reducida, forzando el motor sobre sus cadenas de pesadilla.

—¡Francine! —chilló Alyre.

El pastor y él, seguidos por dos gendarmes, se lanzaron a través de la nieve hacia aquella delgada silueta que corría. Estaba demasiado lejos para oírlos. Estaba demasiado lejos para que pudieran ayudarla. Cayó. El 4CV arremetió contra ella hasta tocarla, forzando de nuevo su estrépito.

«¡Va a reventarle el corazón!», se dijo Laviolette. «¡Antes de que la hayamos alcanzado estará muerta! ¡De verdad que soy el rey de los idiotas!».

Francine se levantó y echó a correr de nuevo, algo descoordinada y algo confusa. El 4CV bramó detrás de ella. Derrapó... frenó... derrapó... frenó...

—¡Francine! —gritaba Alyre.

Iba cincuenta metros por delante de los otros. Veía claramente el 4CV que rugía detrás de Francine, pero que no aceleraba más que lo estrictamente necesario para que su presa se viera obligada a correr más deprisa de lo que podía.

Cuatrocientos metros separaban todavía a Alyre de Francine, y quinientos a los gendarmes distanciados del 4CV. El hombre, tras el volante, debía de estar tan obcecado con la persecución que no distinguía a los lejos, bajo la luna, a aquellos cuatro hombres que gritaban, gesticulaban y convergían hacia él.

Allá, en la cima de la dolina, permanecían Laviolette, consciente de su impotencia, y Viaud, que daba a sus hombres órdenes por *walkie-talkie*:

—¡En cuanto lo tengan a tiro, dispáren a los neumáticos!

—¡No llegarán a tiempo! —comentó Laviolette.

Detrás de ellos, en la Estafette, Roseline aullaba atrozmente tratando de romper las puertas. Una súbita intuición atravesó a Laviolette. Rodeó el furgón y liberó a la cerda, que a punto estuvo de derribarlo. Sin mirar a derecha ni a izquierda, Roseline arremetió en línea recta hacia aquella forma negra que tropezaba quinientos metros más abajo, delante del 4CV que, literalmente, la empujaba. Roseline exhalaba auténticos gritos de guerra.

—¡Mire! —gritó Laviolette.

Señaló hacia arriba, contra las chapas del alambique, el vehículo que había confundido con un montón de chatarra y que se ponía en marcha a su vez. Bajó, con los faros apagados, por el barranco helado en un eslalon vertiginoso que lo arrojó de una rodada a otra. En el cruce con el

camino principal se detuvo brutalmente.

—¡El Mercedes de Claire! —susurró Laviolette.

—¿Qué hace? —dijo Viaud.

Francine, corriendo y tropezando, pasaba sin verlo por delante de aquel coche emboscado bajo los guillomos. Detrás de ella, a diez metros, el 4CV pasó también. Entonces el Mercedes arrancó y tomó el camino tras él. De pronto se encendieron las luces largas y los antinieblas. Aceleró, alcanzó al 4CV. En lo alto de la dolina, Laviolette y Viaud percibieron un ruido sordo. El 4CV, proyectado de un talud al otro, zigzagueó, se recompuso y rugió, tratando de escapar. Pero el Mercedes ya lo golpeaba de nuevo, más fuerte. El cochecito bajó el morro sobre sus amortiguadores y quedó inmóvil. El Mercedes retrocedió diez metros, aceleró y embistió el obstáculo.

Francine había sacado a su perseguidor una ventaja de veinte metros durante aquella pausa. Cayó, quedó tendida en el suelo. Sintió sobre ella un aliento cálido que alzaba un enorme jadeo de caldera. Roseline se acostó junto a ella, del lado del que procedía el peligro.

El inolvidable crujido de la chapa martirizada retumbó en la noche. Era el Mercedes que chocaba contra el 4CV, que lo acoderaba contra el talud de nieve, que daba marcha atrás, que regresaba con el rugido de la primera marcha. Como un tanque, barrió el vehículo ligero y el talud de nieve. Arrastró tres metros a su presa por delante y la estampó al fin contra el tronco de un haya inmensa que se estremeció hasta la punta de sus ramas.

—¡Disparen a los neumáticos! —gritaba Viaud.

Se sucedieron cuatro detonaciones. El Mercedes se inmovilizó sobre sus llantas.

Alyre y el pastor se abalanzaron sin aliento sobre el cuerpo de Francine. Alyre le besaba las piernas, y el pastor, tembloroso, le buscó el corazón bajo el sostén. Jamás olvidaría aquel minuto...

—¡Está viva! —gritó a Alyre—. ¡Está viva!

—¿Y Roseline? —dijo Alyre.

Ella le lamió el rostro para demostrarle que aguantaba.

Allí estaban los tres (Roseline, Alyre, el pastor), rodeando estrechamente a la niña de sus ojos.

Viaud y Laviolette bajaron corriendo por los caminos en zigzag, mientras los gendarmes corrían hacia el Mercedes. Se había hecho el silencio en la noche, salvo por el pobre gemido de un hombre que creía gritar. Lograron sacarlo del 4CV destrozado y acostarlo sobre la nieve.

Contemplar su rostro de salvaje seductor seguía siendo, bajo la luna, igual de maravilloso. Le llevó diez minutos morir en la cuna de sus huesos quebrados. Creyó gritar tres veces, tratando de incorporarse:

—¡Un cura! ¡Quiero un cura!

Pero no era sino un murmullo. Solo lo oyó Laviolette. Mientras lo sostenía en la muerte, pensaba en la carótida de Brèdes. Pero eso no lo consoló.

Indemne, tras quitarse el cinturón, Claire Piochet bajó del Mercedes y fue a contemplar la agonía de su víctima, ansiosa ante aquellos labios que aún se movían.

—Ya le dije, comisario, que llegaría antes que usted...

Laviolette no respondió enseguida. Cerró primero los ojos de Albert Pipeau, el hombre rodeado de mujeres. El Pipeau Flautista no volvería a tocar.

Se incorporó lentamente. Escudriñó el rostro de Claire y sus ojos, que había que estar loco para no amar.

—Claire —dijo—, queda usted arrestada por el asesinato de Albert Pipeau, pero también por el asesinato de Jérémie Piochet, su hermano.

—¡Le costará demostrarlo! —dijo ella con absoluta tranquilidad.

—No se preocupe, llegaré a obtener la íntima convicción por parte de un jurado. Tiene un muy buen móvil y ha cometido varios errores. ¡Pónganle las esposas! ¡Es lo bastante grave para eso!

—¡Reclamo un abogado! —clamó Claire.

—¡Todo lo que quiera! —dijo Laviolette—. Respetemos la Nochebuena. ¡Ya hablaremos más tarde!

La campana, en el pueblo, llamaba a los fieles. Un gendarme, a toda prisa, había ido a mandar un mensaje para encargar un coche para el Albert. Volvieron todos, lentamente, a la Estafette. El hocico de Roseline se arrastraba por el suelo, hasta tal punto la afligía la maldad humana. Era patente que prefería ser cerda. La subieron, de nuevo, al furgón.

La respiración de Francine se fue calmando poco a poco. Cada cual, despatarrado en las banquetas, recuperaba el aliento. Claire contemplaba sus muñecas encerradas en pulseras de acero. Francine la examinó durante un minuto.

—¡Alyre! —dijo de pronto—. ¡Dame la mano! ¡Creo que voy a hablar!

Y habló.

24

—¡Rosemonde! —dijo Laviolette—. Quita el pasador. ¡Voy a contarte una historia de amor! ¡Te lo mereces! Me esperan en la gendarmería para la rueda de prensa, pero tú tienes prioridad...

Tenía ya su maleta y su petate azul en la banqueta a su lado. Liaba un pitillo.

—Ya ves, Rosemonde, el tal Albert Pipeau, ese hombre que estaba rodeado de mujeres, ¡quería solo a una, y ella no lo quería a él!

—¿Quién? —preguntó Rosemonde como si hubiera recibido un pinchazo—. ¿Había una mujer que no quería al Albert?

—¡Francine!

Rosemonde se dio una palmada en el muslo.

—¡Es la segunda vez que tengo la sensación de que se me cae el carrillón de Westminster en la cabeza!

Permaneció dos segundos soñadora.

—El hombre más guapo en treinta kilómetros a la redonda y la mujer más salaz de la región... Y entonces... entonces, ¿no era hipocresía?

—¿Qué quieres decir?

—Eso: ¡supuestamente no podía ni verlo! ¡Supuestamente no soportaba que se le acercase a tres metros, la señora! ¡Es lo que repetía todo el tiempo! Y yo me decía: «¡Exagera un poco! ¡Se va a acabar notando!»». No doy crédito. ¡Y eso que he visto cosas! Cuando había una reunión o una fiesta y estaban cerca los dos, a veces, como se hace con los amigos de infancia, él le ponía su hermosa mano sobre el hombro. ¡Ah! ¡Había que verla, como si la aplastase con su peso, como si la hubiera ensuciado al tocarla! Retrocedía alterada con todo su ser, como... —dijo Rosemonde buscando una equivalencia—, como los cuernos de un caracol, cuando por casualidad los tocas...

—Se retraía...

—¡Eso es! Se retraía. ¡Se retraía! ¡Yo me daba cuenta! ¡Se habría retraído así hasta hacerse una bola! ¡Un erizo!

—Retraída hasta el alma... —precisó Laviolette.

—Eso es. ¡Hasta el alma! ¡De modo que era verdad! Entonces, ¿no era hipocresía? ¿Era de verdad? ¡Tendría que haber sabido que no era capaz de disimular tan bien!

—¿Qué quieres, mi pobre Rosemonde, a juzgar por lo que nos ha contado la Francine, con todo lujo de detalles inauditos (creo que el miedo que acababa de pasar la había emborrachado como si fuera champán), era la única piel que le helaba hasta los huesos. «¡Una piel», dijo, «que me hacía el efecto de piel de serpiente!».

—¡El Albert! —repitió Rosemonde con fervor—. *Hippies*, burguesas, campesinas, jóvenes, no tan jóvenes, veraneantes, parisinas, la amante del general de la base, otras que no puedo ni decir... Una noche en que no podía dormir, eché la cuenta solo de las que yo he conocido: ¡debía de haber ciento cincuenta!

Permaneció ensimismada unos segundos.

—¡Hizo bien en aprovechar!

—Sí —replicó Laviolette—, ciento cincuenta, ¡pero no la Francine! ¡Oh! Fíjate que al principio él no le dio importancia. No estaba en primera línea de sus deseos...

—¡Pues claro! La Francine no llama la atención. Es a fuerza de fijarse cuando los hombres piensan: «Vaya vaya...».

—Se había prometido: «¡La tendré cuando quiera! Se hace la indiferente, pero bastará con que la agarre...». En fin, lo que se dicen los hombres en esos casos...

—Pero (perdone que lo interrumpa) me ha parecido entender que todo eso lo confesó ella delante del Alyre.

—¡Claro! Con total naturalidad.

—Pero el Alyre ¿cómo reaccionó?

—Estupendamente: le daba la mano y se la comía con los ojos. Date cuenta: había estado a punto de perderla.

Rosemonde miró al techo y dio una palmada.

—Y luego, un día, el Albert creyó que era el momento propicio. Fue en agosto. Ella llevaba los lavandines al alambique. ¿Sabes que conduce el tractor? Esto es lo que cuenta: «Estaba toda sudada. Tenía briznas de lavanda por todas partes. Llevaba solo una blusa sucia y un sostén que no era mucho mejor. El Albert estaba solo. Me pasó el pañuelo por el sostén para quitarme las flores de lavanda que me molestaban. Fíjese, reconozco que hice mal...». Él no se lo pensó dos veces. Con el pretexto de ayudarla a bajar del tractor la levantó y se la pegó al cuerpo, y enseguida fue a buscar su intimidad con la mano y con el resto. Ella tampoco se lo pensó dos veces. Le dio un golpe seco con la rodilla en sus partes sensibles, lo que lo hizo soltarla de inmediato. Ella corrió al alambique, donde, en el fuego, había un atizador al rojo. Lo agarró y le dijo: «Si intentas ponerme la mano encima, te hago con esto una cruz en la cara que te va a alegrar la vida. ¡Nadie volverá a mirarte!».

—¡Qué exagerada!

—Es lo que intenté decirle, pero me respondió: «¿Usted se acostaría con una serpiente?». ¿Tú crees que se dio por avisado? Se encaprichó. Creyó que ella tenía aventuras. Creyó cualquier cosa antes que la verdad. Resumo. Gradualmente empieza a pensar solo en ella, se acuesta con otras, pero solo ella... En fin..., ya me entiendes. La observa. El Alyre siempre está hablando orgulloso de las joyas de su mujer. ¡Qué manía tiene de poner a Francine por las nubes! Un día, en una fiesta, el Albert compra igual quinientos francos de joyas. Lo intenta por las buenas. «Había al menos medio kilo», dice la Francine. Se rio en su cara.

Laviolette encendió su cigarrillo y prosiguió:

—Las cosas se ponen feas. Francine se convierte en un planeta en la mente de Albert. Cuando se despierta, por la noche, entre los crujidos de su casa, en lugar de servirse de sus ciento cincuenta recuerdos concretos elige uno que es un sueño. Empieza a sonrojarse cuando se la encuentra. Empieza a sufrir fracasos infamantes en sus noches de amor (él mismo se lo confesó a

Francine). Tenemos la fecha en que sacó cincuenta mil francos del banco, la fecha en que compró ese reloj de pulsera en Marsella, en una joyería de la calle de Rome. ¿Qué día fue cuando abrió el estuche ante Francine y esta se quedó deslumbrada? Las mujeres que aman las joyas reconocen enseguida las que no son de pacotilla, aunque nunca las hayan tenido. A partir de aquel momento hubo dos insomnes en Banon. Albert ya no duerme a causa de Francine. Francine ya no duerme a causa de la pulsera. «Después de todo... ¡No, no es posible! ¡No, no puedo! ¡Es sensacional esa pulsera!». Te lo cuento en dos palabras, pero su vals de vacilación ocupa una página entera del informe. ¡Tres meses! Tres meses después lo llama por teléfono: «El martes, en la calle Sylvabelle, a las diez, ¡si llevas la pulsera!».

Se interrumpió para liar otro pitillo y respiró hondo.

—Y ahí, mi pobre Rosemonde, es donde empieza la historia de amor. Porque el Albert, siempre optimista, se dijo que en cinco segundos ella iría a revolcarse a sus pies. «Pues bien», dijo Francine, «si no hubiera tenido mi pulsera en la mano, ¡creo que me habría muerto del asco! Me llevó ocho días lavarme moralmente. ¡No me atrevía ni a tocarme la piel! ¡Mantenía mis manos alejadas para no rozarme! ¡Me juré que nunca más!». Lo que Albert estrecha en sus brazos es un saco de nueces. Está completamente pasmado. Seis meses después llega el collar. Ocho meses después, el nuevo sacrificio de Francine. Una vez más el flácido saco de nueces. ¿Qué vas a hacer? ¡Cuando dos pieles no son compatibles, ya puede intervenir Dios Padre que no hay vuelta de hoja! Y la piel de Albert repugnaba a la piel de Francine...

—Y pensar que hay tantas que estaban locas por él... y que él ni siquiera las miraba.

—¿Qué quieres, mi pobre Rosemonde, como dice Molière: «El mundo, querida Agnès, es una cosa extraña»[12]. En fin, es el momento en que Albert empieza a plantar, aquí y allá, en su propiedad, algunas matas de cannabis, porque difícilmente puede tapar el agujero que ha hecho en su cuenta bancaria. Están los vencimientos del Crédito Agrícola. El lavandín se vende mal. El Servicio Nacional acaba de retirar otras doscientas toneladas... La miel sale negra porque las abejas pecorean demasiado en las flores de roble. Los marsellese no la quieren. Y, sin embargo, cada vez está más obsesionado con Francine, más subyugado. En el fondo, es la historia de Pigmalión, un griego que quería dar vida a una estatua.

—Entiendo —dijo Rosemonde.

—Ya solo sueña con la próxima vez. Empieza a jugar a las quinielas, a la primitiva. Se dice: «Vas a ver, la próxima vez funcionará. Es imposible que no funcione».

—¿Cómo sabe usted que se dice eso?

—Mi pobre Rosemonde —dijo dando un lametón al cigarrillo—, no hay un hombre entre cien que no se lo haya dicho alguna vez por una mujer... Entonces, anticipa. ¡Vuelve a sacar sesenta mil francos de su cuenta, tres meses antes del vencimiento para el cual los reservaba, y corre a Marsella a comprar la sortija!

—¡Menuda zorra! —resopló Rosemonde.

—En mayo, se encuentran los dos en la calle Sylvabelle, por tercera y última vez. Con el mismo resultado negativo, como dicen los científicos. No sé si te das cuenta de que, entretanto, Albert literalmente se ha arruinado. Tiene que hipotecar su propiedad por primera vez en su vida. La temporada de trufas ha sido catastrófica y Francine se ha convertido en un cáncer que crece en su cabeza.

—¡Una zorra de tomo y lomo! —repitió Rosemonde.

—Entonces Albert, que había combatido en la guerra de Argelia, recibe una invitación de mi

amigo Brèdes para el sarao de los antiguos combatientes. Todo el mundo ha bebido, está un poco piripi, hace mal tiempo, no tienen nada que hacer. Vagan de una estancia a otra. Alguien ve un libro sobre el facistol, lo hojea... Supongo que Brèdes lo vio. Se acerca. Supongo que Brèdes le dice (me parece estar oyéndolo) —dijo con melancolía—: desenvuelto, con cierto aire de gran señor, se le puede decir ahora que está muerto...: «Está mirando este libro. Mire, precisamente hay una cosa que les interesa a los truferos. ¡Espere! ¡Es muy divertido! Voy a leérselo». Y entonces les lee esto...

Sacó el libro mugriento, marrón, de su bolsillo.

—Voy a traducírtelo también, porque está en francés antiguo, pero esto es lo que quiere decir...

Abrió el libro.

Receta para tener profusión de trufas regando las trufas con sangre humana.

—¡Qué horror! —exclamó Rosemonde.

«Que, si disponéis», prosiguió Laviolette imperturbable, «de algunas pintas de sangre humana fresca y las vertéis sobre las trufas, hallaréis tener cosecha más prodigiosa que nunca fuera. Los monjes de Yeusefild lo relatan en su crónica. En tales tiempos, una cuadrilla de campesinos fue acorralada por *li cuens* («los condes») en dichas trufas de Yeusefild y se hizo tan maravilloso degüello que los monjes de corvea que a estos enterraron se hundían en la sangre que impregnaba la tierra como tras lluvia batiente. Y pasó el año y trajo profusa y bendita cosecha de trufas como nunca se viera.

Li cuens de Taillerang, entonces afincados en Périgord, acostumbraron en cada ocasión a hacer tal degüello de campesinos en sus trufas y en ello se solazaban.

—¡Dios mío! —susurró Rosemonde—. ¡No es posible! ¡No estaba tan loco como para eso!

—¡Espera! Te ahorro dos páginas dignas de meditar para quien quiera probar la receta...

Proseguía su lectura:

«Pero el postulante habrá siempre de saber que, haciendo esto, comercia con el Ángel negro y deberá durante su labor guardarse bien de este mediante algún apropiado artificio...».

Laviolette tomó un paquete cuidadosamente envuelto y numerado. «Prueba n.º 12». Sacó con precaución una cosa ligera como una libélula que desplegó ante Rosemonde y la hizo danzar sobre su puño como una marioneta. Era el sombrero de paja negra con su fúnebre velo de lunares.

—¡Dios mío! —susurró Rosemonde—. ¡Es el chambergo de la Uillaoude! ¡Y mi pobre madre que se había encomendado a ella, que se había fiado! ¡Treinta años después me sigue helando la sangre!

—¡He aquí el «apropiado artificio»! ¡Con esto, mientras regaba la trufas con la sangre de las víctimas, se protegía del diablo! Costó trabajo encontrarlo en su casa (lo había colgado de la cadena del pozo). A medio camino entre el brocal y el acuífero, veinte metros más abajo. Con el cuchillo... El Alyre me contó después que había visto aquel chambergo el día en que su cerda fue agredida. Debió de sorprender al Albert en plena faena... Él, ante aquellos ciento ochenta kilos

que arremetían contra él, en la noche, solo tuvo tiempo de tirarlo todo y defenderse a pedradas. Si el Alyre me lo hubiera dicho antes...

—¡Dios mío! —gimió Rosemonde—. ¿Cómo pueden seguir existiendo en la mente humana semejantes horrores?

—¡Cuando la brújula señala una idea fija, todo es posible! El Albert, como todo el mundo, escucha eso entre risas, pero su mente es débil y, además, no lo olvides, es uno de los sobrinos de la Uillaoude. Ha mamado la leche de lo paranormal desde la infancia, con el dialecto sibilino. ¡Lleva corbata, conduce un coche, está rodeado de mujeres, pero, bajo la piel, es retorcido como una mandrágora! En fin. Roba el libro. Tal vez para buscar alguna otra receta. Y, entretanto, no lo olvides: su clientela *hippy* para el cáñamo aumenta. ¡Las cosas van bien! ¿Quién iba a sospechar del Albert Pipeau en las soledades de los fondos de Banon? Vienen por la noche. Fuman. Beben un poco. Se tumban. Se adormecen. Albert relee el fragmento fatídico. No tarda en aprenderlo de memoria. Recuerda también que, en la familia, se matan cerdos de generación en generación. Todavía está en las vigas del establo el gancho enorme colgado de una vigueta de hierro, que servía para izar el cerdo antes de destriparlo. Mira también la enorme llave del sepulcro hugonote colgada del clavo del calendario de Correos. Cada año se tira el calendario y se vuelve a poner la llave encima, maquinalmente. ¿Quién sabe desde cuándo? Lleva generaciones allí. «Cosecha más prodigiosa que nunca fuera», se recita el Albert. Le falta un millón para regalar un broche de diamantes a Francine... ¿Quién sabe si con una prodigiosa cosecha de trufas...? Y la enorme idea crece en su mente: «¿Y si lo intentase?». Y una noche...

—Se lo ruego... —gimió Rosemonde cubriéndose el rostro.

—Resumo para no herir tu sensibilidad... Pero lo veo, lo veo, con su 4CV traqueteante, pasear de noche con el cadáver disimulado bajo un saco, en el asiento trasero, para ir a dejarlo al sepulcro hugonote, y el cubo de sangre mezclada con arena a su lado, para verterlo en las truferas. Es concluyente. Los análisis de las muestras han revelado restos importantes de sangre humana bajo siete árboles distintos. Uno incluso correspondía con el grupo sanguíneo de una víctima. Y tal vez Albert hubiera tenido su cuarta noche con Francine si no se hubiera dejado sorprender como un principiante, en la plaza de Banon, la noche del accidente de coche. Pero tal vez también sí, entre todos esos crímenes, a fin de cuentas, poéticos, no se hubiera cometido uno auténtico, sórdido, con un motivo perfectamente verosímil. Uno como al público le gusta, perfectamente decente: un crimen con el dinero como móvil. ¿Cómo conoció Claire Piochet al Albert? No habla. Las pruebas en su contra no son sólidas. Pero igualmente creo que la Fiscalía acabará con ella. Se encuentra su rastro en Banon, en dos ocasiones, en los seis últimos meses. Debí de seguir a su hermano, de tratar de persuadirlo, de suplicarle que regresara a casa.

—¿Por qué, que quería hacer él?

—Jérémie Piochet murió víctima de este artículo del Código: «Nadie está obligado a permanecer en la comunidad de bienes». Su madre murió hace seis meses. Deja veinte millones (de nuevos francos), representados por una fábrica de plásticos en el Ain. Pues bien, Jérémie Piochet está harto de esta fábrica y de esta sociedad. Le gustan los amigos, el vagabundeo, la libertad, las ideas, las chicas en abundancia. Pero (la autopsia lo demostrará) no fuma hachís. Quería, nos ha informado el abogado de la familia, donar su parte a la comunidad. Pero es la fábrica lo que vale veinte millones. Un grupo quiere comprarla. Jérémie quiere vender. Jérémie no está obligado a permanecer en la comunidad de bienes. Claire, que es ingeniera química, ha dedicado su vida a la fábrica. Es esa vida lo que Jérémie amenaza, pues su hermana no tiene con

qué comprarle su parte. ¿Cuándo? ¿Cómo lo mató? ¿Fue por cólera? ¿Fue con premeditación? En todo caso mató a Albert para que no pudiese hablar, luego se conocían, luego estaban compinchados. ¿Digo que el Albert podría haberse librado, que habría podido seguir durante mucho tiempo abonando sus trufas? ¡Sí, pero está el perro de Jérémie! El perro salchicha que no se separaba de él, que no conocía a su hermana y al que probablemente ella perdió después del crimen. El perro busca a su amo. El perro descubre el sepulcro hugonote del que nadie se había preocupado, a causa del bosque tupido que lo enmascara desde hace tanto tiempo que nadie lo recuerda. ¿Y qué mejor lugar, te lo pregunto, que un sepulcro para esconder cadáveres? ¿Quién iría a pensar en ello? ¡Nadie! Salvo la incomparable Roseline, que rezonga desde hace tiempo ante aquel ramo de laureles. Esa Roseline... Me voy a sacar una foto con ella antes de marcharme... Ella es el auténtico sabueso del caso.

Prosiguió:

—Claire cometió cinco errores: había que eliminar al perro. Había que matar a Jérémie con la misma arma que utilizaba Albert y de la misma forma. El hecho de que no lo hiciera habla en su favor (sin duda el crimen no fue premeditado y es probable que ignorase los métodos de Albert, luego que no fuera su cómplice en los otros asesinatos). En tercer lugar, el cadáver no estaba alineado con los demás. No estaba colocado en orden cronológico, orden que hasta entonces Albert (¿por qué motivo?) había respetado cuidadosamente. En cuarto lugar, había que deshacerse del arma del crimen. La descubrimos en el maletero del Mercedes. Era efectivamente una llave inglesa. Claire la había limpiado y lavado con esmero. Pero el microscopio electrónico es como el remordimiento de Lady Macbeth: con él todo sale a la superficie. Gracias a él detectamos también el quinto error de Claire. La noche del crimen se enganchó el abrigo en los cardos marianos que cubren el jardín del sepulcro. Dejó en ellos, ¡oh, Rosemonde..., fino como babas del diablo!, un pedacito de tejido que es idéntico al del abrigo que hallamos en su habitación durante el registro. Y ese abrigo, Rosemonde, resulta que solo cien personas en Francia, las hemos identificado, lo llevan en este momento y ninguna de esas personas estaba en condiciones de estar en el sepulcro hugonote en el momento en que se llevó a él a Jérémie Piochet. ¡Ahí lo tienes!

Suspiró profundamente y continuó:

—Y en cuanto a mí, mi pobre Rosemonde, debería dimitir de la policía, porque si mi amigo Brèdes está muerto es por mi culpa...

—¿Cómo que por su culpa?

—Sí. Porque la mañana del día en que iba a comer a casa del marqués pasé por la plaza donde jugaban a la petanca y el Alyre Morelon acababa justo de llegar con Roseline, y Roseline gritaba «al asesino» y ¿sabes delante de quién gritaba «al asesino», tirando con todas sus fuerzas de su correa? ¡Pues bien, era delante del Albert Pipeau! ¡Lo veo como si fuera ayer! ¡Le estreché la mano y él tenía los ojos llenos de terror! Porque, entiendes, en la familia del Albert, lo de matar cerdos pasa de padres a hijos. ¡Y a los cerdos, cuando llega el matarife, hay que escondérselo! ¡Roseline gritaba «al asesino» porque estaba viendo a uno! Tendría que haberme puesto la mosca detrás de la oreja, después, al pensar en ello...

Se levantó. Se lo había dicho más o menos todo. El pobre Mambo, sentado en la banqueta, esperaba resignado a que se decidiera su suerte.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Rosemonde.

—¡Oh! Tengo una especie de refugio en Piégut, donde ya hay otros ocho. Un guarda de caza jubilado me los cuida. No será infeliz.

—Déjemelo de recuerdo —dijo Rosemonde.

—¿Por qué de recuerdo? Tenemos vacaciones en la policía... Y no tengo la entrada prohibida en Banon.

—No en mi casa, desde luego... ¡Oh! Estoy conmocionada por esta historia. ¿De veras cree que es por eso por lo que el Albert ha matado tanto? ¿Cree que estaba loco hasta el punto de creer en esas pamplinas de libros para brujas?

—¿Y por qué crees tú, entonces?

—Por soledad —dijo Rosemonde.

No pudo sacarle nada más.

En el último mercado de diciembre, la víspera de Año Nuevo, la Uillaoude, cargada con dos pesadas cestas de trufas, mientras que los demás llegaban con esfuerzo a un kilo diario, irrumpió ante el corredor, en medio de un círculo milagrosamente ensanchado.

—¿Son las de su sobrino, la Uillaoude?

—¿Qué te crees? ¿Que voy a dejar que se pierdan? El producto es mío, tengo una hipoteca, ¡y hay más de las que podría bendecir un cura!

—¡Quite! Llévelas a Apt, si no le importa, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—¡Yo, es por hacerte un favor! ¡Saco ocho kilos al día! ¡Todas de ochenta a cien gramos y redondas como un puño! ¡Trufas dignas de un emir árabe! ¡Y huélemelas! ¡Aspírame este aroma!

Pero, como si la Uillaoude fuera a obligarlo a comérselas, el corredor retrocedía horrorizado. Sus labios se encogían sobre sus dientes de oro.

—¡Ah, anda! —dijo ella con conmiseración—. ¡Voy a volver al oficio! ¡Porque veis fantasmas por todos lados! ¡Pensar que hombres hechos y derechos como tú pueden creerse esa historia!

—Pero la policía...

—¡La policía! ¿Te crees tú lo que dice la policía? ¡Te digo yo que esos crímenes son cosa de la CIA! ¡Y a mi sobrino, pobrecito mío, lo mataron para que no hablase!

Fue esa versión de los hechos la que finalmente habría de prevalecer en Banon.

El pastor captaba en el péndulo del reloj su último fantasma de la velada y lo acompañaba hasta el desagüe de la pila: ¡hop!

—Voy a dejarlos —anunció—, pero volveré... Voy a terminar Derecho, pensándolo bien. Y después compraré el bufete del letrado Lagardère, en Banon, que se hace mayor. Voy a ser notario, como mi padre, porque, a fin de cuentas, las profesiones liberales...

Francine, que guardaba la vajilla en el aparador, se quedó con los brazos en alto. Vuelta hacia el pastor, trataba de imaginarlo bien vestido, con una corbata de gran camisero, un sello y las uñas cuidadas y el pelo cortado.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Alyre.

Estaba incómodo. Le faltaba algo. Su mujer, con el escote desnudo, sin collar de perlas; con el brazo desnudo, sin pulsera; sus dedos desnudos, con tan solo una mala alianza de oro. Su mujer le parecía pobre y se le encogía el corazón.

Cuando el pastor hubo salido, preguntó:

—Dime una cosa, Francine... En el fondo, los trescientos mil francos que tenemos en la Caja de Ahorros o en bonos del tesoro... Y esos luisos de oro que están colgados en una bolsa, debajo del comedero de Roseline... ¿Qué opinas? ¿Y si los convirtiésemos en joyas? En el fondo, los diamantes se conservan... Aumentan de valor... Y en caso de revolución...

Francine se volvió bruscamente hacia él. Lloraba.

—¿Quieres que te diga una cosa, Alyre? ¡Te quiero!

Él se dio la vuelta. Salió al patio. Se dirigió a la porqueriza donde Roseline gruñía suavemente, esperando sus buenas noches.

No podía ser más feliz.

NOTAS

[1] Se trata de un libro de la serie *Les O* de Robert Morel. No son libros estrictamente hablando, sino cartulinas circulares perforadas y unidas con una anilla metálica. (*Todas las notas son de la traductora*).

[2] Électricité de France, la compañía nacional francesa de electricidad.

[3] La calle Ranelagh se encuentra en el distrito 16, el más aristocrático de París. Belleville, entre los distritos 19 y 20, es en cambio uno de los barrios más humildes de la capital.

[4] La lucha del Larzac fue un movimiento civil de protesta pacífica en contra de la implantación de un campo militar en el altiplano del mismo nombre, cuyas manifestaciones se repitieron entre 1971 y 1981.

[5] En honor a Élie Catherine Fréron (1718-1776), detractor de Voltaire.

[6] Célebre astróloga conocida por sus programas televisivos y por haber predicho el futuro de múltiples personalidades públicas. Tras la respuesta que, durante una rueda de prensa, dio el presidente Georges Pompidou a una de las preguntas, la expresión *Je ne suis pas Madame Soleil!* ha permanecido como frase hecha de uso común.

[7] Jefatura de Policía de Marsella, llamada así coloquialmente por ocupar un edificio que antiguamente fuera palacio episcopal.

[8] Personaje de *El conde de Montecristo* cuyo cadáver es transportado por Edmond Dantès envuelto en una manta.

[9] Cita de *Fedra*, de Racine.

[10] Versos del poema *Le poète*, de Alfred de Musset.

[11] Un nuevo franco equivale a cien francos antiguos.

[12] Cita de *La escuela de las mujeres*.